

Puentes

©Florencio Moneo Martín.2015

Depósito Legal BI-

Florencio Moneo Martín

Puentes

Los contenidos de estos relatos que posees en tus manos, querido lector, son imaginarios y no se corresponden con personas reales. Cualquier relación con la realidad no sólo sería una pura coincidencia sino que supondría una escandalosa confusión entre dos mundos: el real y el imaginario. En todo caso son situaciones y personajes ficticios.

El autor

A mis dos soles: Mikel e Itziar.

La nueva

Existe una pesada tensión en el ambiente. Son las cinco. Es la hora del comienzo de la sesión. El doctor Smith espera impaciente el sonido electrónico que ha instalado hace poco para lucir su timbre, y darse un pequeño regalo acústico cada vez que avisa la llegada de un paciente. Este mes empieza la primavera. La circunstancia le resulta muy estimulante. Ha aumentado la clientela. Durante la última semana, no hubo día que el nuevo timbre no sonara al menos dos veces. ¡Tilín! Otras veces ¡Tilín! ¡Tilín! Sus pacientes le reclaman. Transcurridos dos segundos, no muchos más, la pesada puerta acorazada gira sobre sí misma. Un cuerpo deportivo, trabajado en el gimnasio, aparece bajo el quicio de la puerta. La figura femenina, fina, de talla uno setenta y tres, melena corta y rubia, con gafas de leer, pendientes de cadena, sonrisa amistosa, traje azul marino, escote liberal limitado por la blusa rosa, pantalones y zapatos negros, altos de tacón, acharolados: su paciente, presentan tres cuartas partes de su personalidad ante sus ojos. Ofrece la mano para el apretón. Saluda con simpatía no afectada. La nueva parece contenta. Ella da la impresión de sentirse muy honrada por el hecho de ser recibida tan honorablemente. La salida al encuentro, como si se tratara de un ritual respetuoso, lo repite el doctor con los demás usuarios de la psicoterapia. Todos agradecen esta escena en la entrada. Dicen que les hace más fácil la interpretación del resto de la representación, el contenido de la sesión propiamente dicho. La sola aparición de la imagen del doctor produce un impacto emocional beneficioso, tanto si el paciente es hombre o mujer. El acto mágico del inicio tras la convocatoria, tras el mecánico movimiento de tocar el timbre y el sonido: “¡Tilín!”, consi- que la apertura del sistema blindado.

—¿Judith Pérez?

—Sí. Soy yo.

Puentes

—Soy el doctor Smith. ¿Qué tal? Adelante, por favor. Si es usted tan amable. Pase, pase. Póngase cómoda. Siéntese, por favor. El doctor Wolfe me contó que usted vendría. Me habló de su caso. Y decidí aceptarla como paciente de psicoterapia psicoanalítica. Así y todo, procederé a la entrevista inicial. Si no le importa. No se preocupe que yo la ayudaré con las preguntas.

—Gracias.

—Siéntese, siéntese.

—Sí.

—¿Lista?

—Sí.

Desde la silla gira el cuello a la izquierda. Un nuevo escenario se despliega. Libros colocados de canto alternándose con otros tumbados por los anaqueles de la gigantesca librería que ocupa la totalidad de la pared, escritos en todas las variedades de idiomas –francés, portugués, italiano, inglés, alemán, euskera, hebreo y español–, formato, color, y condición, antecedidos por la presencia de aquel ser vivo, vital, lleno de energía, tranquilo en vez de furibundo, sereno, sensual, alegre, afable, profundamente ético y respetuoso, postmoderno. En suma, una bocanada de aire fresco en medio de la contaminada atmósfera de la ciudad.

Comenzaron las preguntas del psicoterapeuta psicoanalítico. Eran un conjunto de interrogantes formulados para la entrevista médica que perseguía el descarte de patología orgánica, así como la fijación de un diagnóstico estructural inicial, de posible analizabilidad, que el doctor se empeña en cumplimentar con meticulosidad. El galeno pertenece a esa camada de médicos que se atreven con los casos difíciles: aquellos pacientes con características de estructura fallida del yo, el mucho tiempo transcurrido desde la toma de conciencia de la necesidad de la realización de una psicoterapia, el bajo nivel

de renta o su yo psicótico, que el resto de colegas de la especialidad rechazaban con el latiguillo de: “Esos muertos no los quiere nadie”.

Judith cumple el perfil. Empleo en precario y mal pagado. Madre soltera y con tres hijas de hombres distintos que en el pasado fueron por breve tiempo su pareja. Vive en una angosta calle del casco histórico de la ciudad. Se mantiene con el salario reducido de su trabajo que algunos lo denominan Señora de la limpieza. No obstante, Judith aún conserva esa belleza que al observador hace recordar las descripciones de las sirenas que Homero nos legó recogidas en su novela La Odissea.

—¿Estado civil?

—Divorciada.

—¿Edad?

—¿Treinta y cinco?

—¿Profesión?

—Limpiadora.

—¡Ah! Bien.

El psicoterapeuta psicoanalítico se ciñe al guión que previamente ha trazado para abordar la primera entrevista. Ya termina. Llega la última pregunta.

—¿Desea hacer algún añadido? Algo que no ha contado...

Silencio. Se abre en ese momento un abismal espacio muy cargado emocionalmente. Casi se puede cortar el ambiente con un cuchillo. Ha cambiado la atmósfera de la consulta. El doctor Smith no es ajeno a este enriquecimiento de los datos de exploración psicológica. Nota su dificultad respiratoria. Toma aire una vez y se mantiene

a la espera. Saca su pañuelo del bolsillo. Se lo pasa por la frente, por la calva.

—¡Sí! Estuve en psicoterapia con el doctor durante cuatro años y cuatro meses. Desde el principio apareció un sentimiento de amistad y cercanía, compartido mutuamente. Con el transcurrir del tiempo fui notando que el doctor... bueno, doctor... le voy a llamar por su nombre de pila, Tom, se estaba enamorando de mí. Esto es algo que se nota. Una mujer lo nota rápidamente. Yo sentía lo mismo. Y...

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le acerque un vaso de agua?

—No, gracias.

—Continúe, por favor.

—Entonces, una tarde, en el momento de la despedida de la sesión, yo me acerqué a él. Me ofreció su mano para saludar. Y, ahí, hice un movimiento rápido y le estampé un beso en los labios. Él se quedó sorprendido. No reaccionó. Así, con la mano extendida aún. Yo me abracé a él. Le besé apasionadamente, como hacen los amantes. Entonces, sentí que algo se movía. Posó sus brazos en mi talle. Nos abrazamos. Nos fundimos durante un tiempo largo que no sabría calcular. Seguimos besándonos. Yo le empujé, le empujé y cayó al sofá. Me llevó a mí con él. Nos acariciamos las mejillas. Él me atusó el cabello, yo llevaba una melena larga con tinte rubio. Le tomé ambas manos. Las soltó instintivamente. Así y todo le acaricié todo el cuerpo. Me pude dar permiso para compartir mis sentimientos. Estaba enamoradísima de él. Llevo muchos años sin sentir esta sensación física. ¡Muchos años! Él me acercó la cabeza a la suya. Me dio un beso en la mejilla Tumbado como estaba aún en el diván. Y me pidió que me levantara con él. A continuación afirmó: "Esto que ha sucedido lo voy a considerar como que no ha pasado. Pero, dado que ha alterado nuestro convenio de respeto, voy a pensar qué decisión tomar por el bien mutuo. Tal vez sea lo mejor que te derive a otro colega. Le telefonearé para confirmarlo. Por hoy ha sido suficiente. Adiós." Yo respondí: "¡Ejem! Lo siento, lo siento mucho. Yo no quería perjudicarlo." En ese momento sonó el timbre. El doctor abrió la puerta. Se volvió

a mí. Me indicó la puerta de salida con su mirada. Se dirigió a la pareja, hombre y mujer, que esperaba en el quicio de la puerta, con un gesto les pidió que esperaran hasta que yo saliera. Yo salí. La pareja entró. Tom cerró la segunda puerta que dividía el hall de entrada del espacio de consulta propiamente dicho. Yo con la cara enrojecida. Él dijo: “No quiero hacerle daño. Pero mucho me temo que nos encontramos ante un problema ético. No podemos seguir la terapia. Esto se termina aquí. Yo soy un profesional ético. También soy un hombre que entiende la dinámica del alma humana. Si me permite, le voy a derivar a un colega para la continuación de su proceso de crecimiento psíquico.” Yo intenté la protesta: “¡Oh! ¡No! Déjate de pavadas. Sucedió y ya está. Yo quiero seguir contigo. Eres muy buen profesional”. —Argumenté— Pero no cambió su parecer. Repitió: “Insisto, Judith. Es por el bien de su proceso de cura. Por su crecimiento personal. Aquí lo dejamos. No nos volveremos a ver. Adiós. Y cerró la puerta delante de mis narices...”

En este momento, Judith se interrumpe. Una lágrima se desliza desde el párpado por la mejilla izquierda. Baja la mirada. Transcurren unos instantes eternos. A continuación eleva la vista y la fija en los ojos del doctor Richard Smith. Una mirada asesina.

—¿Querrá usted aceptarme como paciente?

—Por supuesto. Sin duda alguna. Yo estoy en las condiciones de asegurarle que eso no sucederá en mi despacho. Yo soy el responsable de todo lo que suceda aquí. Y le garantizo que no va a salir dañada de ninguna de las maneras. No ha de preocuparse porque yo me encargo de la seguridad del tratamiento y de que únicamente le suponga beneficio psíquico. Se lo garantizo como médico psicoterapeuta.

—¿Sabe qué? Me quedé mal con esta historia y la manera abrupta de su finalización.

—¿Hace cuánto tiempo que pasó?

—Tres meses.

—¿Se volvieron a ver?

—No. Yo le envié una carta. Le conté mis sentimientos. Mi enamoramiento de él. Mi necesidad de él. El daño que me hizo la finalización de la relación entre los dos. Le dije que veía en él a un ser humano con muchas dificultades en sus relaciones con los usuarios. Le dije que creía que no se atrevería a dejar a su pareja. Que era dependiente de ella. Que rehuía el problema de pareja suyo. Que yo lo veía muy claro desde la distancia. Yo tengo referencias de su esposa. Un verdadero sargento semana. Una tirana. Una bruja. Una fiera. Una cararrota. Le tiene dominado. Es así también con sus amigas y compañeras de trabajo. Tom no se atreverá. Tengo escrita otra carta de despedida y adiós total. Él me contestó con otra carta. Me propuso que le esperara y le diera tiempo para consultar a la comisión de ética del Colegio de Médicos y de la Asociación Psicoanalítica. Pretende obtener el ok a la relación, después de 3 años de moratoria y de espera, de no encuentros personales. Yo quemé la carta. ¡Me sentí tan poco tenida en cuenta! Luego me calmé. Pensé que la idea era del todo descabellada. Y se lo dije. Le propuse una psicoterapia psicoanalítica para sus problemas personales. Entonces me telefoneó al móvil. Rechacé la llamada y a continuación puse el desvío de llamada. No quiero saber nada de él. En menudo lío me metí. Yo me sentía y me siento como dividida entre dos sentimientos apasionados de sentido opuestos. Le quiero con toda el alma y a la vez es que lo dejaría, lo mataría. Hice lo último. No, quiero decir que le dejé. No, no, no soy una mujer violenta. Sólo me siento atrapada. ¡Dios!

—Pero. No entiendo. Él ¿te correspondió? ¿Te propuso una relación de pareja?

—Sí. Para después de terminada la psicoterapia psicoanalítica. Con los permisos de los colegios profesionales.

—¿Ah, sí?

—Como lo oye.

—Pero eso no es ético. Sería confuso. ¿Lo sabía?

—Yo siempre le dije que no quería que fuésemos pareja porque todo el mundo se metería contra nosotros.

—Veo que el final fue muy confuso en las emociones. Que por otra parte no se dieron tiempo para poner palabras a las emociones y ustedes ponerse a pensar en lo que estaba sucediendo en ese mismo momento en la relación psicoterapéutica.

—Me siento tan ofendida. Tan mal.

Judith se pone a llorar. Ha pasado el tiempo de la primera entrevista tan rápido que ambos lo viven como si fuera un instante. El doctor, después de guardar un minuto decide tomar la palabra.

—Bueno. Judith. Estamos terminando la entrevista. Le ofrezco comenzar la terapia conmigo a partir de la semana próxima. Mis honorarios son 30 euros. ¿Qué le parece?

—Bien. Disculpe mis lágrimas. Me he emocionado.

—¡Oh! ¡No! ¡Por favor! No tiene que disculparse.

El doctor Richard Smith abre la agenda del escritorio.

—¿Le parece bien el viernes próximo a las 17;00 horas?

—Sí. Muy bien.

—Quedamos así. Ha sido un placer atenderle.

—El placer es mío doctor.

Psicoterapeuta y usuaria se levantan al unísono. Se acercan a la puerta. El doctor abre la puerta, extiende su mano a la paciente, que le corresponde.

—Judith, adios.

—Adios, doctor.

Richard cierra la puerta tras de sí. Toma aire de nuevo en una inspiración profunda. Se pasa la mano por la calva. No conocía aquella historia. No obstante, en ese fragmento de tiempo posterior a la entrevista, duda. Se siente atrapado por los dilemas que esta nueva paciente trae a la primera entrevista. Judith le había confesado una situación en medio de una toma de decisiones dilemática, de hace tres meses. Desde luego, no era eso de: ¡Ser o no ser! ¡He ahí la cuestión! No. ¿Quería abandonar la anterior terapia, haciéndolo a la francesa? ¿Deseaba sinceramente continuar su proceso de cambio psíquico? ¿Le deprimía su proceso de la cura, su crecimiento hacia la madurez psicológica, sexual, social? ¿Se había enamorado de aquel doctor o era el doctor quien se enamoró de ella? ¿A ella se le hacía insoportable el divorcio de su colega que nunca llegará porque la otra siempre le sometió? ¿Era por las timideces de ambos? ¿Era tan autodestructiva? ¿Ella conocía tan a fondo a la esposa del psicoterapeuta anterior como aseguraba?

Esta embarrancado en estos pensamientos y sentimientos confusos inducidos por su nueva paciente, tras la sesión. De pronto, le viene a la memoria la noticia de esta mañana del periódico, leída mientras tomaba una taza de café: "El partido de futbol es hoy en el nuevo estadio San Mamés, a las 21;00 horas. El Athletic juegan contra el líder, el Madrid. Gritó:

—¡Me voy pitando! ¡Futbol! ¡Futbol! ¡Futbol!. ¡Vamos a ganar!

A continuación, el psicoterapeuta toma el abrigo, apaga tras de sí las luces indirectas del consultorio. Abre la puerta. La cierra. Da tres vueltas a la llave. Camina unos pasos por el pasillo hasta situarse delante del ascensor. Antes de abrir la puerta se detiene un momento, da un respingo. Gira la cabeza a su izquierda. Mira hacia atrás. Pronuncia suavemente dos palabras:

—La nueva

1954

Yo nací bien entrado el verano de finales de julio. Mamá apenas había cumplido los 18 años. Ella lo hizo en abril de 1936, fecha grabada en el imaginario social de todas las personas de su generación. Significó el año del desastre de nuestra querida España. Un golpe de Estado y una no deseada guerra civil destruyeron por varias décadas las conquistas culturales, científicas y sociales de aquella camada de heroínas y héroes hispanos, capaces, de habérselo permitido la Historia, de la construcción, tal vez acelerada, de un nuevo país europeo, moderno y social, edificado sobre los cimientos de una realidad histórica sufriente: la España y sus gentes de los años veinte, años medievales.

Aquél fue un año deprimente. Papá, con 27 años, trabajaba de obrero en la siderúrgica estadounidense, la United States Steel, denominada también Altos Hornos de Vizcaya, que situada en la ribera izquierda de la cuenca minera del río Nervión, había sido salvada de la furia anarquista del año 1937, en julio también, por los esfuerzos mancomunados de la población que apoyaba al Eusko Jauriaritza –Gobierno Vasco–, nacionalistas y socialistas, que impidieron con sus armas la materialización del deseo destructor de algunos. Bilbao cayó. Entraron los nacionales. La estructura industrial se libró.

Fue un año extraordinario. Para entonces ya no quedaba ni rastro de libertad, democracia, ni del gobierno republicano. No obstante, yo nací. Fue mi año.

A nivel internacional, España era recibida con calor en el seno de la Organización de Naciones Unidas de la mano del embajador señor Pinies, en New York. Obtuvo el reconocimiento del mundo civilizado. Se cerraba así –en falso– el período horroroso de nuestra guerra y

postguerra, caracterizado por el hambre, el aislamiento económico y la autarquía.

Fui un bebé querido. Mamá y papá lo debieron de celebrar a lo grande. Mi primer recuerdo es de cuando tenía tres años de edad. En la pantalla de la memoria proyecto unas imágenes en las que yo estoy con papá paseando una mañana luminosa de primavera por una pradera llena de amapolas. Cantamos a dúo "El camino verde".

—Por el camino verde, camino verde, que va a la ermita. Desde que tú te fuiste, lloran de pena las margaritas. El invierno ya ha pasado, las azucenas están marchitas. Por el camino verde, camino verde, que va a la ermita. Hoy he vuelto a pasar, por aquel camino verde, que por la noche se pierde en ...—Lloro al recordar la escena. Fui el mejor amigo de mi padre. Y...

Papá falleció a finales de 1987, no pudo sobrevivir a su cáncer hepático. Sin embargo, aquellos cinco últimos años de su vida fueron los de la reconciliación y el mutuo reconocimiento, luego de un periplo de 12 años de ruptura, tras la despedida de la casa, a la brava, conflictiva, apasionada, muy dolorosa, de octubre de 1975, después de tanto desencuentros personales que imposibilitaron una convivencia compartida.

El hermano mayor de papá, el tío Félix, me telefoneó, muchos años después para comunicarme que a papá le habían diagnosticado un cáncer, que le restaban pocos días de vida. O sea, que se estaba muriendo. Yo cambié, no sin antes violentarme conmigo mismo, trabajar con mucho esfuerzo físico y mental para lograr el cambio de mi posición ante él. Volví a la vieja casa a visitarle. Por aquel entonces, yo trabajaba y vivía aquí, en Berlín, acompañado de mi esposa y mis tres soles. A muchos kilómetros de distancia. No había nacido Andoni aún. Él nunca los llegaría a conocer. A ninguno. Ni siquiera a Emma, mi mujer. Falleció al día siguiente a mi llegada. No le dio tiempo.

—Hijo, dame un vaso de agua—Eran las cuatro de la madrugada. Bebió y espiró.

Actualmente regreso con frecuencia, a través del ejercicio del recuerdo y de la memoria, a aquella década de los años cincuenta. Escucho los discos de Sinatra, Jorge Sepúlveda, Antonio Machín. Veo las películas de Berlanga, los reportajes, los goles de aquella liga. Cierro los ojos y... ya está. De nuevo la pradera, el paseo cuesta abajo, las carreras de persecución tras las mariposas... La vida en movimiento.

Han pasado 30 años de su fallecimiento. Ayer estuve en la pradera, o lo que queda de ella. Me llevó a esta tierra una invitación de un amigo y colega muy querido, que también es escritor. Nos propuso acompañarle al viaje y presentación de la traducción al español de su primera novela, una historia coral de espías, situada entre escenarios hispanos, alemanes y rusos, en una librería de un amigo de Bilbao, la ciudad que me vio nacer. No lo dudé ni un minuto más. No dejé pasar aquella oportunidad.

—¿Te gustaría volver a España? —Me sugirió Jorge una tarde de domingo, en la sobremesa mientras Emma y Hanna salían al jardín a compartir sus recuerdos universitarios. Desde el fondo de la puerta llegaba el griterío de los niños, afanados en su particular partidillo de fútbol.

—¡Qué!

—Decidí hacerle caso a mi editora. Ya sabes cómo es Ross. Siempre le lía a uno. Es sobre el proyecto de la publicación en España. Mantuve dos reuniones con el traductor, un madrileño que enseñaba filología en la Complutense. Un buen tipo. Muy simpático. ..—En ese momento, un instante, un segundo, caí a mi particular sima interior.

¿Qué habría sucedido si yo no hubiera tomado la decisión de venir a Berlín, de salir del nido. No conocería esta bella ciudad. Ni tampoco a Jorge, ni a Emma, ni a Hanna. No tendría niños. No hablaría alemán. No escribiría libros de relatos. No daría clases en la universidad. Mi historia seguiría siendo plana, probablemente. No me gustarían los museos. Leería menos, apenas los titulares de los periódicos. El sentimiento de ser acogido en una sociedad extraña, tan diferente, no lo habría vuelto a sentir...

Son las siete. Los cuatro amigos se han levantado del velador. Las tazas y la botella seguían fieles a su base de sustentación, una tabla gruesa de madera de roble, marcada por la historia de tantos espacios de encuentro de las gentes que allí habían compartido sus historias: exitosas a veces y muy dolientes las más. Aquel establecimiento tenía buena fama por sus vistas al horizonte, en donde se alcanzaba a divisar la línea de separación entre la costa y el mar.

—Jorge, ¿Sabes qué?—Dije mientras apuraba la tercera copa de Rioja reserva de 2000.—Respirar este aire, olerlo, rozarlo con la piel de la cara, me hace rejuvenecer unos 40 años. ¡Qué cosa! ¿Verdad?

—¡Siempre fuiste un romántico! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!—Me dio una palmadita en el hombro.—Vamos, hombre. Entremos a la cantina. Te invito a la espuela.

Yo miraba el valle desde el extremo del patio, apoyado en la balaustrada. Sentí de pronto el apretón en mi brazo izquierdo. Me giré hacia él. Le miré a los ojos. Una sonrisa cómplice mutuamente compartida nos aproximó. Regresamos. Desde el fondo de la terraza, una carcajada femenina coral captó nuestra atención. Emma y Hanna nos hacían señas con las manos elevadas. Todos entramos al interior del café. El viento permanecía. Silbaba, pero ya no quedaba nadie. El espacio vacío. Imperceptiblemente, la tarde se perdía más allá del horizonte. El rojo oscuro del sol poniente trazaba una gruesa línea de pinturilla en la gran postal de cielo despejado de una larga, agotadora y triste jornada.

— Fin —

Amor

Hoy es viernes. La oficina de los servicios secretos ha vivido una frenética actividad. Todos los expedientes trabajados durante la semana quedaban guardados en la caja fuerte. Karl la cerró y activó el dispositivo de seguridad. Tocaron a la puerta. Karl la abrió. La figura esbelta de la doctora Fischer hizo acto de presencia. Afuera, caía la tarde. Desde la amplia ventana de la oficina, Karl y la doctora entraron en conversación.

—¡Qué sorpresa! ¡Elsa! Por favor. Entra. Siéntate, por favor. ¿Cómo estás?

Ambos iniciaron un diálogo amistoso. Pasaron las expresiones protocolarias, y a continuación ella entró directamente al asunto que le había llevado allí.

—Te quiero, te quiero mucho. Nunca te lo había dicho tan claro. Y siempre he sentido la sensación de que me esquivabas. No sé por qué. Es así, ¿No?

—¡Eh! Bueno... No sé. De verdad. Después de tanto tiempo trabajando juntos, tú y yo. En la agencia creo que siempre hemos dado la impresión de ser compañeros, junto a los demás. Y...

—Llevo exactamente 10 años deseándote. Nunca te he hablado de ello. Las mujeres somos especialistas en la ocultación de nuestras emociones más auténticas. No lo sabes tú bien.

—Pues, querida, me sorprendes. Me dejas sorprendido. Yo nunca pretendí...

—No. Si no es eso. Me daba perfecta cuenta de ello. No lo intuías. ¡Los hombres sois tan cortos en estas cuestiones! ¡Ja, ja, ja! Me lo imaginaba...

—¡Uf! ¡Qué silencio! ¿Verdad?

—Te he amado mucho durante estos años. ¡No lo sabes tú bien!

—Nunca me lo contaste. ¿Por qué, Elsa?

—No deseaba causarte problemas.

—¿Cuáles? ¡Por dios!

—Temía que todo ello desestabilizara tu matrimonio.

—¡Oh, no! Si ya llevábamos años sin entendernos. Prácticamente, los cuatro últimos años fueron de una frialdad... Me hacía daño. Dormíamos en habitaciones separadas. La ruptura se veía venir. Yo miraba hacia otro lado y ella hacía lo mismo. No ayudó nada la mutua pérdida de empleo. La crisis lo precipitó todo.

—¿Tú la amabas?

—Sí. Me casé con ella lleno de amor. Estábamos enamorados.

—¿Qué falló?

—Al principio compartimos una bonita historia. Éramos tan iguales. Pero, los avatares de la vida, los diferentes horarios de trabajo, el hecho de que no disponíamos de amigos comunes, nos fueron separando.

—¿Te fue infiel?

—Sí. Por partida doble. Al de poco de casarnos tuvo un affaire con una compañera de la agencia. Duró un año...

—¿Lo descubriste?

—No. Ella misma me lo confesó después de una noche de amor.

—¿Qué pasó?

—Compartían departamento. La agencia les encargó trabajos de campo. Hubo de viajar a España. Entonces, el Gobierno apoyaba discretamente desde la red consular a la oposición.

—¿Era espía?

—Bueno. Llámala camarada del Partido. En la sede central, aquí, en Alexanderplatz, en Berlín.

—¿La llegaste a conocer?

—Sí. Pertenecía a la sección del Sur de Europa. Y nuestro gobierno durante aquellos años financió bien aquellas actividades. De vista.

—¿Era guapa?

—Se trataba de una agente especial. Poseía una belleza corporal de Miss Mundo. Su inteligencia y adiestramiento militar eran extraordinarios. Creo que se la tomaba como la primera de su promoción.

—¿Te pidió perdón?

—Sí.

—¿Fue sincera al decírtelo?

—Creo que sí.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Un año escaso.

Puentes

—¿Se rompió el encanto?

—Sí. Yo no quería reconocerlo. La perdoné. No le di importancia al hecho.

—¿Te divorciaste?

—Sí.

—Estás libre, entonces.

—Sí.

—¿Te gustaría comenzar de nuevo conmigo?

—¡Buf! Me lo pones difícil. Creo que siento por ti lo mismo. Pero, se supone que es el chico quien hace la propuesta, ¿No?

—Tal vez.

—¿Cómo has podido soportar durante tanto tiempo manteniendo ocultos tus sentimientos?

—Las mujeres somos capaces de eso y de mucho más. Somos fuertes.

—¿Vives sola?

—Con Thomas. Pero él prácticamente él vive su vida. Tiene novia. Muchas veces trae a sus amigos, y la casa se hace muy comfortable. Existe buen humor.

—¿Aún trabajas en el hospital?

—Sí. Pero me cambiaron el horario. Ahora es de mañanas.

—Ah. Sí. Nos conocimos en cirugía. ¿Recuerdas?

—Saliste de aquella herida de bala con mucha suerte.

—La verdad que sí. Aquella trampa nos causó varias bajas al equipo. Perdí el conocimiento. Para cuando me quise dar cuenta me encontraba en tu hospital. El resto lo hizo tu experto cuidado quirúrgico.

—¿Qué hora es? Se ha hecho tarde.

Había anochecido. La infinidad de diminutos puntitos amarillos desparramados desde el ventanal hacia el horizonte, delataban uno de los rasgos de la personalidad de la ciudad, grandiosa, ruidosa, luminosa, cuyas lucecitas flotaban sobre un proceloso mar oscuro. La torre de las comunicaciones de televisión, como si se tratara de un gigantesco pirulí, se estiraba en vertical para poder tocar el cielo. El edificio se quedó sólo. La pareja de amigos interrumpieron la charla. Se enfundaron sus camperas. Karl apagó las luces. Salieron juntos por primera vez: a la noche.

Auftrag¹

El pasado mes de diciembre, Felipe Pérez Rodríguez comió en Schuterjunge, ese restaurant situado en Eberswalder Strasse que hace esquina con Danziger Strasse 9, con un tal Karl Weimanch, que aseguró venir de parte de Henrik, su reclutador y oficial de enlace en la Bundesnachrichtendienst² durante los pasados veinte años.

Karl era un tipo delgado, de talla media a bajito, que se esforzaba por ser muy amable, siempre la sonrisa en los labios, muy interesado por las exposiciones del Pergamonmuseum de la isla de los museos. Siempre que venía a Berlín se imaginaba la belleza del altar de Pérgamo, la puerta de Ishtar y el palacio de Nabucodonosor. No perdía la ocasión de volverlo a presenciar con sus propios ojos, una vez más. No le costó mucho a Felipe concluir que en esta ocasión Henrik no le enviaba a un profesional cualquiera, sino a un experto que se manejaba en el corazón del sistema mismo.

No obstante, a Felipe le extrañó que no hubiera aparecido Henrik para presentárselo. Daban las 12 horas en la torre de la iglesia de enfrente. Felipe decidió no hacer preguntas, le tomó del brazo, cruzó la calle y entró directamente al Schuterjunge. Ese rústico local que repartía encanto por sus cuatro costados, en donde servían deliciosa comida casera. Las generosas raciones de goulash, cerdo asado y Sauerbraten –una especie de asado de ternera a la vinagreta– alimentaron el magen³ y el espíritu a la par que las cervezas Bürgerbräu y Bernauer Schwarzbier a los dos hombres, sentados cómodamente en la esquina oeste del comedor.

1 Misión.

2 Servicio Federal de Inteligencia alemán.

3 Estómago en alemán.

Puentes

—Está muy bueno este asado, Felipe.

—Me gusta este sitio. La algarabía de la calle no penetra por las paredes de piedra. Y la comida es de primera, aún.

—Hablas muy bien alemán para ser español.—Felipe enrojeció visiblemente. Temió ser descubierto en uno de sus secretos, la identidad de su madre alemana.

—¿Lo sabías?

—Sí. He tenido acceso a tu expediente.

—Cómo. Eso significa que le ha sucedido algo a Henrik...

—¿Qué quieres decir?

—En mi época de servicio nadie tenía acceso a los expedientes, salvo el oficial de enlace.

—Salvo en caso de fallecimiento o desaparición. ¿No?

—Así que ese es el motivo de nuestro encuentro: el fallecimiento de Henrik.

—No exactamente. He tenido acceso por orden del director de la agencia —hizo una pausa y detuvo la respiración—. Henrik ha desaparecido y tú estás en su testamento.

—Esto...

—Henrik A. Stroesserman, el agente que te reclutó y que fue tu oficial de enlace todos estos años (veinte, para ser precisos), ha desaparecido en Bilbao, durante un crucero por el Nervión.

—Y la agencia quiere que yo mismo me movilice para entrar en una misión rescate de su persona o de su cadáver. ¿Es así?

Un silencio invadió la mesa. El camarero se acercó desde la barra para recoger los platos y preguntar si los señores deseaban tomar café. Felipe se lo quitó rápidamente de encima adelantando la respuesta. De nuevo el silencio.

—Me tengo que ir. Ya sabes el dominio de la web, las claves de la misión y memoriza bien el número del teléfono de seguridad. Estás obligado a ponerte en marcha. La orden viene desde la presidencia de la república. Te pagaremos. Si localizas a Henrik no tendrás que preocuparte de tu economía durante el resto de tu vida.

—¡Tú qué te crees! ¡Diles a esos burócratas que lo voy a hacer por amistad! ¡No por dinero! Henrik fue mi mejor amigo. Más bien mi único amigo.

—Me voy, Felipe. Adiós.

El camarero regresa con los dos cafés. Acompaña con su mano el recorrido desde su bandeja a la mesa y se va. Felipe dirige su mirada a la ventana de su izquierda que da a la calle. Nieva sobre Berlín. Se vuelve y gira el cuello. Agarra la taza por el asa. Sorbe poco a poco el café caliente. Piensa en España, en su participación en la lucha antifranquista, la clandestinidad, los pases por la frontera, las falsas identidades, sus misiones, la expulsión del partido comunista por desarrollar sus tesis reformistas en la reunión del comité ejecutivo de diciembre de 1966, justo hace 22 años. Se da cuenta que desde entonces apenas pensó en ese país, que también fue suyo. Bueno, de sus ancestros. Un rayo gris cruza su mirada.

—Ha muerto Henrik. Han dado con él. Seguro. Esos de...—Mussitó.

Afuera la nevada se hacía más copiosa. El pavimento de la plaza cubierto de un espeso manto albino. Ahora marcaba la una el reloj de la torre de la iglesia de enfrente. El cielo, encapotado. Había oscurecido.

El encuentro

El pasado mes de diciembre, Felipe Galaz Rodríguez comió en Schuterjunge, ese restaurant situado en Eberswalder Strasse que hace esquina con Danziger Strasse 9, con un tal Karl Weimanch, que aseguró venir de parte de Henrik, su reclutador y oficial de enlace en la Bundesnachrichtendienst¹ durante los pasados veinte años.

Karl era un tipo delgado, de talla media a bajito, que se esforzaba por ser muy amable, siempre la sonrisa en los labios, muy interesado por las exposiciones del Pergamonmuseum de la isla de los museos. Siempre que venía a Berlín se imaginaba la belleza del altar de Pérgamo, la puerta de Ishtar y el palacio de Nabucodonosor. No perdía la ocasión de volverlo a presenciar con sus propios ojos, una vez más. No le costó mucho a Felipe concluir que en esta ocasión Henrik no le enviaba a un profesional cualquiera, sino a un experto que se manejaba en el corazón del sistema mismo.

No obstante, a Felipe le extrañó que no hubiera aparecido Henrik para presentárselo. Daban las 12 horas en la torre de la iglesia de enfrente. Felipe decidió no hacer preguntas, le tomó del brazo, cruzó la calle y entró directamente al Schuterjunge. Ese rústico local que repartía encanto por sus cuatro costados, en donde servían deliciosa comida casera. Las generosas raciones de goulash, cerdo asado y Sauerbraten –una especie de asado de ternera a la vinagreta– alimentaron el magen² y el espíritu a la par que las cervezas Bürgerbräu y Bernauer Schwarzbier a los dos hombres, sentados cómodamente en la esquina oeste del comedor.

— Está muy bueno este asado, Felipe.

1 Servicio Federal de Inteligencia alemán.

2 Estómago en alemán.

Puentes

—Me gusta este sitio. La algarabía de la calle no penetra por las paredes de piedra. Y la comida es de primera, aún.

—Hablas muy bien alemán para ser español.—Felipe enrojeció visiblemente. Temió ser descubierto en uno de sus secretos, la identidad de su madre alemana.

—¿Lo sabías?

—Sí. He tenido acceso a tu expediente.

—¡Cómo! Eso significa que le ha sucedido algo a Henrik...

—¿Qué quieres decir?

—En mi época de servicio nadie tenía acceso a los expedientes, salvo el oficial de enlace.

—Salvo en caso de fallecimiento o desaparición. ¿No?

—Así que ese es el motivo de nuestro encuentro: el fallecimiento de Henrik.

—No exactamente. He tenido acceso por orden del director de la agencia —hizo una pausa y detuvo la respiración—. Henrik ha desaparecido y tú estás en su testamento.

—Esto...

—Henrik A. Stroesserman, el agente que te reclutó y que fue tu oficial de enlace todos estos años (veinte, para ser precisos), ha desaparecido en Bilbao, durante un crucero por el Nervión.

—Y la agencia quiere que yo mismo me movilice para entrar en una misión rescate de su persona o de su cadáver. ¿Es así?

Un silencio invadió la mesa. El camarero se acercó desde la barra para recoger los platos y preguntar si los señores deseaban tomar

café. Felipe se lo quitó rápidamente de encima adelantando la respuesta. De nuevo el silencio.

—Me tengo que ir. Ya sabes el dominio de la web, las claves de la misión y memoriza bien el número del teléfono de seguridad. Estás obligado a ponerte en marcha. La orden viene desde la presidencia de la república. Te pagaremos. Si localizas a Henrik no tendrás que preocuparte de tu economía durante el resto de tu vida.

—¡Tú qué te crees! ¡Diles a esos burócratas que lo voy a hacer por amistad! ¡No por dinero! Henrik fue mi mejor amigo. Más bien mi único amigo.

—Me voy, Felipe. Adiós.

El camarero regresa con los dos cafés. Acompaña con su mano el recorrido desde su bandeja a la mesa y se va. Felipe dirige su mirada a la ventana de la izquierda que da a la calle. Nieva sobre Berlín. Se vuelve y gira el cuello. Agarra la taza por el asa. Sorbe poco a poco el café caliente. Piensa en España, en su participación en la lucha antifranquista, la clandestinidad, los pases por la frontera, las falsas identidades, sus misiones, la expulsión del partido comunista por desarrollar sus tesis reformistas en la reunión del comité ejecutivo de diciembre de 1966, justo hace 22 años. Se da cuenta que desde entonces apenas pensó en ese país, que también fue suyo. Bueno, de sus ancestros. Un rayo gris cruza su mirada.

Afuera la nevada se hacía más copiosa. El pavimento de la plaza se había cubierto de un espeso manto albino. Ahora marcaba la una el reloj de la torre de la iglesia de enfrente. El cielo, encapotado. Había oscurecido.

Ha muerto Henrik. Han dado con él. ¡Seguro! Esos espías de la... Mecagoen... La puta... Recuerdo como si fuera ayer lo unidos que nos sentíamos. Todo comenzó aquella tarde de agosto de 1970, en el bar de Michel. El Basque-jazz tocaba una melodía de Charly Parker en la tarima que Mich había dispuesto en la otra esquina del mostrador, apartadas las mesas más hacia la puerta de salida. Eran la 20;00 ho-

ras. Yo, siguiendo las consignas del partido, me levantaba del velador en donde había tomado un té rojo y entraba al interior del establecimiento. Llevaba un ejemplar del diario Informaciones de Madrid. Me acerqué a la barra y pedí un whisky con agua. Berta, exuberante, lucía niki ceñido nuevo de color amarillo. El escote le permitía una presencia de dama bellísima, que completaban su vivísima sonrisa, su simpatía contagiosa y unos movimientos de sus dos manos certeros, sencillos, más propios de una bailarina flamenca en mitad de la actuación

—¡Hola, Fel! ¿Qué tomas? Pronunció nada mas verme a contraluz.

—Whisky. Lo de siempre. Ya sabes.

—Acaban de empezar. ¿Les conoces?

—¡Sí! Esto, no. Me habían hablado de ellos unos amigos. ¿Es su primer día aquí?

—Lo es. Han traído sus instrumentos. El equipo de sonido lo ha alquilado Mich.

Qué bueno, respondí, ya Berta alejándose al otro extremo de la barra. Y aprecié que un tipo barbudo se acercaba con el mismo ejemplar del diario Informaciones bajo su brazo izquierdo.

—¿Desea leer el periódico?

—No. El partido de futbol ha comenzado.

Y nos estrechamos las manos. Se trataba de la pregunta de seguridad y su contraseña. No se jugaba ese día ningún partido de futbol. Los equipos estaban en la pretemporada y el campeonato liguero comenzaría el siguiente mes. Una buena pregunta y contraseña. Así conocí a Henrik, su nombre de guerra, su alias, el primer día que le conocí. Entonces, a continuación, le hice un relato de mis intereses por la lucha hacia la democracia, representada por las dos palabras:

Amnistía y Libertad. Era el grito en todas aquellas manifestaciones. ¡Amnistía! ¡Libertad! ¡Amnistía! ¡Libertad! Henrik estaba más fajado que yo en esto de la vida de la clandestinidad. Yo era un novato. Él llevaba años trabajando desde la sombra. A veces cumpliendo misiones importantes y peligrosas de enlace y de organización de reuniones con personas del exterior. Nos apartamos de la barra por motivos de seguridad, para sentarnos en una de las mesas más alejadas de la banda de Jazz. El elevado voltaje de sus decibelios nos protegía de la escucha de terceros.

Berta estaba perdidamente enamorada de Fel, pero nunca lo mostró en público. Lo llevaba muy bien en secreto.

Si supieras, cariño, cuánto te echaba de menos los días que no aparecías por el bar. Me gustaba un montón el gesto de tu cara. Era como una especie de expresión del dolor salida mudamente de la profundidad de tu alma, que representaba mímicamente tu soledad, tu rebeldía, tu voluntad de determinación, tu respeto por el género femenino. Eras todo un caballero. Me gustaba tu masculinidad. Tu hombría. Te sentía. Te olía la presencia y la identidad. Intuía que estabas metido en la lucha clandestina contra el régimen. Nunca te lo pregunté, no obstante. ¿Verdad? Mi amor querido. Siento que nunca te enteraste de nada. Y yo siempre me lo he reprochado. ¿Cómo fue que te permití ir?

Veinte años después el servicio secreto de la Bundesnachrichtendienst recuperaría los restos mortales del ciudadano alemán Henrik en una fosa común situada en la ladera de Peñas Negras, un monte de la periferia de Bilbao, con la colaboración de la Ertzantza³. Felipe nunca lo logró. Y fue por ello separado del servicio. Actualmente, Felipe trabaja en una pizzería de la calle Bidebarrieta de Bilbao y cultiva su hobby preferido: el jazz.

3 Policía judicial vasca.

Humanización

Hace una semana me encontré de sopetón, en la calle Mayor, a la altura del kiosko de Sabina, a mi querida amiga Núria. Yo salía despreocupado. Llevaba en mi mano derecha los periódicos del día junto a la barra de pan. Llovía sobre Mundaka a esa hora: las ocho de la mañana. Los veraneantes aún no habían asomado su hocico. Y, sin embargo, hacía un calor insoportable. Ella me saludó de una manera estridente. ¡Rafa, Rafa! Exclamó en su idioma. Me volví y, efectivamente, ahí se encontraba. Me llevé una gran sorpresa, casi un susto. ¡Núria! Grité a mi vez. ¡Ven, ven! Desde el fondo de la calle inició un esprín que duró hasta la mismísima línea de meta imaginaria que conformaba mi cuerpo y mi atuendo vacacional. Prácticamente se me abalanzó, me abrazó con fuerza, era casi un golpe corporal. Intentaba como darme besos en las manos con sus rápidos movimientos de cabeza. ¡Venga, venga! ¡Vamos, vamos! Dije entusiasmado. Esos imperativos me salieron del fondo de mi corazón. Yo soy así con los amigos cercanos. Me gusta la espontaneidad y con los animales me sale como en un impulso irrefrenable, incontenible. Es que yo soy así. Pues, como te estaba contando, me atreví a tocarle la cabeza. Le acaricié y ella mostró más y más claramente su contento. Era como si dos amigos se encontraran después de un tiempo de separación. Luego alcé la mirada a diestro y siniestro para distinguir a su nuevo amo de entre las sombras de los árboles. Pero, me extrañó. No había nadie. ¡Qué raro! Pensé. Con lo que es Núria, sola y en mitad de la calle. Se habrá retrasado, me dije a mí mismo para tranquilizarme. Y después me dirigí andando hasta mi casa. Abrí la cancela. Y, como la perra me seguía dando ladridos de autoafirmación y gozo, la invité a que pasara hasta el jardín. Ya en el porche, deposité los diarios y el pan encima del velador, me desprendí de la zamarra empapada de agua, empujé la puerta de la cocina, la dejé abierta y retiré la cafetera del fuego. Un humeante olor a café recién hecho salía hacia el jardín por la ventana derecha. Luego, coloqué varios pedazos de pan en el tostador. Abrí

el armario y extraje la taza, el platito y el tarrito de azúcar. Esperé un momento a que el aparato terminara su labor, y a continuación, lo apagué. Saqué de allí el pan tostado y lo deposité en la encimera. Volví a abrir el armario y tomé un plato llano. En éste coloqué los panes. Abrí el frigorífico y saqué la mantequilla y el recipiente de la leche. La coloqué en otro platito llano. Cerré la nevera. Mientras tanto, la perra seguía dando ladridos. Entraba y salía de la cocina luciendo un comportamiento tan familiar, como Pedro por su casa. Y en una de éstas se zafó por la puerta del jardín sin yo darme cuenta, afanado como me encontraba en la rutina ceremoniosa de la preparación del desayuno: la comida más importante del día. Así que, una vez hube terminado de cerrar los mandos del fuego y de tomar en mis manos todos los elementos que conforman un desayuno: el platito de la taza de café, la taza, el tarrito de la leche, el plato llano con los panes tostados, la mantequilla, la cafetera y el azúcar, enfilé la puerta, salí de nuevo al jardín y los puse encima del velador del porche, ubicado a buen recaudo de la molesta lluvia matutina. Pero no vi a la perra. La llamé. ¡Núria, Núria! Y nada. No le di mayor importancia, pensando que a lo mejor se había encontrado con su nueva dueña y que no se hallarían ambas muy lejos de allí. Me senté y me dispuse a dar buena cuenta del generoso desayuno. Me dio tiempo para todo. Vertí el café y la leche en la tacita, dispuse la mantequilla en las tostadas, eché el azúcar. Bebí lentamente el café. Degusté todo el alimento. Repetí varias veces. Luego leí la prensa. Comencé por los artículos editoriales, una lejana costumbre muy mía que aprendí de mi mejor profesor de literatura, ya en el bachillerato. ¿Cómo se lee un periódico? ¡Hay que comenzar buscando en primer lugar el o los artículos editoriales! ¡Eso es lo primero que se lee! ¡Luego las noticias nacionales e internacionales! ¡A continuación, las locales, las de sociedad, las culturales y deportivas! ¡Para finalizar con los pasatiempos! Y, al final, final, final de todo: el crucigrama. ¡Hacer el crucigrama! Así la daba, en aquella clase, aquella lección. Hasta que, súbitamente, dieron mis narices con una noticia extraordinaria. El titular me llamó poderosamente la atención: Humanización, de perro pasa a persona.

En América se ha producido un acontecimiento que tiene de cabeza a la comunidad científica. Según ha comunicado en su página web el New York Times, en Sansolito, localidad famosa en Estados

Unidos por su oferta turística internacional, ha tenido lugar una extraordinaria metamorfosis, un perro se ha convertido en hombre. Un extraño caso de humanización animal. El profesor Reichmann, Herr Profesor, como es bien conocido a este científico profesor que ejerce en la Facultad de Biología de la universidad de la ciudad, ha comunicado, tanto a la junta de docencia de su centro de trabajo como a la policía, que su perro llamado Tom al que el científico sometió durante varios años a un programa de naturaleza conductista consistente en la modificación de la actividad del sistema nervioso central, en concreto, de la funcionalidad bioquímica y celular de los lóbulos prefrontales y supraorbitales cerebrales, al final, alcanzó el éxito en las laboriosas pruebas de laboratorio a las que fue sometido. En la actualidad, el can habla, camina sobre sus dos patas traseras, y tras las operaciones quirúrgicas a las que fueron sometidas sus patas delanteras, es capaz de usar sus extremidades superiores como las personas. El caso ha causado una expectación fuerte en la ciudad. Se abre un sendero nuevo para la ciencia, que hace posible la abreviación de los procedimientos de humanización para los animales del planeta que se encuentran en una escala más baja que el hombre en el ranking de los seres vivos. Se ha postulado al profesor Reichmann y a su equipo para candidato al Premio Nobel por parte de América.

Tuve que interrumpir la lectura del diario. Enseguida me vino a la mente el caso de mi amiga Núria. Me hice la pregunta: ¿Y si la ciencia pudiera posibilitar un proceso aún más rápido, la metamorfosis, como por arte de biribirloque, desde animal a hombre o mujer de nuestras mascotas? ¿No sería maravilloso? Yo hubiera ganado a una amiga. ¿No es cierto?

Cuarenta años después

John se ha despertado, ayudado por el ruido a Jazz –sonaban los acordes del tema Little Johnny C con Johnny Coles a la trompeta— del móvil despertador LG, último modelo, que la semana pasada adquirió en el piso sexto de unos grandes almacenes –no quiero hacer publicidad de El Corte Inglés, naturalmente—. Da un tirón a la manta de verano. De cabeza se lanza a la piscina del día. Al parecer: ha amanecido.

Renqueante, se aproxima a la puerta del baño luego de atravesar un largo pasillo, le da un tirón y se precipita adentro. Tantea los anaqueles del armario. Toma la máquina de afeitarse. Introduce el enchufe y da al botón. Un sordo ruido de aparato doméstico invade la estancia. Se demora durante un buen rato en las cordilleras y los valles de su cara. Logra un apurado casi perfecto. Aparta la máquina para comprobarlo. Vuelve al afeitado sin apartar su mirada del espejo. Así varias veces hasta que se queda convencido. Desenchufa, guarda la máquina en el estuche y lo deposita en la balda segunda del armario. Se desprende del pijama. Entra a la ducha. Abre el grifo. Una agradable mini cascada de agua tibia se derrama por todo su cuerpo mientras un pensamiento se abre paso desde las tinieblas de su mente: ¿Cómo se encontrará Desiré?

Anoche recibió una llamada de Pedro. Le describía el acontecimiento. Había llegado a casa Desiré, después de su liberación desde uno de los campamentos construidos en la frontera Sirio Turca por las fuerzas armadas del Estado Islámico. Un comando especial del Ejército la habría rescatado, en una operación militar secreta dirigida por los servicios de inteligencia de la NATO, hace cuarenta y ocho o setenta y dos horas. Aterrizó en La Paloma hace pocas horas. Y directamente, se la llevaron al hospital. Llegó herida.

Este recuerdo le conectaba con otros más lejanos. Desiré había sido su pareja en el pasado, desde la época de cuando estudiaban sexto curso en la Facultad de Medicina, hace de esto unos 40 años. Cuando aquello, quedaban para estudiar juntos la mayoría de los sábados a la noche. Unas veces en casa de él y otras en la de ella. Vivían ambos separados, en sendos pisos de estudiantes del barrio de Arabella. En torno al espacio luminoso circular creado por una lámpara, sentados a una mesa, apretados codo con codo, repasaban y repasaban los apuntes, los libros de patología médica y quirúrgica, hacían esquemas en sus blocks, hasta el agotamiento físico. A veces, era ella la que se levantaba y tras un lento estiramiento muscular, se echaba a la cama de la habitación, medio dormida. Otras, él hacía un alto en el camino y anunciaba su descanso un poquito antes de tumbarse. Siempre sucedía a eso de las cinco de la mañana, aproximadamente. De esta forma, las ocho horas de repaso y estudio quedaban aseguradas. Así, todas las semanas del curso. Desde finales del mes de octubre que comenzaba, hasta finales de junio, finalizadas las últimas clases. Los exámenes eran durante todo el mes de junio.

Allí anidó el noviazgo. En los descansos hacíamos el amor. Nos tocábamos las manos. Nos abrazábamos. Buscábamos nuestras bocas para besarnos. Nos emocionábamos mucho. Vivíamos una especie de vida nueva, a punto de ser tejida y tricotada por las agujas de nuestros deseos. En los descansos, nos mirábamos a los ojos, tratando de descubrir en el fondo de la mirada los contenidos ocultos que demostraban la certeza de nuestro amor. Indefectiblemente, nuestros labios sonreían. Unas noches de forma costosa y trabajosa, las más de manera fácil y breve, siempre los encontramos. Los ojos del otro confirmaban la fidelidad, la complicidad, la amistad que fortalecían nuestro vínculo.

—¡Cómo me gustas!

—Te quiero mucho.

—Mi vida.

—Te adoro.

—Cielo

—Tesoro.

—Besitos.

Y nos levantábamos al alimón, asidos de nuestras cinturas, para empujarnos mutuamente a la superficie del jergón. Nos desabotonábamos. Retirábamos las prendas del otro y hacíamos...

El agua caliente. Subía la temperatura. Se dio cuenta John. Se rescató de su estado, absorto. Cerró la manija del grifo. Tomó la toalla. Se secó la cabeza, el pecho y las piernas. Luego, la espalda. Salió de la ducha. Se puso dos pufs de *La nuit de l'homme*, de Yves Saint Laurent. Se dirigió por el pasillo hasta el dormitorio. Allí se puso el *poulover*, los jeans y los zapatos beige de ante. Regresó al baño para peinarse la raya a la izquierda. Apagó la luz y salió a la escalera a apretar el botón del ascensor. Vivía en el piso 23 del primer rascacielos de la ciudad, el más antiguo. Una ligera sensación vertiginosa le invadió su cuello. No lo podía evitar: Se dirigía al hospital, a visitar a Desiré.

Hubo de esperar un largo rato, pues a esa hora punta los tres ascensores no daban a basto ante tanta demanda. Esto le generaba una frustración de naturaleza intolerable. Por fin llegó. Se había congregado en ese momento en la planta un pequeño tumulto. Se abrieron las puertas de par en par y pudo apreciar un espacio vacío que, dotado de una fuerza magnética poderosa, tiraba con violencia de él para abducirlo. Tal era la impaciencia de sus vecinos. Durante el descenso, John tuvo tiempo de pensar.

Desiré. Mi amor. Pienso en ti. Cuánto te amo. Todavía. ¿Sabes en lo que pienso? En los exámenes compartidos, los tiempos del inicio del oficio de médicos de los dos en los hospitales, las guardias, las luchas contra la muerte en los boxes de las urgencias médicas con nuestras pequeñas victorias... Te separaste de mi camino. Sí, tiene gracia visto desde hoy el proceso. La separación de caminos, las diferentes opciones tomadas: tu carrera policiaca y mi afición por el psicoanálisis. ¿Quién me iba a decir a mí que todos los caminos poseen

encrucijadas? Y separaciones. Te separaste de mí. Me dejaste. ¡Maldita sea! ¡Qué mala leche tengo! Todavía me dura el odio. Mi complejo de novio abandonado. Cuánto te quería. No era sólo tu físico. Entonces eras una bellísima persona. Me imagino que lo seguirás siendo. Generosa, amable, trabajadora, con valores éticos. Todo el mundo te quería...dios.

Súbitamente, se detiene el ascensor, abarrotado como estaba de vecinos dispuestos a echarse a la piscina de la vida: a por ella, al trabajo. Un temblor colectivo del grupo todo lo confirmó. Habían llegado a la planta baja. Se abrieron las puertas y el grupo se lanzó con arranque al exterior. La fuerza centrífuga arrastró a John con ellos.

—¡Taxi!

—¿A dónde vamos, señor?

—¡Al Hospital de Basurto!

—De acuerdo.

Durante la carrera John piensa en su ex. Silencio pesado. Inquietud. El tráfico está un poco atascado esta mañana porque comenzó a llover durante la madrugada y cuando eso sucede, el agua se queda encima del pavimento y enlentece la circulación. Piensa en la detención del amor. No entiende aún el porqué.

—Ya llegamos, señor.

—¿Cuánto?

—Ocho cincuenta, señor.

—Tome. Quédese el cambio. Adiós.

—Gracias señor. Que tenga un buen día, señor.

Salió del vehículo y se estiró ligeramente. Se hallaba delante de la puerta principal del gran hospital. Tras unos momentos de indecisión, entró. Se dirigió a Información. Una joven rubia le ofreció sus grandes ojos azules y una sonrisa.

—¿Qué desea, señor?

—Buenos días. Por favor, si es usted tan amable, ¿me podría indicar hacia dónde he de ir para localizar la habitación 4306? Soy médico, pero me dijeron que tras la última reforma cambiaron las numeraciones de los departamentos.

—Con mucho gusto. Mire, al fondo a la izquierda dispone de dos ascensores que suben al pabellón cuatro. Es allí. Piso tres.

—¡Ah! Sí. Cirugía de antes, ¿verdad?

—Sí señor.

—Muchas gracias. Le agradezco mucho.

—No hay de qué doctor. Buenos días.

—Adiós. Buenos días.

Se dirigió hacia los ascensores del fondo. Uno de ellos estaba abierto, vacío y disponible. Dio al botón y subió. Ya en la planta buscó la habitación de su amiga. Tocó a la puerta y esperó.

—Adelante

—Hola Desiré. Soy...

—¡John! ¡Por favor! ¡Qué alegría!

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? Me llamó Pedro ayer...

—¡Ay! ¡Qué alegría me das! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡John! ¡Cuánto tiempo! Me estoy recuperando poco a poco. Llegue hace dos días. La herida aún está infectada. Me recomendaron reposo y vigilancia médica estrecha. Por eso ingresé.

Ayer pedí el traslado hacia aquí. Aquí vive mi hija. No sabes...

—No. No lo sé. Hace tantos años que no nos hemos vuelto a ver. ¿Verdad? Así que...

—Me ha subido la fiebre por la infección. Pero creen que con el cocktail de antibióticos se podrá controlar.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—No he podido dormir. Estoy muy cansada. Han pasado muchas cosas en los últimos días. Me encuentro un poco... agotada.

—No te preocupes. Claro que sí. Mucho viaje, mucho trajín. Pero te pondrás bien. Desiré. ¡Qué poco has cambiado! Sigues siendo aquella mujer aguerrida que yo conocí en la Facultad de Medicina.

—¡Oh!

—¿Qué tienes? ¿Te ocurre algo? ¿Llamo a la enfermera?

—Sí... Por favor...

John salió como un tiro en busca del enfermero. Regresó acompañado de dos enfermeras.

—Por favor, salga fuera— Le dijo la que parecía más veterana. John obedeció. Se sentó en una silla del fondo del pasillo, a la derecha. Ahora desde la media distancia apreció la entrada de dos médicas distinguidas por sus batas. Al cabo de quince minutos entraron otras dos médicas. Y un minuto después salía Desiré encamada acompañada de su séquito. Al parecer se dirigían a uno de los quirófanos de urgencia. John se estremeció. Sintió miedo por primera vez.

Pero logró contenerse y decidió mantenerse a la espera. Transcurrió un cuarto de hora, luego media hora, luego una hora. Entonces cambió de opinión. Pensó que sería mejor irse y regresar por la tarde o al día siguiente. Aún poseía aquella confianza en las artes médicas que había aprendido tan bien durante su carrera en la Facultad. Se levantó, saludó a una doctora que se cruzó por el pasillo y salió a la calle. Todavía impactado por el acumulo de emociones vividas de manera solapada arriba en cirugía, comenzó a caminar por la acera. La lluvia no cesaba. Las baldosas del pavimento se encontraban resbaladizas. No llevaba paraguas. Se levantó con los dedos de su mano derecha el cuello de su poulover para protegerse del agua. La ciudad se iba apagando. Los tonos grises oscurecían las avenidas. Los autobuses y automóviles circulaban con los faros encendidos. Oscurecía aquella mañana de otoño. Una cafetería acudió a su rescate y le ofreció a John sus servicios. Entró para resguardarse del frío y de la humedad.

—Un café con leche con sacarina, por favor.

—Buenos días. Manchado.

Lo bebió de dos tragos y partió hacia la consulta de psicoterapia psicoanalítica. Miró su reloj de pulsera. Eran las nueve. El primer paciente lo tenía citado a las diez. Además debía de ordenar los papeles del escritorio. Estaba escribiendo un libro y al final de la jornada siempre conseguía escribir algo. Quería llegar con tiempo.

Sólo sería hasta la mañana del día siguiente, cuando conocería el resultado de la intervención quirúrgica, de la voz de Pedro, amigo común, que sí logró mantener la relación de amistad con Desiré durante años. Su segunda llamada al móvil de John fue brutal. Serían las 9 de la mañana y a John le pilló afeitándose.

—¿A ver? ¡Pedro! ¿Eres tú?

—Sí, John. ¿Te pilló en buen momento? ¿Puedes hablar?

—Sí. Puedo hablar. Dime, Pedro. ¿Qué tal está Desiré?

—Desiré ha muerto. Lo siento, John.

A partir de ese momento, todo fue incredulidad, extrañamiento, rabia, oscuridad, vacío, miedo, inquietud. Una larga tristeza besó sus mejillas recién apuradas y abrazó su cuerpo.

Perdiste

Aún es de noche. Apenas se aprecian las escasas nubes, manchas negruzcas pegadas a la vera de la luna que a estas horas mantiene su tonalidad amarilla, una bombilla del muelle, un faro, una referencia para el navegante sin rumbo, lugar de encuentro para amantes, futuro incierto para poetas, pasado feliz de la infancia, objeto inalcanzable del deseo, refugio de dolor de naturaleza intolerable, condensación de toda una vida plagada de decisiones equivocadas.

Jon permanece asomado a la ventana. El horizonte marino apenas distingue con una línea horizontal ambas tonalidades de azul.

—Sigamos juntos...

—No quiero.

—No te entiendo. ¿Por qué?

—Llevamos mucho tiempo prolongando este final.

—¡Que nunca ha de llegar!

—Ya sabes por qué.

—No.

—Sí. Lo nuestro no tiene futuro. Es un capricho. Siempre lo fue.

—Casémonos, cariño.

—Ja, ja, ja.

Puentes

—¿De qué te ríes?

—De ti. Ba, ¡déjalo!

—Te quiero mucho.

—Yo también te quiero.

—¿Entonces?

—No lo pongas más difícil.

—¡Déjame abrazarte!

—No empieces otra vez.

—¡Ana! ¡Por dios!

—Basta ya.

—Te amo.

—Tienes que irte.

—¿Me vas a echar?

—Nos tenemos que separar. Lo nuestro se terminó.

—Fue una aventura para ti. No para mí. ¡Lo sabes!

—Por eso. ¡Dejémoslo así?

—Por favor. Yo quiero seguir juntos. ¡Lo nuestro tiene futuro!

—No.

—Dame una última oportunidad.

—No te voy a contestar más. ¡Déjame! ¡Punto!

—¿Tanto me odias?

—No es eso.

—¿Entonces?

—¡Que me dejes en paz! ¡Ciao!

—¡Por favor! Ana, ¡por favor!

Esas palabras le tenían ocupado en ese momento. Tornaban la mirada hacia su interior. Ya sólo veía el diálogo con su amada. Un diálogo imposible. Dos posturas, una mujer y un hombre. Un proyecto que se derrumba. Un lacerante dolor de separación. Una apertura discrepante entre dos seres que desarrollan vidas incompatibles a partir de ese punto de corte. Nunca lo habían hablado. Había pasado una hora y apenas se insinuaba una luz violeta por encima del horizonte. Los muelles estaban vacíos de gente. El primer turno de estibadores llegaría un poco más tarde.

El olor a sal llegaba lentamente por su ventana abierta de par en par. Los edificios eran siluetas negras que simulaban vigilantes al acecho de algún acontecimiento imprevisto. Pero no sucedía nada. A lo lejos, no se podía apreciar ola alguna. No había marejadilla en la mar. Estaba en calma. El movimiento empezó liderado por dos gaviotas que echaban su vuelo desde la orilla de la playita aledaña al espolón. Tampoco se apreciaban los verdines de las rocas, cuyos dibujos y matices de color distraían durante el día. La temperatura no había bajado de 30 grados. La camiseta de John, húmeda. Las diminutas gotitas de sudor caían por sus sienes, marcando regueros transparente, por momentos lacerantes. Tal era la canícula. El cielo aún permanecía gris negruzco. Ni una sola nube se colgaba de la bóveda. Pero la masa incommensurable de pequeñas lucecitas amarillas alegraba la mirada y el espíritu. John sentía sus músculos tensos. Su respirar, ya dificultoso por el efecto del aire caliente, producía un ruido nasal, gutural a veces, similar al de un viento marino cuando choca contra el borde de

una vela desplegada. Oírlo a John le alteraba más. Le dificultaba más el proceso de pensar sus pensamientos. El pantalón de su pijama se hallaba asimismo pegado a su piel por efecto del pesado ambiente. Se apartó de la ventana. Fue a la cocina, tomó un vaso y lo llenó de agua del grifo. Dio un trago y suspiró.

—Hola.

—¡Ana! ¡Qué alegría! ¿Estás sola?

—Ven, ven. Siéntate aquí. Porfa.

—¿Qué estudias?

—Endocrino...

—El examen, Todavía queda. Es la semana que viene. ¡Eres una perfecta burguesa!

—No empieces, por favor. Ya te metiste con nosotros en la asamblea.

—De acuerdo. ¿Amigos?

—Eso...

—Café?

—Té rojo si no te importa.

—Yo con leche. Voy a por ellos. Ahora vengo.

—Espera. ¿Tienes tiempo? Quería decirte... siéntate.

—Cómo no. Dime.

—Te invito a casa. Ven esta arde. La gordi se va con su hermana al pueblo. Me quedo sola. Me gustas.

—¡Oh! Me pongo rojo. ¡Ejem! Sí, cuenta con ello. ¿A las seis va bien?

—Muá.

—Ana. No contaba con esto. Es que no estoy acostumbrado...

—¡Deja ahora las revoluciones permanentes. No estamos en la asamblea de la facultad. Olvídate por un momento del partido. Dame la mano. ¡Qué solo estás!

—No me importa. Siempre ha sido así. Después de la última de mi padre decidí irme de casa.

—¿Con quién vives?

—Con el churro, Cabi y Felipe. En el casco viejo. Al lado de la glorieta. ¿Tú?

—En el Arenal. Más allá de la fila de tilos de avenida.

—Ya. Es un sitio muy tranquilo. No hay casi ruidos. Me encaja el lugar para ti. ¿Te llevas bien con tus compañeras de piso?

—Éramos amigas antes. Pero ahora, salvo Feli, las demás tienen planes propios. Con sus novios.

—Nunca fue a esa casa. Me dijeron que organizáis veladas musicales con guitarra y piano. ¿Es verdad?

—Sí. Anoche vino la banda. Vendrías a una?

—No lo dudes.

—Ahora, ¡Vete a por los tés!

—Sí, claro.

¿Por qué tengo que aguantar tanto? No me ha salido bien absolutamente nada. ¿En qué he estado pensando? ¿Dónde tenía la cabeza? ¿En qué país vivía? No es para tanto. ¿Qué no era para tanto? Dejé la universidad por miedo a los estudios. Si esto se lo contara yo a alguien ya me diría muchas cosas, ya. Cuánto aburrimiento vital. Al final, ¿qué he conseguido? Nada, nada. Absolutamente nada. Estoy harto de esta porquería. He perdido la credibilidad. Nadie me soporta. Soy odioso para todos. De verdad, deberías de abrir la ventana de la cocina de par en par y permitir que el aire de tu casa se renueve, que entre el aire real de la calle y así te dejes de pantomimas. Eso dijo la última vez que nos vimos. Y yo que había albergado la idea de que los dos nos uniríamos en una especie de vida en común. Que lo compartiríamos todo. Hasta dónde he hecho el ridículo. Cómo se habrá reído de mí. Le habré parecido un pequeño imbécil. Materia de mofa ante sus amigas. ¡Qué apego a las faldas de su madre tiene el pobre! Seguro que están diciendo. Las oigo desde aquí. ¡Cómo me duele! ¡Este amor! Qué vi yo en lo nuestro. ¿Acaso nunca fue cierto que ella me correspondía? ¿Fui su tamagotchi? Me dejé atrapar por la fuerza de su seducción. ¡Pobre Ulises! Pobre iluso. Estaba enamorado. No podía ver nada. No podía pensar. Estaba anulado. Embobado. ¿Qué cambios revolucionarios podía yo construir en aquel estado? ¿No es como para quitarse la vida? Apartarme de por medio. Dejar que las generaciones venideras puedan con la tarea de la revolución. ¡Mayo de 68! ¡Qué pena! Si llega a salir ésa.

—Llaman a la puerta. ¡Qué raro! A estas horas. Voy a abrir. ¿Sí? ¡Ana! Pero, ¿qué haces con eso? Ten cuidado. Es un arma. ¿Qué haces aquí? ¿No...? Cuidado. ¡No! ¡No!...

¡Pum!

La profesora

—¡Uf! Qué poca gente. ¿Verdad?

—Poca. Por eso te he citado a esta hora. Es un poco tarde, pero facilita la obtención de una mesa libre. ¿Qué tomas?

—No sé. ¿Un blanco?

—Que sean dos, por favor.

El camarero se aparta de la mesa, con movimientos lentos. El local, ya vacío de comensales. Es una hora de la tarde en la que las oficinas se vuelven a llenar de profesionales. Se nota por el silencio que sucede a un mediodía ajetreador. Myrian y Fernan se mantienen agarrados a una mesa tal y como lo haría una pareja de náufragos en medio de la soledad por la espantada general provocada por el hundimiento del trasatlántico.

—¿Vosotros no trabajáis por las tardes?

—Que va. Hacemos siempre horario intensivo. Ya sabes. La Secundaria siempre fue así.

—Vaya envidia me estás dando. Yo siempre trabajo a horario partido. Y apenas encuentro una hora libre para comer. Suspendí las citas. Hoy es diferente...

—No conocía este local. Normalmente comemos en el instituto. En la sala de profesores han instalado un microondas rápido. Sale más cómodo...

—Y barato.

Puentes

—¡Oh! Sí. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ah! Muchas gracias.

El camarero acaba de colocar los cubiertos y la vajilla. Se va.

—Estos cuchillos, ¿para qué sirven?

—El del exterior es para el pescado y el del interior para la carne...

—¡Buf! Qué pensamiento más curioso se me acaba de cruzar por la cabeza. Si yo te contara.

—¡Ejem! Bueno. No te había telefoneado para hablar sobre los cuchillos, precisamente...

—¡Ah! ¡Ja, ja, ja! Perdona Fernan. No me había dado cuenta. No estaba bromeado. Es que...

—Javi. Se trata de Javi. Después de hablar con la familia en la primera consulta, me quedé asustado por el recado que me hizo llegar el chico. Me pidió que hablara contigo... No sé. Fue como una intuición. Ya sabes que los psicoanalistas trabajamos con las familia en los casos graves. Y todos los casos lo son. Así que...

—Te interesó la problemática del chico, ¿a que sí?

—Mucho. Este encuentro nuestro es para mí importante. Me gustaría que me hablaras del chico. Qué tal estudiante es. Si se relaciona.

—Es un poco, ¿cómo te diría? ¿Afeminado? No homosexual, no. Marichica, ¿sabes?

—¿A, sí?

—Un poco. Un poco. Yo le miraba sus posturas corporales, antes, y me decía a mí misma, ¿parece un chico homosexual? Su voz era tierna, su sonrisa y los movimientos de sus manos eran como los de sus compañeras. Además, se junta siempre con las chicas. No va con los chicos, que no va... ¡Uy! Ese caballero ha tomado por el mango un cuchillo de grandes dimensiones. ¡Cómo me gustan esos utensilios!

—¿Cuál, cual? ¿Cómo dices?

—Va. Nada. Te estaba contando la vida relacional del recreo de Javi. Es un chico majo. Sólo tiene amigas. Eso no quiere decir nada, ¿verdad?

—¿Cómo le van los estudios?

—Bueno, va sacando las asignaturas. A trancas y a barrancas. Otros chavales también. No es un caso estricto de fracaso escolar. A mí me cae bien ese chico.

—Tenemos que ayudarle. Los padres están en pleno proceso de divorcio. Hay un conflicto de pareja de largo tiempo. La entrevista médica fue durita. La demanda era para evaluar al chico y proponerle un tratamiento psicológico, de psicoterapia. Apenas pudo hablar el chico. Los padres se enzarzaron en una trifulca del copón bendito. Me ví y me las deseé para reconducir la reunión y darle un lugar propio al muchacho. Al final me impuse. La familia no se comprometió a pagar el tratamiento. Dedicué mucho tiempo a la entrevista. Siempre lo hago con adolescentes. No se comprometieron. Pero el chico sí quería comenzar el tratamiento. Yo te llamé porque desde la reforma de la sanidad en España tiene sentido el trabajo interdisciplinario. Por ejemplo, entre psicoterapeutas y profesores, para ayudar al proceso de madurez de los chavales. Es una segunda oportunidad de desarrollo... ¡Perdón!

El camarero se ha instalado en la mesa. Reparte la carta. Solicita las decisiones sobre la bebida.

—¿Qué bebes para comer?

Puentes

—¡Sangría!

—¿En invierno?

—¿Por qué no?

—No sé, me parece muy atrevido. ¿No tienes frío?

—¡Ja, ja, ja, ja! Por eso, precisamente.

—Bueno, yo vino tinto. Reserva. Ribera del Duero. ¿Puede ser la cosecha del 2011?

—¡Sí señor! Ahora se la traigo. Perfecto: sangría y Ribera del Duero.

—¿Por qué del 2011?

—Me gusta el vino. Ese año fallecieron dos amigos míos muy queridos: Semprun y Pradera. Lucharon por la Libertad.

—¡Qué bonita palabra! La Libertad. ¿Crees en ella?

—Sí. Mucho.

El camarero se fue.

—¿Qué asignatura das?

—Sociología. Ahora estudiamos los temas de violencia familiar y social: Los crímenes, las psicopatías. Ya sabes, soy de Letras.

—Eh, bueno. Unos temas muy interesantes y actuales. Sí. Se nos evaporan los blancos. ¡Chinchin!

—¡Chinchin! ¡Guau! Qué bueno. La sangría me sentará como una transfusión de sangre.

—Apuesto a que sí. Ejem. De un trago sabe mejor...

De nuevo el camarero.

—¿Señores, qué van a comer?

—Tú primero.

—Hígado.

—Yo merluza con tomate. Y una ensalada para los dos. Gracias.

—¡Um! Me encanta el color de la salsa de tomate.

El camarero apunta el menú a la carta y se retira en silencio. Antes ha colocado dos vasos, la jarra de sangría y la botella de vino encima de la mesa. El restaurant se ha vaciado. Únicamente ellos comen en una mesa situada en la esquina del comedor, detrás de una columna y cerca de la puerta de salida a la calle, que traslada al interior el griterío recuperado, propio de la avenida. Sin embargo, nadie les observa.

—Myrian, ¿tienes novio?

—No querido. Estoy libre. Pero ya veo que tú llevas anillo.

—Sí. Y muy bien, creo. Llevamos casados más de 15 años. Pasamos las bodas de bronce.

—A mí me caen muy mal los tíos. Soy feminista radical...

—¡Oh! Perdón. No quería ofenderte. De verdad.

—Ya lo sabía. Qué te crees. ¡Este cuchillo!

—¡Cómo! ¿Cómo!

—Nada. Estaba penando en la escena de un crimen pasional.

Puentes

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—¡Ya! Así que no me entiendes.

—No... ¿Qué haces? Deja eso, por favor. No, no, ¡no!

—¡Toma cabrón! ¡Un hombre menos! ¡Un hijoputa menos en el mundo!

Tras el golpe seco recibido en el cuello, brotó abundante sangre en chorro hacia el lado contrario al que se encontraba ella, que manchó el blanco mantel. Fernan se desplomó suavemente sobre su respaldo, sin hacer ruido. El cuchillo se quedó ahí insertado. Myrian se levantó despacio. Tomó su abrigo del respaldo de la otra silla alejándose, sin inmutarse. Abrió la puerta. Salió a paso lento. La acera se hallaba llena de gente que se afanaba en la búsqueda de la parada del metro y del bus. Era hora punta. Nadie miraba a nadie. Todos se apresuraban, tras la jornada laboral, a recuperar sus espacios de la familia, los hobbies, las amigas, en definitiva: sus vidas. Myrian, ataviada con un abrigo negro que la envolvía del todo bajo su hermoso cabello rubio, se adentró entre la muchedumbre, hasta hacerse invisible. Ella también había terminado su jornada laboral. El mundo continuaba.

Yo sí hablé con tu padre

—Bueno este vino. No lo conocía. ¿De qué cosecha es?

—De la del dosmildiez.

—Por nosotros.

—¡Salud!

En ese momento tocaban a misa las campanas de la Iglesia. Se rompía mágicamente el silencio del pueblecito –un diminuto núcleo de unos mil habitantes–. El invierno había pasado, con sus nieves y ventiscas. Aromas de jazmines, rosas y madeselvas, tras orillar los naranjos alineados del jardín, se colaban alborozadas, por la ventana al estudio de Julen, una pieza amueblada con esmero de ebanista. Mesa, sillas, sofá y armarios se combinaban desordenadamente en apariencia. El invitado siempre se sentía alagado culturalmente por la extensa biblioteca, aledaña a la estancia. Sus quince mil libros aguardaban con ansiedad la caricia del esperado lector.

—Pica unas aceitunas. ¿Hace?

—Venga. ¡Uy! Muy buenas.

—Siempre imagino las mañanas. Los amaneceres me apasionan. Ese cambio de color del cielo que toma la forma de dilución del negro hacia el malva, luego al rojo, amarillo, hasta la luz. El sentimiento de alegría, de un subidón lento, profundo. El movimiento de los labios hacia arriba. Me río con ganas. Las ganas que a mí me entran. ¿Bueno el vino, ¿eh?

—Muy bueno. En el pueblo, hace años, cuando terminó la guerra civil, una mañana de domingo, unos amigos se ofrecieron a acompañarme a misa. Entonces se bebía vino, también, cuando comulgabas. Pero, aquél sorbo me sorprendió. Era un vino reserva muy bien criado. Me enteré después. Lucía un color rojo cereza con unos tonos granate. De mucha fuerza en nariz. Buena intensidad. Aromas de fruta madura en sazón. Especies dulces. Finas maderas. Recuerdos de tabaco. Hierbas aromáticas, similares a las fragancias de flores de tu jardín. Puntas lácticas. Muy equilibrado en la fase gustativa. Me resultó muy sabroso, jugoso y fresco. ¡Como éste, amigo!

—¡Oh! Exageras. Por el amor de Dios. ¡Ja, ja, ja!

—Qué jovencito era. Otros tiempos, Julen. Otros tiempos.

—Ojalá no vuelvan nunca más. En aquello todos salieron perdieron, mirándolo así. ¿Qué se ganó? ¿Sabes? Tu hija se hace una psicoterapia analítica...

—¿Quién de ellas?

—¡La pequeña!

—No me lo puedo creer. ¿De verdad?

—Sí.

—¡Por favor! Pero si era una cacanaja cuando me morí.

—¡Ah! Sorpresas que da la vida. Le llevó 10 años la terapia. La comenzó cuando entró en la cuarentena. Ahora es toda una señora de la cultura. Regresó a la universidad. Retomó los estudios. Terminó Psicología. Quiere trabajar de psicoterapeuta en un servicio de salud mental que inauguró el Hospital en donde falleciste. ¿Lo sabías? ¡Si la vieras!

—¡Qué alegría me has dado, querido! Me has regalado el día. ¡Cuánto me alegro! Por fin, cambió de conducta. Se atrevió a suje-

tarse en el esfuerzo continuado. ¡Si yo te contara! ¿Me creería si te confesara que apenas la dediqué tiempo personal? Por aquella época –creo que desde que me casé– yo sólo me dedicaba a la docencia en aquel instituto de secundaria. Hacía horas extras. También metía mucho tiempo en los seminarios. Siempre ayudando a esos chicos y chicas con problemas con los padres. Desde el claustro me aconsejaban que no trabajara tanto. Me aconsejaban que me lo tomara como algo personal. Que debía descansar.

—Se casó y tuvo un hijo que sigue sus pasos. No le llegaste a conocer.

—No. La verdad. Cómo se llama.

—Pattyck, como tú.

—¡Oh! ¡Qué emoción!

—Ya.

—¿Qué edad tiene?

—Diecisiete. Es muy estudioso de la música. Toca muy bien la guitarra. Es miembro de un grupo musical que ensaya todas las semanas en un local alquilado. Los sábados actúan. Es muy buen mozo. Crece muy alegre. Te hubiera gustado mucho conocerle.

—Me emocionas. Me haces llorar.

El sol se nubla. El suave viento se detiene. La mañana se torna un tanto. Nubes cruzan el cielo. Llueve. Unas gotas caen sobre el jardín. Algunas penetran por la ventana y mojan las copas de vino de los amigos. La vista desde la galería se nubla. Los cristales se empañan de diminutas gotitas de agua. Proveniente del exterior se puede oír una música sinfónica formada de hierbas, ramas de naranjos, choques del agua con el suelo empedrado. La humedad hace una composición. Como de piano al fondo. Una pátina de color gris reverbera por la superficie de las cosas. Ya el día se ha transformado. No es el

mismo. O sí, mejor, es un día más real, más como son las cosas. Desde el amanecer, las sucesivas variaciones, presentadas al hilo de la hora del almuerzo de los amigos, suponen contrapuntos sucesivos a la imagen de cómo es el día. Tan radicalmente distintos. Tan opuestos. A un observador pretendidamente imparcial le sería muy difícil integrarlos, elaborarlos, en una imagen única y permanente. El día, la mañana, cambiaba, ora agradable, fácil, acogedora, ora fría, húmeda, costosa.

—¿Le querías?

—¿Cómo? ¿Qué?

—Que si querías a la hija.

—Sí mucho. Era la niña de mis ojos. Yo tenía muchas expectativas depositadas en ella. Sabía que era capaz de todo aquello que se propusiese.

—¿Se lo llegaste a decir?

—Nunca. No me atreví. Además, estaba muy atrapado por la depresión. Muchos años. Fallecí también de ella.

—¿De la depre?

—Yo quería a todos mis hijos. Pero nunca se lo pude decir. Demasiados problemas de relación con Amanta. Nunca llegamos a divorciarnos. Pero nuestro desencuentros fueron permanentes desde el primer día, cuando la boda de penalti. El cura, los padres de los dos, nosotros. A las siete de la mañana de un lunes lluvioso. Casi en secreto. Un secreto a voces. Esta es la representación de la obra del doctor Pat y su familia, vista muchos años después.

—Yo fui su psicoterapeuta.

—No me digas.

—Sí. ¡Ja, ja, ja!

—Pero, ¿cómo no me lo dijiste?

—Te lo digo ahora.

—¿Le hizo bien la terapia?

—Salió hecha una mujer. Un ser humano de la cultura. Una psicóloga avezada. Una escritora.

—¡Mon Dieu! Julen, pero ¿qué me estás diciendo?

—Como lo oyes. Ahora es ella. Y trabajó muy bien el conflicto con su padre. De hecho, ahora escribimos juntos un libro de teoría. También un libro de cuentos, de literatura, sobre temas de la vida: la muerte, las relaciones padres hijos, la comunicación. ¡Ya sabes! Es mi colaboradora. Fue mi mejor paciente en psicoterapia analítica individual. Estoy muy orgulloso de tu hija, Pat. Es un cielo de persona.

—Se lo merece. Yo ayudé a muchos chicos adolescentes con conflictos con los padres, que les impedían desarrollar su aprendizaje, en el instituto. No pude hacerlo con mis hijos. No me di el permiso.

—Amigo. Volvamos a las aceitunas y el vino. ¿Te gusta?

—Excelente, Julen. ¡Salud!

—¡Salud!

—Que el señor esté con todos vosotros.

—Y con tu espíritu.

—¡Daos la paz!

Julen estrechó la mano al grupo que le rodeaba. Apenas conocía a los asistentes. Iba en calidad de acompañante de su esposa, que sí

Puentes

llegó a relacionarse con el fallecido: don Patryck Olabide Carrasco. Nadie se imaginaría que años más tarde llegaría a hacerse amigo del finado. En este mundo. Cuando el objetivo de la longevidad le habría sido posible. A su misma edad de fallecimiento. Ante la vivencia de un sueño que nunca llegó a ser, porque se trataba de una realidad experiencial, interpersonal. Aún le quedaba lo mejor de la despedida, un encuentro entre dos amigos que se cruzan. Se detienen a charlar. Deciden de mutuo acuerdo detener sus tiempos y disfrutar del intercambio de recuerdos.

— Fin —

Adiós, papá

Hace calor en el espacio angosto del habitáculo. Son las horas de la madrugada. Los dos personajes se hallan agotados. Han sucedido muchas cosas durante el día ya vencido. El trajín de médicos y enfermeras en el hospital fue intenso. Luego, tras el triunfo de la familia, la Dirección accedió y permitió la obtención de la alta médica al paciente. Luego vino el enfermero con el aviso de la disposición de la ambulancia. Y el traslado a casa. En casa, padre e hijo hablan.

—¿Quieres un vaso de agua, papá?

—No hijo. No me apetece.

—Estoy sudando. Voy a por una toalla. Ahora vuelvo, papá.

—Ve.

Sale de la habitación Fran. En el baño se desnuda, entra a la ducha, abre el grifo. Una agradable columna de agua templada se desliza sobre su cabello y hombros. Toma el champú. Lo derrama sobre la palma de su mano izquierda. Deja en el estante el frasco. Su mano izquierda la coloca encima de su cabeza. La abre. Y esparce todo el contenido. Luego le toca el turno a las dos axilas, la cara, el torso, el vientre, el sexo, las piernas. Todo su cuerpo untado de jabón. Cierra los ojos. Permanece un tiempo corto debajo del chorro de agua. Es como un instante, un infinito momento. Sólo para él. Inmóvil. Respira profundo. Los abre. Observa los azulejos blancos de las paredes, humedecidos del vaho del vapor. Veinticuatro horas después, recordará, en el funeral, este instante detenido, esta suspensión del tiempo vital, en torno a los finales de la relación con su padre, ese ser que le permitió construir un proyecto vital con significado, de su propiedad, lleno de conflictos y desencuentros. Pero eso ahora no está en su

mente. Sólo el ruido del fluir del líquido de la ducha, del choque con su cuerpo desnudo. Cierra el grifo. Sale del plato. Toma la toalla limpia del armario. Se seca. Sale del baño. Entra a su habitación. Deposita en el suelo la ropa usada. Se viste una camiseta con el anagrama del su equipo de fútbol favorito. Y unos pantalones de chándal. Regresa a la habitación del enfermo.

—Ya estoy aquí.

—¿Te sientes más cómodo?

—Sí.

—No aguantaba nada en el hospital. Además, el internista tenía mal carácter. De buena me he librado. ¡Buf!

—Sí, papá. Los dos hemos respirado. Además, el programa domiciliario es muy bueno y el doctor que lo dirige es un antiguo compañero de la facultad. Nos conocemos. Somos amigos.

—Mejor. Así mejor. ¡Uf! ¡Qué cansado estoy! Me voy a colocar de costado.

—Te ayudo, papá.

—¡Ay!

—¿Así mejor?

—Mejor.

De nuevo el silencio. Se apodera del ambiente entre los dos hombres. La luz amarilla de la mesita de noche ilumina ligera, indirecta, la estancia. La ventana de la derecha se halla cerrada. También la persiana externa. Las cortinas blancas, echadas. La esposa del moribundo se afana en la cocina, limpiando la vajilla, las baldosas, las cacerolas, el suelo, todo, ajena al desenlace de la tragedia que se representa a escasos 3 metros, dos habitaciones más allá. El otro hijo está en su

vivienda, junto a su esposa, con quien pronto se divorciará, tras unos cinco años de un intento de convivencia fallida, por desamor.

—¡Fran!

—¿Qué, papá?

—Hablé con el doctor.

—Ah, ¿sí?

—Le dije que eras un buen médico, un excelente profesional.

—Ya.

—Él me hablaba mucho de ti. Me decía que yo tenía una gran suerte de tener un hijo médico. Yo le explicaba que mi pensamiento en relación a los médicos era que son todos unos sacacuartos. Que hacen sus negocios a costa del sufrimiento de los enfermos. Le fui muy sincero. Ya sabes cuál es mi pensamiento al respecto.

—Claro.

—Durante el ingreso, hablábamos mucho sobre esto. El doctor me trataba con mucho respeto. Aunque no pensábamos igual, me felicitaba por haber traído al mundo a un hijo médico.

—¿No decías que te caía mal el doctor, papá?

—Sí, me caía mal. Pero también hablábamos mucho todos los días. Ten en cuenta que siempre pasaba planta.

—¡Ah!

—Sí. El doctor me felicitaba todos los días. Se interesaba por mi relación con él.

—Ya.

—¡Ay! ¡Qué dolor! ¡Cristi! ¡Ay! ¡Dame la vida! ¡Dame la vida!

De nuevo un silencio en la habitación. Pero en esta ocasión, el aire es más pesado, la luz de la lamparita es más amarillenta, apenas alumbra, las sombras se engrandecen, la claridad se opaca. No existen ruidos. Los actores actúan lentos, como en espera del cambio de escena. Un cambio que no se producirá. Cuando Fran recordará, muchos años después este acto, tras el final de la última sesión de psicoterapia psicoanalítica con la mejor paciente, la más exitosa en la producción de cambios psíquicos interpersonales e intrapsíquicos, llorará amargamente de impotencia ante la petición de ayuda, de amor al padre con quien siempre estuvo en un conflicto permanente, en la soledad de la consulta, tras la finalización del éxito de la psicoterapia profunda de aquella. Él reviviría este silencio de muerte, este mal presagio, esta muerte anunciada desde hace 5 años, que a causa de la relación entre los dos hombres, y por voluntad de encuentro compartido prolongó en esos años el anuncio del desahucio médico. En un instante distinto al del baño, en un instante de sentimientos contradictorios: el dulce sabor del éxito y el amargo del fracaso. En la soledad de su despacho médico.

—¡Fran! Ahora sí quiero ese vaso de agua.

—Sí, papá.

Fran salió del cuarto hacia la cocina. Tomó del armario una copa de cristal. Se acercó a la fregadera. Abrió el grifo. Posó la copa debajo hasta que se llenó. Cerró el grifo. Salió de la cocina y regresó al habitación.

—Papá. El vaso de agua.

—Gracias, hijo. Me siento muy orgulloso de ti.

Apuró el vaso. Dejó caer su brazo en el colchón. Los ojos fijos. La mirada perdida. La cabeza detenida. Fran comprendió que algo pasaba. Tras comprobar la ausencia de pulsos centrales y periféricos, cerró los ojos suavemente con la palma de su mano derecha. En el

reloj de pulsera japonés, el tiempo se había detenido para siempre.
Marcaba las cuatro y diez.

Quince años después

Judith se estaba enamorando de mí. Esto es algo que se nota. Una mujer –y más si es en carne propia– lo nota rápidamente, lo sé, pero un hombre también. Yo sentía lo mismo. Sucedió una tarde, a la salida del cine, en el momento de la despedida. Me acerqué a ella. Me ofreció su mano para saludar. Y, ahí, hizo un movimiento rápido y me estampó un beso en los labios. Me quedé sorprendido, como con un sentimiento de culpa que ni me lo había merecido. Me sentí confuso, molesto, muy incómodo. No reaccioné. Ahí, con mi mano extendida aún. Nunca me había vito en estas guerras. Ella se abrazó a mí. Me volvió a besar de una forma apasionadamente, como hacen los amantes. Entonces, sentí que apostaba por mí. Posó sus brazos en mi cuello. La dejé hacer. Nos abrazamos. Nos fundimos durante un tiempo largo que no sabría calcular. Seguimos besándonos. Yo le empujé un poco y se apoyó contra la pared de la avenida, unos metros más allá de la salida.

—Vamos al hotel.

—No aguanto más, Alberto. Vámonos de una vez, ¡por favor!

—Vamos andando. Llegaremos antes. No suelen ofrecerse mucho por aquí los taxis.

—Déjame besarte de nuevo.

—¡Para ya!

—¡Ya está! Vamos.

Salimos a paso rápido. Atravesamos el paso de cebra. Aún quedaba una caminata de quince minutos hasta el Tragalhorse Hotel. La

noche me apetecía. La luna llena iluminaba a esa altura de la estación de verano, en julio, la ciudad entera. La gente paseaba en grupos. Los veladores se encontraban llenos de tertulianos salidos de la última función, con muchas ganas de seguir los comentarios de las obras de estreno. Mucho entendido en teatro daba así sus pláticas a los ignorantes.

Me llevó como en volandas. Entramos. Saludé al portero de noche y conduje de la mano a Judith a la zona de los ascensores. Apreté el botó de subida. No había nadie alrededor. Al parecer, los turistas se encontraban en la calle respirando la fresca. Un sonido cantarín nos informó que había llegado. Nos montamos. Apreté el botón del octavo. Arrancó. Judith de nuevo se me abalanzó. Otro beso profundo. Blando. Tierno. Suave, prolongado. Ya en la planta, respiramos los dos. Yo salí primero. La conduje agarrada de mi mano por los vericuetos de los pasillos hasta la habitación. Introduce la tarjeta llave y empujé. La saqué u la volví a meter en la ranura del dispositivo cercano. Todas las luces se encendieron. Judith pasó. Se lanzó a la cama.

—¡Yupi! ¡Yuju!

—Por favor, no grites, que nos van a llamar la atención, Judith.

Me acerqué a su lado. Nos acariciamos las mejillas. Ella me atusó el cabello. Lo recogió por detrás. Hizo como una coleta. Llevaba una melena larga con tinte rubio. Cruzamos nuestras manos en las caricias por todo el cuerpo. Le desató uno a uno, lentamente, los botones de su blusa. Ella me ayudó a quitarme el jersey. Luego los vaqueros. Mientras tanto, le sacaba la americana de sus brazos. Ella me desataba los botones de la camisa. Nos bajamos mutuamente los pantalones, a la vez. Tomamos nuestras prendas interiores, las bragas y los calzoncillos, para tirarlo a la vez hacia abajo, acompasadamente. Todo muy despacio. Ya desnudos, me deslicé sobre su cuerpo. Coloqué mi cabeza sobre su cintura. Coloqué mis manos en su cintura. Me bajé un poco de mi posición. Tenía delante de mi boca su pubis. Se había depilado el monte de Venus. Me dispuse a lamerle el coño. Lentamente. Primero, con la punta de la lengua, le acaricié el clítoris

que se encontraba húmedo y erecto. Primero una vez. Y así, poco a poco, me demoré no sé cuánto tiempo. Judith gemía de placer.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—Disfruta. Disfruta. Cariño.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Por primera vez, percibí la sensación personal de estar disfrutando del placer de ella. Nunca anteriormente me había sucedido. Las anteriores veces que estuve con mujeres, yo buscaba un placer recibido de ellas hacia mí, pero no a la inversa. Pensaba en esto mientras me afanaba en darle placer. Luego bajé un poco más. Introduje mi lengua en la vertical de sus labios mayores y menores de su sexo. Los encontré turgentes y muy húmedos. Allí deslicé la lengua hacia arriba y hacia abajo.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por Dios! ¡Por Dios!

—Te amo. ¡Te amo, Judith!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Más! ¡Más! ¡Quiero más! ¡Por favor, no pares!

—Cielo. ¿te gusta?

—¡Más! ¡Ah! ¡Ah! ¡Quiero más! ¡Alberto!

Ella se movió. Giró sobre sí misma. Cambió la posición inicial. Ahora su cabeza se encontraba a la altura de mi sexo. Colocó una de sus manos en mi paquete. Noté una sensación húmeda agradable en la aveza de mi pene. Me puse erecto. Deslizó suavemente su mano por mi vientre y agarró el tallo. Se lo ha llevado a la boca, pensé. Noté una sensación placentera de succión. Sentí un fuerte placer erótico como nunca anteriormente lo había vivido.

—¡Ah! ¡Qué bueno! ¡Qué bueno! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Sigue!

Puentes

—¿Te gusta?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Mucho!

—¿Y esto?

—¡Mucho!

—Es que no te conozco! ¡Es la primera vez que hago esto!

Recuerdo que gemíamos de placer. Me corrí en su boca. Se tragó mi semen. Me pude dar permiso para vivir mi sexualidad. Estaba enamorado. Llevaba muchos años sin sentir ese sentimiento. ¡Muchos años!

Hacía mucho calor en la habitación. Sudábamos. A continuación ella se acercó a mi cabeza. Así, tumbados encima de la cama, volvimos a los besos profundos y refrescantes. Durante dos horas más. Hasta que un movimiento de mi mano tiró el vaso de agua de la mesita de noche, desparramando su contenido por la almohada. Judith, a estas alturas del encuentro, se había quedado dormida, agotada. En ese momento recordé la cena exquisita que hacía medio año celebramos en nuestra casa las dos parejas.

—¡Cuidado! Has derramado el agua. El vaso. Cuidado.

—¡Oh! ¡Perdón! ¡Cuánto lo siento, Jenny!

—Eso no tiene importancia. ¡Por favor!

—Gracias, Carlos, por tu comprensión. No quería aguar la fiesta.

—Me pasas el vino.

—¡Ah! Claro. Carlos, ¡qué te parece el bacalao! ¿Está bueno? ¿Te gusta?

—Muy suave. Muy cocinado. Muy elaborado. No sale seco.

—¿lo habías probado así?

C:—¡Nunca, Jenny! Siempre me salía seco. Me tienes que enseñar la receta. ¿Cómo de hace?

Je:—Con paciencia. Con muchos condimentos.

—Sí. ¿Le darás la receta, por favor, Jenny?

—Jenny, ¡qué buena mano para la cocina que posees! ¡Ché! ¡Qué bueno!

—Permíteme. Por favor, Judith. El vaso. Pongo esta servilleta. Se secará. No ha pasado nada. Gracias.

—¡Oh! ¡Sí! Gracias.

—¡Así! Ya está. Mejor. Ya no se moja el líquido.

¡Qué frío hace en casa! Nieva afuera. Pronto llegará Jenny del trabajo. Menos mal que hoy regresé antes que ella. Así no me lo reprochará. ¡Siempre trabajando! ¡Siempre trabajando! ¡Nunca nos has dedicado tiempo ni a mí ni a nuestro hijo! ¡Ni desde que era un bebé! Aquella época, hace quince años. Recuerdo que había nacido nuestro hijo. Que era un bebé. Le acabábamos de meter en la cuna. Y en el salón nos dispusimos a cenar. Los cuatro. Carlos y Judith, Jenny y yo, las dos parejas. Los cuatro celebrábamos la buena nueva. El nacimiento de un bebé es una felicidad que se contagia entre los humanos. La relación de buenos compañeros establecida entre Judith y yo se reforzó con este brillante acontecimiento. ¡un bebé! ¡ha nacido un ángel! Recuerdo que decíamos. La cena era la fiesta a ese acontecimiento entre dos familia que lo buscaban. Carlo y Judith se acababan de casar y no les había dado tiempo. Era pronto aún. Pero llegaría. ¡Pero, ¡oh!, perdón. Han llamado al timbre.

—¿Quién es?

—El cartero. ¡Una carta urgente!

—¡Ahora bajo! ¡Muchas gracias!

—Firme aquí.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí. Gracias. Adiós.

—Adiós. Gracias.

Es de Judith. Lo constata el remite. Voy a abrirla. A ver qué dice. ¡Oh!

“Querido Alberto:

Te comunico mi decisión de abandonar nuestra relación furtiva. Me parece una pasada. Nuestras respectivas parejas no se lo merecen. Confieso que fui una ingenua cuando me planteé una aventura contigo. Sabía que amabas a Jenny. Que erais muy felices. No obstante, mi vida siempre ha sido de un sufrimiento atroz. No he tenido infancia. Las relaciones con mis padres y mi hermano estuvieron encorsetadas por el maltrato y la falta de respeto. Fui víctima de un maltrato sexual y afectivo desde no sé cuándo. Primero mi padre. Luego mi hermano. Mi madre a la que siempre eché en falta, nunca estuvo en la posición que a una niña le hubiera gustado encontrar a su madre. Era permisiva y se dejaba maltratar por su marido. Era tan sumisa que en la casa nunca vivimos una verdadera unión. ¡Siempre mal! ¡Siempre mal! Nunca he conocido lo que es la relación personal de respeto. Hasta que te conocí a ti en la Facultad de Medicina. Allí, en nuestros grupos de estudios, escribiendo los trabajos de cada asignatura, en las reuniones de departamento, en la preparación del Trabajo de Fin de Licenciatura, la Tesis final. También en los ratos libres, cuando jugábamos al fútbol y al baloncesto. Entonces, conocí de verdad, no a un guapísimo chico rubio, sino a un hombre que respetaba a las mujeres y que sabía tratarlas. De verdad que me he sentido tan comprendida, tan respetada, tan tenida en cuenta, que te tengo que confesar la envidia que siento hacia Jenny que te tiene por marido. Me alegro por ella de verdad. Me siento muy culpable por haber vi-

vido una aventura secreta contigo. Jenny no se lo merece. Tampoco Carlos, que el pobre hace lo que puede y no es mucho, la verdad. Es como su padre, cabezón, bruto y desconsiderado. Me equivoqué casándome con él. Pero eso por ahora no tiene remedio. Aunque vivamos en ciudades separadas y nos hayamos visto en varias ocasiones. Aunque me hayas pedido construir una nueva pareja. Yo sé que Jenny te ama. Me lo ha confesado. Las mujeres tenemos nuestras propias percepciones de las cosas, nuestras particulares comunicaciones. Lo hemos hablado en libertad ella y yo. Pero la decisión que tomo es sólo mía. Jenny es muy amiga mía. Me pedía seguir la amistad. Pero bien sé yo por mi propia experiencia que esta relación entre tú y yo se ha de terminar por el bien de los tres, de los cuatro. Carlos no sabe nada. Se lo puede imaginar. O tal vez no tenga ni idea de nada. Es así con todo lo demás. Pero tu pretensión, querido Alberto, de seguir juntos se ha de terminar. Me encanta cómo me tratas siempre. Tanto cuanto nos hemos visto en pareja como cuando estábamos los dos en grupo con los compas de estudio y de trabajo, años después. Pero, comprenderás, querido, que esto no puede seguir así. Vamos a sufrir todos. Te dejo. Así, sorpresivamente. Quince años después. ¡Que te vaya bonito! Ni se te ocurra telefonarme ni escribirme. ¡Adiós!

Judith.

—¿Por qué será la vida así de dura? ¿Por qué? ¡Por el amor de Dios! ¡Porqué!

Tantas veces fue el cántaro a la fuente

Judith se estaba enamorando de mí. Esto es algo que se nota. Una mujer –y más si es en carne propia– lo nota rápidamente, lo sé, pero un hombre también. Yo sentía lo mismo. Sucedió una tarde, a la salida del cine, en el momento de la despedida. Me acerqué a ella. Me ofreció su mano para saludar. Y, ahí, hizo un movimiento rápido y me estampó un beso en los labios. Me quedé sorprendido, como con un sentimiento de culpa que no lo había buscado ni me lo había merecido. Me sentí confuso, molesto, muy incómodo. No reaccioné. Ahí, con mi mano extendida aún. Nunca me había vito en una igual. Ella se abrazó a mí. Me volvió a besar de una forma... apasiona, como hacen los amantes el día de encuentro clandestino. Fue ahí cuando me di cuenta, sentí que había tomado una decisión. Apostaba por mí. Posó sus brazos en mi cuello. La dejé hacer. Nos abrazamos. Bajó la palma de la mano por mi mejilla izquierda. Empujó. Posó sus labios en los míos. Introdujo su lengua hasta el fondo de mi cavidad bucal. Se demoró un buen rato. Con suavidad. Mi lengua jugó con la suya. La introduje en su boca. No nos mordíamos. Era un contacto muy lento, trabajoso. Nos fundimos durante un tiempo largo. Perdí el cálculo del tiempo. Y seguíamos besándonos. Yo la empujé un poco contra la pared del edificio de oficinas aledaños a la entrada del cine. la avenida mostraba una luz amarilla, indirecta, venida de los faros de las aceras a unos tres metros de distancia. Unos metros más a la derecha empezaba la bocacalle que nos llevaría al hotel.

—¡Vámonos!

—No aguanto más, Alberto. Por lo que más quieras. ¡ya! ¡Ya! Vamos, ¡por favor!

—Caminemos. Está a la vuelta de la esquina. Un tramo en línea recta. Llegamos enseguida. No merece la pena coger u taxi. Ha de dar la vuelta. No está lejos. Una caminata. De veras.

Déjame besarte de nuevo.

—Sí mi amor. Mi amante.

—¡Ya está! Vamos.

Nos separamos. Caminamos a paso rápido cogidos de la mano. Dimos la vuelta a la esquina y enfilamos en línea recta hacia adelante. La noche ofrecía más oscuridad por esta calle. Aún quedaba una caminata de veinte minutos hasta alcanzar la puerta principal del Tragahorse Hotel. Era noche cerrada. No obstante me apetecía caminar un tramo. La ciudad calma, ofrecía la mejor cara de su tranquilidad. La luna se había escondido traviesa ella. Aunque a esa altura del comienzo de la estación de verano, en junio, la ciudad entera dormitaba en una ausencia de luz. Era jueves. Los estudiantes paseaban en grupo. Los veladores se encontraban llenos de tertulianos salidos de la última función del teatro Pavón. Enrique VIII y la cima de Inglaterra, de Calderón. El público, mayoritariamente joven, se había arremolinado en los veladores cercanos, abarrotándolos. Daban el mensaje a los hosteleros de que la noche sería larga. Yo apretaba la mano derecha de Judith mientras me adentraba por los vericuetos de entre las mesas, en la acera. Oía a los estudiantes de letras. Me maravillaba de poder satisfacer mis muchas ganas de seguir sus comentarios de la obra después de su función de estreno. Mucho entendido en teatro daba así sus pláticas. Los diálogos se subían de tono. Apenas se veía a los ignorantes.

—Es una pieza de juventud de Calderón. ¿No es cierto?

—Me ha recordado el Enrique octavo de Shakespeare. Lo he leído varias veces. Sabes lo que me gusta el teatro escrito, Judith.

—¿Ah, sí?

—Sí. Los malos son el cardenal Volsey, un arribista y manipulador de la hostia, y Ana Bolena, sensual como ninguna. Y muy, pero que muy trepa.

—Pero Enrique se arrepiente de sus pecados aquí.

—Me encanta el director. Es diferente.

—¿López Antuñano?

—Sí. Me encanta la poda del texto que hace. La primera parte muy expositiva. Pero la segunda... ¡Ah, la segunda! Precipita los acontecimientos.

—Pues a mí me han encantado las músicas. Barroca, británica, castellana. La flauta y la viola de gamba, una exquisitez. Bellísimas. ¡Auténtica música de cámara!

—¡Vamos! ¡Vamos!

—¿Nos quedamos en una mesa?

—¿Ni hablar!

—¡Ja, ja, ja, ja! Vamos, pues.

Judith tomó la iniciativa y me llevó como en volandas. Entramos. Saludé al portero de noche y conduje de la mano a Judith a la zona de los ascensores. Apreté el botó de subida. No había nadie alrededor. Al parecer, los turistas se encontraban inmersos en lo mejor del programa de la ciudad, y la calle invitaba al respirado de la fresca. Un sonido cantarín nos informó de la llegada. Nos montamos. Apreté el botón del octavo piso. Arrancó. Judith de nuevo se me abalanzó. Otro beso profundo. Blando. Tierno. Suave, prolongado. Ya en la planta, respiramos los dos. Yo salí primero. La conduje agarrada de mi mano por los vericuetos de los pasillos hasta la habitación. Introduce la tarjeta llave y empujé. La saqué y la volví a meter en la ranura del dispo-

sitivo cercano. Todas las luces se encendieron. Judith pasó. Se lanzó directamente a la cama.

—¡Yupi! ¡Yuju!

—Por favor, no grites, que nos van a llamar la atención, Judith.

Me acerqué al minibar. Abrí la puerta y extraje un botellín de agua mineral. Lo derramé en el vaso de cristal del lavabo. Bebí un trago largo. Deposité el vaso en la mesita de noche. Me tumbé a su lado. Me observaba desde su posición horizontal todos mis movimientos. Nos acariciamos las mejillas. Yo le me atusé el cabello. Se lo recogí por detrás. Me demoré un tiempo. Le hice como una coleta. Llevaba una melena larga con tinte rubio. Cruzamos nuestras manos en las caricias por todo el cuerpo. Interrumpimos el avance. Nos despojamos de nuestra ropa de abrigo, de los jerseys. Me desató uno a uno, lentamente, los botones de mi camisa. Yo hice lo propio con su blusa. Luego los vaqueros. Mientras tanto, le sacaba la americana de sus brazos. Ella me desataba los botones del pantalón. Nos bajamos mutuamente los pantalones, a la vez. Tomamos nuestras prendas interiores, las bragas y los calzoncillos, para tirarlos a la vez hacia abajo, acompasadamente. Todo muy despacio. Ya desnudos, me deslicé sobre su cuerpo. Coloqué mi cabeza sobre su cintura. Coloqué mis manos en sus caderas. Me bajé un poco de mi posición. Tenía delante de mi boca su pubis. Se había depilado el monte de Venus. Me dispuse a lamerle el coño. Lentamente. Primero, con la punta de la lengua, le acaricié el clítoris que se encontraba húmedo y erecto. Primero una vez. Y así, poco a poco, me demoré no sé cuánto tiempo. Judith accedía al placer del orgasmo.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—Disfruta. Disfruta. Cariño.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Por primera vez, percibí la sensación personal de estar disfrutando del placer que me producía el oír sus gemidos. Fue una nueva

experiencia. Nunca anteriormente me había sucedido. Las anteriores veces que estuve con chicas, unos encuentros escasos en mi adolescencia, yo buscaba un placer recibido de ellas hacia mí, pero no a la inversa. Pensaba en esto mientras me afanaba en darle placer. Luego bajé un poco más. Introduje mi lengua en la vertical de sus labios mayores y menores de su sexo. Los encontré turgentes y muy húmedos. Allí deslicé la lengua hacia arriba y hacia abajo.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por Dios! ¡Por Dios!

—Te amo. ¡Te amo, Judith!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Más! ¡Más! ¡Quiero más! ¡Por favor, no pares!

—Cielo. ¿te gusta?

—¡Más! ¡Ah! ¡Ah! ¡Quiero más! ¡Alberto!

Ella se movió. Giró sobre sí misma. Cambió la posición inicial. Ahora su cabeza se encontraba a la altura de mi sexo. Colocó una de sus manos en mis testículos. Noté una sensación húmeda agradable en la cabeza de mi pene. Se me puso erecto. Deslizó suavemente su mano por mi vientre y agarró el tallo. Se lo ha llevado a la boca, pensé. Noté una sensación placentera de succión. Sentí un fuerte placer erótico como nunca anteriormente lo había vivido.

—¡Ah! ¡Qué bueno! ¡Qué bueno! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Sigue!

—¿Te gusta?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Mucho!

—¿Y esto?

—¡Mucho!

—Es que no te conozco! ¡Es la primera vez que hago esto!

Recuerdo que gemíamos de placer. Me corrí en su boca. Se tragó mi semen. Me pude dar permiso para vivir mi sexualidad. Estaba enamoradoísimo. Llevaba muchos años sin sentir ese sentimiento. ¡Muchos años!

Hacía mucho calor en la habitación. Sudábamos. A continuación ella se acercó a mi cara. Allí, tumbados encima de la cama, volvimos a los besos profundos y refrescantes. Durante no sé cuánto tiempo más. Hasta que un movimiento de mi mano tiró el vaso de agua de la mesita de noche, desparramando su contenido por la almohada. Judith, a estas alturas del encuentro, se había quedado dormida, agotada. En ese momento recordé la cena exquisita que hacía medio año celebramos en nuestra casa las dos parejas, cuando yo derramé un vaso de agua sobre la manga de la camisa de Carlos. Me vino el recuerdo de la exclamación de Judith.

—¡Cuidado! Has derramado el agua. El vaso. Cuidado.

—¡Oh! ¡Perdón! ¡Cuánto lo siento, Carlos! Gracias, Judith.

—Eso no tiene importancia. Te traigo un trapo con agua caliente de la cocina.

—Gracias, Carlos, por tu comprensión. No quería aguar la fiesta.

—Me pasas el vino, Joe.

—¡Ah! Claro. Carlos, ¡qué te parece el bacalao! ¿Está bueno? ¿Te gusta?

—Muy suave. Muy cocinado. Muy elaborado. No sale seco. ¡Ché! En Argentina no sabemos hacerlo.

—¿lo habías probado así? Toma. Límpiate, por favor.

—¡Nunca, Jenny! Siempre me salía seco. Me tienes que enseñar la receta. ¿Cómo de hace?

—Con paciencia. Con muchos condimentos. Mira, cuando celebramos el doctorado Joe y yo, nos pusieron de entrantes jamón ibérico de Guijuelo con Picos, salmón curado a la sal con vinagreta de finas hierbas y bouquet de ensalada de bacalao con anchoas en salazón. Ahí fue cuando me animé a practicar con el bacalao.

—¡Oh! De eso hace mucho tiempo. ¿No es cierto, Joe?

—Sí. ¡Seguro! ¡Ja, ja, ja! ¿Le darás la receta a Carlos, por favor, Jenny?

—Jenny, ¡qué buena mano para la cocina que poseés! ¡Ché! ¡Qué bueno!

—Permíteme. Por favor, Judith. El vaso. Pongo esta servilleta. Se secará. No ha pasado nada. Gracias.

—¡Oh! ¡Sí! Gracias, Jenny.

Judith—¡Así! Ya está. Mejor. Ya no se mancha. Es agua.

¡Qué frío hace en casa! Nieva afuera. Pronto llegará Jenny del trabajo. Menos mal que hoy regresé antes que ella. Así no me lo reprochará. ¡Siempre trabajando! ¡Siempre trabajando! ¡Nunca nos has dedicado tiempo ni a mí ni a nuestro hijo! ¡Ni desde que era un bebé! Aquella época, hace tantos años. Recuerdo que había nacido nuestro hijo. Que era un bebé. Le acabábamos de meter en la cuna. Y en el salón nos dispusimos a cenar. Los cuatro. Carlos y Judith, Jenny y yo, las dos parejas. Los cuatro celebrábamos la buena nueva. El nacimiento de un bebé es una felicidad que se contagia entre los humanos. La relación de buenos compañeros establecida entre Judith y yo se reforzó con este brillante acontecimiento. ¡Un bebé! ¡Ha nacido un ángel! Recuerdo que decíamos. La cena era la fiesta a ese acontecimiento entre dos familias que lo buscaban. Carlos y Judith se acababan de casar y no les había dado tiempo. Se nos hizo muy tarde y aún seguíamos hablando de nuestras pasiones: la literatura, la psicología y el teatro. Ellos también tendrían un bebé con el paso del tiempo. ¡Pero, joh!, perdón. Han llamado al timbre.

—¿Quién es?

—El cartero. ¡Una carta urgente!

—¡Ahora bajo! ¡Muchas gracias!

—Firme aquí.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí. Gracias. Adiós.

—Adiós. Muy amable. Que tenga un buen día.

Subí las escaleras de dos en dos. Entré. Cerré la puerta. Me introduje en el estudio. Delante de la gran cristalera leo el remite. Es de Judith. Voy a abrirla, pero antes me bebo un vaso de agua. A ver qué dice. ¡Oh!

“Querido Alberto:

Te comunico mi decisión de abandonar nuestra relación furtiva para siempre. Me parece una pasada. Nuestras respectivas parejas no se lo merecen. Confieso que fui una ingenua cuando me planteé una aventura contigo. Sabía que amabas a Jenny. Que erais muy felices. No obstante, quiero que sepas que mi vida siempre ha sido de un sufrimiento atroz. No he tenido infancia. Las relaciones con mis padres y mi hermano estuvieron encorsetadas por el maltrato y la falta de respeto. Fui víctima de un maltrato sexual y afectivo desde no sé cuándo. De siempre. Primero mi padre. Luego mi hermano. ¡Nunca te lo conté! Mi madre, a la que siempre eché en falta, nunca estuvo en la posición que a una niña le hubiera gustado encontrar a su madre. Era sumisa, permisiva. Se dejaba maltratar por su marido. Era tan lacaya que en la casa nunca vivimos una verdadera unión. ¡Siempre mal! ¡Siempre mal! Nuca he conocido lo que es la relación personal de respeto. Hasta que te conocí a ti en la Facultad de Medicina. Allí, en nuestros grupos de estudios, escribiendo los trabajos de cada asignatura, en las reuniones del departamento de Historia de la Psi-

cología Médica, en la preparación del Trabajo de Fin de Licenciatura, la Tefegé, la tesis final. También en los ratos libres, cuando jugábamos al fútbol y al baloncesto. Entonces, conocí de verdad, no a un guapísimo chico rubio, sino a un hombre que respetaba a las mujeres y que sabía tratarlas. De verdad que me he sentido durante estos años tan comprendida, tan respetada, tan tenida en cuenta, que te tengo que confesar la envidia que siento hacia Jenny que te tiene por marido. Me alegro por ella de verdad. Me siento muy culpable por haber vivido una aventura secreta contigo. Jenny no se lo merece. Tampoco Carlos, que el pobre hace lo que puede y no es mucho, la verdad. Es como su padre, cabezón, bruto y desconsiderado. Me equivoqué casándome con él. Pero eso por ahora no tiene remedio. Aunque vivamos en ciudades separadas y nos hayamos visto en tantas ocasiones. Aunque me hayas pedido construir una nueva pareja. Yo sé que Jenny te ama. Me lo ha confesado. Esto no lo sabes. Se lo pedí a Jenny que no te lo contara. Las mujeres tenemos nuestras propias percepciones de las cosas, nuestras particulares comunicaciones. Lo hemos hablado en libertad ella y yo. Jenny es muy discreta. Pero la decisión que tomo es sólo mía. Jenny es muy amiga mía. Me pedía seguir la amistad. Pero bien sé yo por mi propia experiencia que esta relación entre tú y yo se ha de terminar por el bien de los tres, de los cuatro. Carlos no sabe nada. Se lo puede imaginar. O tal vez no tenga ni idea de nada. Es así con todo lo demás. Pero tu pretensión, querido Joe, de seguir juntos se ha de terminar. Me encanta tu trato respetuoso para conmigo, ¡cómo me tratas siempre! Tanto cuanto nos hemos visto en pareja como cuando estábamos los dos en grupo con los compas de estudio y de trabajo, años después. Pero, comprenderás, querido, que esto no puede seguir así. Vamos a sufrir todos. Se acabó, Joe. Hasta aquí hemos llegado. Te dejo. Así, sorpresivamente. Muchos años después. ¡Que te vaya bonito! Ni se te ocurra telefonarme ni escribirme. ¡Adiós!

Judith.

—¿Por qué será la vida así de dura? ¿Por qué? ¡Por el amor de Dios! ¡Porqué!

Puentes

Joe depositó el vaso vacío encima del escritorio. Se sentó meditabundo en la silla de la izquierda. Silencioso, esperaba a Jenny. Afuera dejaba de nevar.

Una cerveza con gaseosa

—Adelante, Myrian.

—Buenos días, Juan. ¡Puf! ¡Vaya día que he tenido. Vengo de una reunión. ¡Cuánto trabajo!

—Hola, ¿qué tal estás? ¿Cómo te va?

—¡Te tengo que contar tantas cosas! ¡Ay! ¡Qué día tan raro! ¿Por dónde empezaría a hablar?

—Te escucho.

—El retraso. Perdona. Se me ha hecho tarde. Como te decía, hemos tenido una reunión los hermanos. Los padres están muy enfermos. Esto ya lo sabes. Los dos, ingresados en el hospital. El finde. De urgencia. Mucho estrés. Luego está el tema de mi marido. Tú dices que no me divorcie de él. No estoy de acuerdo. Debí de hacerlo antes, mucho antes. No me atreví por el tema de la división del patrimonio. Pero a un alto costo: mi felicidad.

Sentí que Myrian me ocultaba algo. No sé. Esa manera de hablar tan parlanchina de justificarse, ella no habla así. Luché contra esta idea que nunca se me hizo tan presente. Era la primera vez.

—Por favor, Myrian. Cuéntame. —Va a dejarle, seguro.

—¡No! ¡Por favor! ¡Qué te crees! No soy así. Ahora estoy preocupada por otra cosa. La salud de mis padres.

—¡Qué ha pasado!

—Nada importante. Nada nuevo. Un día más, todos discutimos por una tontería.

—¿Se van a morir? ¡Qué dicen los médicos!

—Nuevas pruebas. Parece que no están en las últimas. Son lóngevos. Y, estamos discutiendo otra vez. Unas críticas durísimas entre nosotros.

—Quieres hablar de ello.

—Que sí, que sí. Ya lo sé. Tengo una conflictiva con los hermanos. Es terrible. Como una guerra abierta en múltiples frentes. ¿Sabes? No termina ni a la de diez.

—Tus padres avivaron las divisiones. Abonaron la división. Os mantuvieron enfrentados como derivación de sus relaciones de pareja disfuncionales

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—Sí. Los padres enfrentan a los hijos entre sí para mantenerse en el poder. ¿Lo habías pensado?

—No. Nunca, es algo nuevo para mí. Pero eso que me dices me deja más tranquila.

Un silencio espeso cayó como una red entre nosotros. Ella había llegado con media hora de retraso. Ese dato me ayudaba a pensar en la idea de que algo importante diría Myrian hoy. Era muy extraña su falta de puntualidad. Jamás se comportó así. Estuve a punto de no esperarla e irme al cine. Cuatro manzanas más allá proyectaban "Casablanca", ese clásico de la historia del cine que siempre que tenía la oportunidad, volvía a ver. Algo ocultaba. Un nuevo acontecimiento, tal vez. El silencio duraba más de quince minutos. Yo, un poco asustado, tomé la palabra.

—De verdad que no se van a morir?

—¿Has pedido una segunda opinión? –Insistí.

—No. Pero los hermanos sí lo han hecho. Con tres médicos especialistas diferentes. Una verdadera locura.

—Y, tu marido, ¿qué dice?

—¿Él? Por favor. No dice nada.

—¿Te ayuda?

—Ba.

Yo sentía algo extraño. Nuestra relación siempre fue protegida por la lealtad y la sinceridad comunicativa. Algo falso, oculto, se deslizaba. Intenté repetir la pregunta pero Myrian se adelantó.

—Me voy a divorciar.

Los dos volvimos las buenas relaciones de empatía. La sensación de entendimiento se restableció. Ahora el silencio tranquilo, breve.

—Te vas a separar.

—¡Ay!

—¿Lo has comentado?

—Sí. Con una abogada. Me ha aconsejado que le escriba una breve carta y se la envíe por correo a la dirección de casa. Al parecer es la técnica en estos casos.

—La escribiste?

—Sí.

—¿Cuándo?

Puentes

—Yo qué sé.

—¿La ha leído ya?

—Sí. Delante de mí.

—¿Cómo se lo tomó?

—Después del trabajo. Comíamos juntos en la cocina. En silencio. Llegamos al café. Hice ademán de levantarme a prepararlo. Puso su mano en mi hombro. Me volví a sentar. Se acercó más. Sacó el sobre del bolsillo de sus vaqueros. Me lo enseñó ya abierto. Sacó la hoja. La leyó. Terminó. La arrugó y la arrojó al suelo. Se puso como un poseso. Perdió el control. Rompió la jarra de agua en mil pedazos. Se levantó de la mesa. Me agarró por el cuello. Me lanzó contra la pared. Yo me defendí. Le arañé la cara. Bramaba. Juraba en aramero. Se subía por las paredes. Dio un portazo. En fin, ¡como una fiera! Se fue. Le denuncié a la policía. Vinieron. Le buscaron. Le localizaron y se lo llevaron. Lo soltaron después.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace un mes.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé.

—Me dejas un poco confuso.

—Es definitivo. ¡Se acabó la relación!

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, lo tenía decidido desde hacía mucho tiempo. Llevaba años tan mal. Tú no lo sabes bien. Él nunca tomaría la iniciativa por cobardía. ¡Es un cobarde! Siempre igual. No sé cómo le he aguantado tantos años.

—La cincuentena es una buena atalaya para el ejercicio de la toma de decisiones en torno a eso y a todo lo demás. ¿Sabías que la mayoría de las parejas poseen un conflicto?

—No. No lo sabía. Mis amigas se han divorciado a esa edad. Casi todas. Pero es que ellas son, como diría tu Freud, muy neuróticas.

—¿Tienes un amante?

Aquí, Myrian se ruborizó. Yo sentí que había dado en la diana. Me sorprendió su respuesta corporal. No suelo equivocarme con las intuiciones.

—No. ¿Por qué?

—Entonces, ¿Qué te ha motivado tanto para dar un paso así, a pesar de mi recomendación de que no lo hicieras antes de trabajarlo a fondo conmigo?

—¡Ah! Ya. No había caído... No. No quiero decir eso. O sea... Quiero decir que estaba de él hasta el moño. Juan, tú no te imaginas lo que supone vivir durante treinta años sin hacer el amor, sin hablar de nosotros. Él siempre se negó a tener hijos. Siempre llorando a escondidas. Nunca se lo dije a mis amigas. Una me aconsejó que lo hiciera.

—¿Se lo dijiste hace un mes? Hace un mes me pediste por primera vez finalizar este trabajo.

—Sí. Hace un mes.

—Seguís viviendo bajo el mismo techo?

—No. Al día siguiente se fue al piso de un amigo. Hizo la mudanza de sus cosas. Ahora vivo sola. —Volvió a ruborizarse.

—No me lo habías dicho...

Puentes

—Lo sé. No podía aguantar más. Te lo digo hoy porque me parecía que estaba ocultando algo importante. Me veía desleal con este trabajo. Contigo.

—¡Buf! ¡Qué fuerte! No me lo esperaba. Creía que no me ocultabas nada. Que no existían secretos entre nosotros. Fíjate que me cuesta creerte.

—Juan, yo también te siento diferente... No lo sé. Ese tono muy, pero que muy serio. No es el tuyo habitual.

—¿Ah, sí?

—¿Te acuerdas de la presentación de tu libro de cuentos en la sede del Centro Superior de Investigaciones Científicas? Fue la única vez que nos hemos relacionado fuera de las sesiones de psicoterapia. Me acuerdo de la cerveza con gaseosa que consumimos en el bar. Yo te invité. ¡Ja, ja, ja! Esa magia, esa buena sensación física de aire amistoso siempre la hemos tenido en la terapia. Ahí la viví. Rodeados de escritores y psicoterapeutas.

—Me acuerdo, me acuerdo. Me lo bebí de un trago. ¡Hacía tanto calor aquel verano!

—Me regalaste el libro.

—Te lo dediqué. Los ortodoxos hubieran dicho que hice algo inadecuado, se habrían rasgado las vestiduras. Habrían dicho: “¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo! Beber una cerveza con gaseosa con una paciente. Regalarla un libro. Dedicárselo. ¡Qué acting!

—Va. Esos no saben lo que de verdad ayuda a los pacientes en una psicoterapia. Me encanta que no seas como ellos. Pero... hoy, no sé. Te veo más serio que de costumbre. Ya sé que no me has de contar tu vida personal. Pero...

—Eh... va. Nada.

—Te has puesto tenso. ¿Todo bien, Juan?

—Um.

El silencio se interpuso. Otra vez la pesadez nos atenazaba. Yo me debatía ante un dilema: “confesar o no a Myrian mi estado de salud”. Por mandato ético no podía contarle que mi vida se iba a... Y miré la hora en el reloj del escritorio.

—Es la hora, Myrian. Tenemos que dejar. Hasta la semana que viene. Adiós.

—Que te vaya bien, Juan. Sea lo que fuere lo tuyo. Adiós. —La despedida, muy fría.

A la semana siguiente, antes de la cita, me llamó para informarme que no podría acudir a la sesión por motivos de trabajo. Y la siguiente me dejó un WhatsApp:

“Hola Juan. Este miércoles me voy con las amigas de vacaciones de Semana Santa. La semana de Pascua seguiremos en Berlín. La siguiente acudiré. ¿Ok?”

Y no acudió. Nunca más supe de ella. Ya no respondía a mis llamadas. O desconectaba directamente. Después de la llamada salía directamente el buzón de voz. Yo le dejaba mensajes. Hasta que un día tras mi llamada habló el contestador.

—Este teléfono no existe en la red.

Pero nunca me telefoneó, nunca. Me extrañó ese silencio. ¿Qué pasó? ¿Se fue con su amante secreto? Nunca la volví a ver por la ciudad. ¿A otra ciudad?

Fue la última vez que la vi. Algo se rompió entre nosotros. La magia y la confianza mutua se desvanecieron. Ya no existía el compinchismo entre nosotros. Los secretos de la mente nos unieron y nos separaron. Paciente y médico unidos por la psicoterapia. Una ruptura

no anunciada. No me lo esperaba. La relación se murió ese día. Ella algo me ocultaba. Nunca lo pude ver. Nunca lo sabré.

Yo también tenía mi secreto. La noticia que me pasaron. Lo hicieron por teléfono. Fue también hacía un mes. Lo confirmaron aquella misma tarde, antes de la última sesión. Me tumbó moralmente. Nunca me lo llegué a imaginar. ¡Una cosa así! No se lo dije a Myriam, por supuesto.

Llueve. Varios asistentes sujetaban trabajosamente sus paraguas ante el embate del viento. Un corrillo reducido de mujeres y hombres arrojaban a los empleados del ayuntamiento que se afanaban en las labores de introducción del féretro en el hoyo. No eran más de quince en total, contando también a los enterradores. Ambos a través de un sistema de cuerdas deslizaban lentamente la caja hasta el fondo. Un recorrido de no más de dos metros. Varias chicas lloraban abiertamente. Hacía frío a pesar la estación. Era verano, finales de agosto. El sol se ponía en el horizonte marino. Desde la colina del cementerio aún se podía apreciar los cambios de tono de las nubes y del mar. El féretro había alcanzado el suelo del agujero. Entonces, el hombre de más edad pidió a los asistentes un responso delante del cadáver, antes de echar la tierra encima. Habló una mujer que se presentó como amiga de la persona muerta. Se puso un poco estirada. Con voz grave dijo:

—Nos conocíamos desde hace tiempo. Siempre fue una buena persona. Como dejó escrito Homero para todos, Héctor blandió fácilmente una roca que hoy dos hombres apenas podrían levantar del suelo. Es de la *Ilíada*. Verso 12.442. Así describía a los héroes, sin que su superior grandeza les reste un ápice de humanidad. También hoy algunos, al morir, dejan el recuerdo de una naturaleza superior cuyas pequeñas obras alcanzan dimensión heroica. En las ciencias del espíritu estas personas, escasas por su carácter y empuje para nadar contracorriente, son imprescindibles para abrir caminos hacia horizontes nuevos. Merece todo nuestro reconocimiento y gratitud. Descanse en paz.

—Amén.—Todos respondieron al unísono.

La cena del quince

—Mirad. ¡Escuchad un poquito! Empiezo. Entrantes a compartir: Jamón Ibérico de Guijuelo con Picos. Salmón Curado a la Sal con Vinagreta de Finas Hierbas. Bouquet de Ensalada de bacalao con Anchoas en Salazón. Menú: Huevos Rotos con Setas de Temporada y Picatostes. Rodaballo Desespinado en Salsa Marinera con Langostinos. Medallones de Roast Beef en Punto Rosa con Jugo al Oporto y pimientos Asados. Postre: Tarta Praliné Rellena de Nueces y Uvas Pasas con Helado de Turrón. Café Reserva Arábica. Centro de Dulces Navideños. Bebidas: Aguas Minerales. Vino Blanco Rueda. Vino Rosado Navarro. Vino Tinto Crianza. Hasta aquí. ¡Qué os parece? —Dice Floren.

—To güeno palcuerpo. —Jos no se lo ha pensado y ataca la primera fila de alimentos. Y Ros no se queda atrás.

—Pues sí que está bueno todo esto. Se han portado los de tu empresa.

—¿Por qué no escribimos una postal de grupo entre todos? —Wen y sus iniciativas.

—Pásamela. Voy a escribir Felices Fiestas y Próspero año nuevo. ¡Que tengas un 2015 maravilloso! —Responde Aimé.

—Felices fiestas y feliz año nuevo. A ver si nos vemos en Madrid. Un abrazo. —Añade Beti.

—Que pases felices fiestas y no bebas mucho champán... Viva en vino. —Es Fani.

Puentes

—Que el año venidero sea dosmilquince veces mejor que los anteriores y que siempre haya ocasión para buenas historias y buenas experiencias en buena compañía. —Sentencia Wen.

—Que dosmilquince sea un año lleno de cambios y sea junto a los más queridos. Sobretudo pediremos salud porque es la faceta más importante y en la que se sustentan las demás. Felices fiestas y gracias por ayudarme en mi crecimiento personal.—Susi se sincera.

—Muchas gracias por la oportunidad que no habéis dado. Es un placer aprender de ti. Espero que el año siguiente siga el mismo camino que éste, e incluso, ¡mucho mejor! ¡Un abrazo muy fuerte! —Ahora escribe Samanta.

—Es un placer compartir esta nueva experiencia contigo. Te deseo lo mejor para el dosmilquince. Un abrazo. —Estampa Berta.

—Salud estética, como decía Oteiza. Feliz año nuevo. —susurra Pepe.

—Que en dosmilquince se cumpla por lo menos uno de tus ... deseos. —Rubrica Jos.

En el restaurant La Posadilla la algarabía va in crescendo. Las mesas redondas albergan los más de cincuenta trabajadores de la salud del servicio. Mañana será nochevieja. A una de las mesas se acerca una mujer joven y atractiva. Posa su mano en el hombro de Floren. Le saluda. Floren se incorpora. Parece un pelín turbado, incómodo, inseguro. Ofrece una expresión de ruborización facial y sorpresa. La joven le estampa un beso en la mejilla. El hombre no acierta a pronunciar palabra. Tartamudea un hola. Es Viviana. Saluda a los comensales y se va.

Me vuelvo a sentar. Recupero la sonrisa a duras penas. Miro de reojo la hora en mi Longines de la muñeca izquierda. Son las once. Elevo la mirada hacia la lámpara de araña, una de las bombillas ya no ilumina. Me viene a la memoria un texto de ella recibido hace más de diez años.

Muy apreciado Floren: Hacía tiempo que llevaba pensando en compartir un momento contigo, desde mi último reencuentro, pero el tiempo se me va volando. Y es que desde la última vez que nos vimos, en mi vida, aprendizaje como persona y nuevos propósitos a conseguir han pasado muchas cosas. Mi tiempo en Madrid, como ya te comenté me sirvió mucho, para madurar y tomar las decisiones acertadas de cara a mi salud y futuro. Finalmente opté por ser feliz y emprender otro nuevo camino, para lo cual necesité ejecutar la toma de una de las decisiones más difíciles y duras del momento en el que me encontraba. Pero ahora que ya todo ha pasado, la calificaría como la más sabia para poder seguir manteniendo mi salud, mi felicidad, ante este camino que sigo recorriendo. La más madura diría yo. Regresé a Barcelona, ya decidida, presentando mi alta voluntaria en la farmacia. Respeté los períodos oportunos que establece la ley. Dejé que esta puerta se cerrara, lentamente, poco a poco. Abrí otra. Cada día me dedicaba un rato a la mañana, a la entrega del currículo en otras empresas, comercios, centros de trabajo, bolsas... Pronto obtuve la primera llamada de una empresa, una franquicia de tiendas de alimentación. El jefe de personal se interesó por mí. Y así ha sido. Nada más y nada menos empecé a trabajar con él en una de las tiendas el día catorce de abril. A día de hoy sigo. Cuando se termina el contrato me vuelven a contratar de sustituta en las otras tiendas para hacer la temporada de verano completa. Así que, tal y como están los tiempos ¿Qué más puedo pedir? Estoy viviendo una gran aventura. Conozco a mucha gente. Pero, lo más importante de todo es que soy muy feliz. La verdad es que estoy muy orgullosa de mí misma porque, al final, después de todo, me he dado cuenta, he podido conocerme mucho más. He descubierto hasta dónde puedo ser capaz de llegar. Me pongo límites. Tomo las decisiones a tiempo. No me dejo hundir en el barco. No me ahogo en las duras experiencias con las que la vida me pone a prueba. Mi relación laboral con la farmacia terminó el día veintiséis de marzo. Mi conclusión final ante el acoso que sufrí, el desprecio que padecí... fue muy fuerte. Pero a pesar de ello, para mí ha supuesto una relación positiva a la vez, a veces tenemos que aprender a descubrir que la vida no sólo se compone de momentos felices y alegres, que siempre no se puede permanecer en la cima, porque no existe una vida perfecta, y ésta se compone de todo lo bueno y lo malo que nos toca vivir, pero uno con el otro llegan a un

punto de conexión y compensación, que hacen que crezcamos como personas, llevándonos a hacernos personas más duras, y adoptando a medida que pasa el tiempo actitudes más maduras sanas y fáciles ante la vida que nos queda por recorrer. Sin más quería transmitirte todo esto, porque al final, ¿te acuerdas que te comenté que antes de mi regreso a Barcelona, te solicitaría otra sesión de psicoterapia para comentarte cómo terminaba todo? Pero me fue imposible, ya que mi padre nos dio un susto muy grande y lo tuvimos ingresado muy malito en el hospital, con lo cual estuve muy liada con la familia y acompañándolo mucho en todo su ingreso hospitalario. Así que, y dado que no pude verte de nuevo, te envió este e-mail para hacerte saber que afortunadamente todo ha salido bien. Decirte también que ahora comenzaré la etapa más dura del verano, mucho cansancio, estrés... Pero todo tendrá su recompensa porque para octubre, cuando finalice mi contrato por fin de temporada, pienso viajar a Berlín, Londres y Johannesburgo. Y a mi regreso a Barcelona, ya para noviembre, despediré a Barcelona hasta la próxima temporada y pondré rumbo a mi querida Madrid para compartir con todos los míos, amigos y todo vosotros seis merecidos meses de descanso. Pues nada Floren, decirte que en mi vida sigues muy presente, que te recuerdo con cariño, y en mi vida, diría, pongo en práctica lo que de ti aprendí. Que te aprecio un montón y que ahora sólo espero vivir esta nueva aventura, y en noviembre poderla compartir contigo y con todos los míos. Un abrazo muy grande de quien te recuerda con mucho cariño. Hasta pronto, mi querido Floren.

Floren suelta la mano del cursor del portátil que le guía por el texto. Busca inicio, guardar y cerrar. Pincha ahí. También en el aspa de la esquina superior derecha de la pantalla y abajo a la izquierda, pincha en apagar. Cierra la computadora. Gira hacia su izquierda. A través de la ventana del despacho levanta sus ojos al horizonte que se torna rojo, lila, violeta, morado y al final negro. La ciudad se ve recortada en sus rascacielos, sus calles luminosas a esa hora tardía de la jornada. Más abajo, la gente se aprieta, acelerada por acudir a un punto concreto, diferente según los flujos de las aceras. El ayuntamiento ha encendido el alumbrado amarillo.

Retira su mirada hacia el interior de la consulta. Se fija en la foto de la pared: data de hace 40 años, son las compañeras y compañeros de promoción. Ahí, en la fila inferior, agachado, observa su cara juvenil de entonces. Y le surge el recuerdo de un sueño.

Es domingo. Preparo junto a unos amigos una competición deportiva. Para ello voy a Portugalete. Se trata de una carrera Marathon. Bogamos en la orilla de la margen derecha. Allí varios salimos de la trainera y nos introducimos a la orilla. Pero mi amigo se adelanta. Se lanza de cabeza a las aguas. Coloca sus manos por delante. Hay rocas y no desea lastimarse. Gatea y lo intenta de nuevo. Pero en esta ocasión sí se baña. Ha sorteado las muchas rocas de la ría. Yo hago lo mismo. Y me encuentro con el mismo problema. A la segunda entro en el agua y puedo bañarme. Somos jóvenes y de la misma edad adolescente. Me llamó la atención la ría. Está de color marrón por la suciedad al igual que lo estaba en la época de mi infancia. Nadamos juntos. Llegamos a la otra orilla. La izquierda. Nuestro equipo nos sigue con la trainera. Ya en Portugalete, nos introducimos en el edificio del Ayuntamiento. Una vez dentro, miramos el contenido de la habitación. Se parece a una sala de preparación de deporte de competición antes de la misma se parece a un vestuario. Es nuestro vestuario. Allí mi amigo me pide que le acompañe al lugar en donde yo guardo mis zapatillas de deporte. Me pide que se las muestre. Le guío por el vestuario hasta mi sitio. Allí abro el cajón de un armarito y se las enseño. Las toma. Hablo con alegría ahora con otras amistades femeninas. Son las psiquiatras del servicio. Nos vamos a Barakaldo a comer. Nos desplazamos en tren. Una vez allí hacemos bromas. Les hablo de los exámenes de la Ertzantza. Bromeamos. Las indico que todos estamos muy preparados para las pruebas teóricas pero en la vida personal aplicamos comportamientos de menor calidad ética que los que conocemos. Todos nos reímos. Nos dirigimos andando desde la estación del tren hasta el instituto en donde se van a celebrar los exámenes. Vamos riéndonos de nosotros mismos. Recuerdo el momento anterior en el Ayuntamiento de Portugalete, en el vestuario. Allí comenté a mis amigos que en la época del franquismo, de cuando yo era un niño, iban los concejales a pedir dinero a los ayuntamientos ricos —el de Getxo, el de Sopelana— y éstos no querían dar nada, alegando que su ayuda se la prestaban a los ayuntamientos

de la margen derecha. Entonces, los de Portugalete cambiaron de estrategia. Pidieron ayuda al ayuntamiento de Barakaldo, que nunca nos la negó. El argumento que esgrimían los de Getxo y Sopelana era que si nos ayudaban entonces los ayuntamientos de su entorno se quedarían sin su ayuda. Y ellos preferían ayudar a los ayuntamientos pequeños de su entorno.

Me despierto del sueño con muy buenas sensaciones internas. Con la sensación de haber logrado desatascar un dilema o un problema irresoluble. Me siento alegre, con ganas, descansado, después del sueño. Miro al reloj despertador de encima de la mesilla. Apago la radio. Son las ocho de la mañana del día doce de julio de dosmilnueve. Recuerdo que hoy es la sexta noche de mi viaje familiar a Andorra. Pernocto en un hotel, perteneciente a la parroquia La Massana del Principado de Andorra. Mi bella esposa descansa a mi lado. Y me vuelvo a dormir. Tengo un segundo sueño.

Me despido de los miembros del equipo del hospital de día del servicio. Estamos en un granja. En Gernika. En la Comunidad Terapéutica de Etorkintza. Es el aire libre. Doy la mano a todos, a los pacientes, a los familiares de un último paciente. Les explico que tomo las vacaciones, que voy a Londres a ponerme al día en el tratamiento de la psicosis en una comunidad inglesa. Tomo mi automóvil. Salgo para el aeropuerto. Dudo entre ir en barco con el coche o en avión, dejando el coche en el parking. Lo decido mientras conduzco. Pero al andar y tirar el plástico camino adelante veo que se me cae el taperware a la orilla del camino o carretera. Bajo a por él. Subo y me encuentro a la poli inglesa que ha estacionado su Land Rover al lado. La mujer vigila en posición de firmes. El hombre habla por el teléfono Walki Talki. Habla español. Yo me siento sorprendido y a la vez aliviado. Sorprendido por ella y su presencia a la pala blivir de porqué se hace entender Yo no hablo inglés. Se interesa por mi situación allí. Yo la explico que había bajado a coger lo que se me había caído. Pienso que es un buen momento para preguntarle por cómo ir en coche hasta la comunidad desde el aeropuerto o desde el barco, andando o en coche. Y al ir a hacerle la pregunta la vuelven a llamar por teléfono. Me pide que ingiera las dos pastillas y me deshaga del taper porque en Inglaterra eso es un gran riesgo. Me dan un papel pega-

tina con una inscripción en inglés que dice: medicamento. Y yo tiro todo. Ya he tomado las dos pastillas. Me despierto con las ganas de preguntar por donde se va en coche a la comunidad, o andando qué combinación hay que tomar. Pienso. ¿Nos vigilan por cámaras todo lo que hacemos? En Inglaterra vigilan por cámara todo y ante la primera conducta sospechosa envían un coche de la policía. Las pastillas eran un antiarrítmico y un polivitamínico.

Las voces. Las voces. El griterío de la mesa me saca del ensimismamiento. Hablamos todos con todos.

—¿Estabas distraído? ¿Floren? Emocionado por la jubilación, ¿verdad?

—Oh, sí. Perdona, Berta.

—¡A ver, a ver! ¡Atención todos! Antes de todo, el discurso. ¡Que hable Floren! ¡Que hable Floren! ¡Que hable Floren!

—Jos, por favor. Le vamos a achuchar. ¿No es mejor al final de la cena? —Inquirió Aimé.

—¡No! ¡No! —Exclamaron los demás.—¡Que hable Floren! ¡Que hable Floren!

—Bueno. Bueno. Que dice que sí. Guardemos silencio por favor —Propuso Jos, que se erigía en portavoz del grupo de la mesa. Aún se necesitaron unos minutos más hasta que se logró. —Por favor, Floren. Cuando quieras.

—¡Buenas noches! Amigas. Amigos...

—Entonces, como recordarás mi querida y respetable exalumna, hablé. Les conté durante unos veinte minutos un discurso de despedida del servicio. Hablé de los grandes temas de mi vida profesional y personal. Le agradecí el regalo que me hicieron compañeros del equipo: un reloj. Luego me referí a mi evolución como profesional y persona, mi camino recorrido, la toma de decisiones delicadas

Puentes

compartidas con todos ellos ante los problemas irresolubles que nos traían muchos de nuestros pacientes: el despido, la ruina económica, los desahucios, la violencia familiar, el paro. Hice al final un chiste con el radioreloj que me ayudaba a ser puntual en el servicio. Alabé el agradecimiento de los pacientes, incluidos los más recalcitrantes y violentos. Finalicé con estas palabras: Me llevo en el corazón a un grupo de amigos para siempre. Os quiero mucho. Y entonces, estallaron los aplausos.

—Cariño, se nos hace tarde. ¿Comemos en la cocina hoy? —Se apresuró a decir Viviana. El intenso olor de los canneloni penetraba el estudio.

Dos

Hoy es viernes. La oficina de los servicios secretos —la agencia— ha vivido una frenética actividad. Todos los expedientes trabajados durante la semana quedaban guardados en la caja fuerte. Karl la cerró y activó el dispositivo de seguridad. Llamaron a la puerta. Karl la abrió. La figura alta de la doctora Fischer aparece. Su impacto es como si de un cartel gigante de los anuncios inmobiliarios que se anuncian en los muros saliera el personaje, encaminándose directamente hacia el observador que pretende atenderla. Con pasos rápidos entró. Afuera, se oculta la tarde. Desde la amplia ventana de la oficina la luz cambia en un carrusel de colorines amarillos, marrones, rojos, lilas y violetas, hasta el negro. Karl y la doctora entran en conversación.

—¡Qué sorpresa! ¡Elsa! Por favor. Entra. Siéntate, por favor. ¿Cómo estás? —Ambos se pusieron a hablar. Pasaron las expresiones protocolarias, y a continuación ella entró directamente al asunto que le había llevado allí.

—Te quiero, te quiero mucho. Nunca te lo había dicho tan claro. Y siempre siento la sensación de que me esquivas. No sé por qué. ¿Es así? ¿No?

—¿Es una declaración de amor?

—No. Tenemos que hablar.

—¡Eh! Bueno... No sé. De verdad. Después de convivir durante meses trabajando juntos, tú y yo en la agencia, pienso que siempre hemos dado la impresión de ser compañeros, junto a los demás. Y...

—Llevo exactamente dos años deseándote. Nunca te he hablado de ello. Las mujeres somos especialistas en la ocultación de nuestras emociones más auténticas. ¡No lo sabes tú bien!

—¿Desde tu incorporación a la agencia?

—Eso es.

—Pues, querida, me sorprendes. Me dejas... No sé qué decir. Yo nunca pretendí...

—No. Si no es eso. Me daba perfecta cuenta de ello. No lo intuías. ¡Los hombres sois tan cortos en estas cuestiones! ¡Ja, ja, ja! Me lo imaginaba... Desde luego es un flechazo. Sí. Desde el primer momento. Debe de ser que yo soy un poco influenciable.

—Eh...

—Pero lo intuía. Te huelo Karl. —Un silencio prolongado cae como una pesada losa sobre la pareja, sentados en torno a una mesa redonda, junto al gran ventanal del último piso del edificio Bauen. Al fondo, Berlín de noche.

—¡Uf! ¡Qué silencio! ¿Verdad?

—Te he amado mucho durante estos meses. ¡No lo sabes tú bien!

—Nunca me lo contaste. ¿Por qué, Elsa?

—No deseaba causarte problemas.

—¿Sabías que nos hemos separado?

—En absoluto. ¿Desde cuándo?

—Te iba a preguntar, ¿Cuáles? Pero me lo imagino.

—¿Cuáles? ¡Por el amor de dios, Karl! Temía que todo esto desestabilizara tu matrimonio.

—¡Oh, no! Si ya llevábamos años sin entendernos. Prácticamente, los cuatro últimos años fueron de una frialdad que... Me hacía daño. Los dos. Nos hacíamos mutuamente daño, ¿sabes? Dormíamos en habitaciones separadas. La ruptura se veía venir, por desprendimiento, como un trozo de roca se desprende de otra. Yo miraba hacia otro lado y ella hacía lo mismo. No ayudó nada su despido. Su crisis laboral lo precipitó todo.

—¿Tú la amabas?

—Sí. Me casé con ella por amor. Nos encaprichamos el uno del otro.

—¿Qué falló?

—Al principio compartimos una bonita historia. Éramos tan iguales. Éramos amantes. Siempre sexo. Siempre juntos. Pero, los avatares de la vida, las diferentes maneras de pensar, la política del partido, mi expulsión del Comité Central, los diferentes horarios de trabajo, el hecho de que no disponíamos de amigos comunes... Todo nos fue separando, acompasadamente, instante a instante. Ambos lo notábamos. Pero lo dejábamos correr.

—¿Qué poco nos conocemos! No sabía que te habían expulsado de la organización. —Karl vertió el contenido del botellín al vaso. Dio un trago lento. Lo depositó en la mesa. Subió la mirada al exterior del gran ventanal. Se llevó su tiempo, antes de contestar.

—Fue muy doloroso para mí. Quedé señalado como un revisionista, como un traidor. Me quedé solo de la noche a la mañana. Sin amigos. Me imagino que esto tampoco ayudó a que continuáramos juntos... No.

—¿Una copa?

—Una cerveza, vale. —Karl se levantó, alzó su mano al minibar. Sacó dos botellines de cerveza bávara y los depositó encima de la mesa. Repitió la misma operación para extraer los dos vasos largos. Regresó a su sitio, junto a Elsa.

—Cuánto lo siento. Debiste de sufrir mucho, Karl. —Elsa bebió del vaso que llenó ella misma.

—Sí.

—¿Te fue infiel?

—Sí. Por partida doble. Al de poco de casarnos tuvo un affaire con una compañera del Comité. Eso ocurrió mucho después de mi expulsión. Duró un año...

—¿Lo descubriste?

—No. Ella misma me lo confesó al regresar a casa, después de una noche de amor.

—¿Qué pasó?

—Compartían departamento. La organización les encargó un trabajo de campo en el frente cultural, en la universidad. Viajaron a España. Entonces, el Gobierno apoyaba discretamente desde la red consular a la oposición democrática.

—¿Era activista?

—Bueno. Llámala camarada del Partido. En la sede central, aquí, en Alexanderplatz, en Berlín. Había mucha actividad clandestina allá. Las bases pedían instrucciones precisas para concretar la Huelga Nacional Política Pacífica. Y la Brigada Político Social de la Dictadura había detenido a la dirección interior, por entonces. Así que la movieron y la destinaron al exterior.

—¿La llegaste a conocer?

—¿A quién?

—A la otra.

—¡Ah! Ya. Perteneía a la sección del Sur de Europa. Y nuestro gobierno durante aquellos años financió bien aquellas actividades. De cara a la opinión pública, el gobierno ganaba prestigio democrático. Por aquella época el Canciller hacía declaraciones antifascistas a la prensa. ¿Te acuerdas?

—¿Era guapa?

—¡Oh! No. Otra vez con ella. Nunca la traté de cerca. No le debía de caer muy bien. Además... Se trataba de una agente especial. Poseía una belleza corporal de Miss Mundo. Su inteligencia y adiestramiento militar eran extraordinarios. Me acuerdo que era considerada como la primera de su promoción en la universidad de Berlín.

—¿Te pidió perdón?

—Sí. Lo hizo después de mi expulsión del partido.

—¿Fue sincera al decírtelo?

—Creo que sí. Me habló en tono grave. Una noche. A la salida de una cena con antiguos excamaradas. Nos metimos a un bar a beber la última cerveza, antes de despedirnos. Lloraba. Parecía sincera.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Diez años. Hanna se llamaba. Pero, ¿qué importa ya ese nombre? —Karl agarró el vaso y de un trago lo apuró. Suspiró.

—¿Se rompió el encanto?

—Sí. Yo no quería reconocerlo. La perdoné. No le di importancia al hecho.

—¿Entonces fue cuando os divorciasteis?

—No. Seguimos así otros diez. En realidad, hace un mes iniciamos los trámites. Tenemos un hijo adolescente. Un amigo psicoanalista me recomendó que esperara un poco más para evitar una descompensación. Hasta que estuviera en la universidad.

—¿Ah, sí?

—Le hice caso. No quería romper de golpe. Nadie lo sabía. El chico lo pudo sobrellevar medianamente bien.

—Estás libre, entonces.

—Supongo.

—¿Te gustaría salir conmigo?

—¡Buf! Me lo pones difícil. Creo que no siento por ti lo mismo.

—No es una declaración de amor, Karl. Sólo te estoy pidiendo que aceptes que cenemos juntos.

—¿Se lo dijiste a alguien?

—¿El qué?

—Que estás enamorada de mí.

—No.

—Entonces, nadie lo sabe.

—Nadie.

—Sólo yo.

—Sólo tú.

—¿Cómo has podido sufrir sola, manteniendo ocultos tus sentimientos?

—Las mujeres somos capaces de eso y de mucho más. Somos fuertes. Ahora vivo sola.

—¿Vives sola?

—Con Thomas. Pero él prácticamente él vive su vida. Tiene novia. Muchas veces trae a sus amigos, y la casa se hace muy comfortable. Existe buen humor.

—¿Aún trabaja en el hospital?

—Sí. Pero le cambiaron el horario. Ahora es lo hace de noche. Turnos de noche. A las mañanas regresa a casa.

—Ah. Sí. Nos conocimos en cirugía. ¿Te lo ha comentado?

—Y también que saliste de aquella herida de bala con mucha suerte. El equipo hizo una muy buena intervención.

—La verdad que sí. Aquella trampa nos causó varias bajas al equipo. Perdí el conocimiento. Para cuando me quise dar cuenta me encontraba en su hospital. El resto lo hizo el experto cuidado quirúrgico del grupo.

—Tienes un hijo muy noble. Es muy buena persona. Y un excelente cirujano, Elsa. —Volvió a decir Karl.

—¿Qué hora es? Se ha hecho tarde.

—Las nueve. ¿Nos vamos?

—¿A cenar?

—A conocernos.

—A cenar... —Elsa no se rendía.

—Insisto, Karl. Lo necesitamos.

La noche, les acompañaba dentro de la sala grande de la oficina desde hacía un buen rato, ofrecía una mirada benévola y permisiva a la propuesta. A través del ventanal se podía apreciar la cara de la luna y su sonrisa. La infinidad de diminutos puntitos amarillos y rojos desparramados desde aquella atalaya esclarecedora hasta el horizonte, delataba uno de los rasgos de la personalidad de la ciudad, grandiosa, ruidosa, luminosa, cuyas lucecitas flotaban sobre un proceloso mar oscuro. La torre de las comunicaciones de televisión, como si se tratara de un gigantesco pirulí, se estiraba en vertical y tocaba el cielo. El edificio se vació solo, poco a poco. La pareja de amigos interrumpieron la charla. Se enfundaron sus camperas. Karl apagó las luces. Salieron juntos por primera vez: a la ciudad. Antes, Karl echó al cesto de los papeles el ejemplar de hoy del Frankfurter Berlin, que en portada A grandes caracteres, ofrecía un titular de encabezamiento y un resumen, así:

DOS

“Tal día como hoy hace dos años falleció en accidente de aviación el famoso cirujano Herr Doktor Thomas Fischer, Catedrático de la Facultad de Medicina de Berlín, Jefe del Departamento de Neurocirugía del Hospital de Berlín, maestro de maestros en su especialidad del saber. El mundo académico y profesional de la ciudad le recuerda aún tan vivamente, tal y como era, por sus realizaciones y aportes de ayuda a los pacientes en el hospital, a los estudiantes en la universidad y a la gente culta berlinesa en general. Hoy al mediodía se oficializará un homenaje religioso en la catedral. Dará comienzo a las doce horas. Que en paz descanse.”

— Fin —

¿Te vas a divorciar?

¡Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii! Un sonido espantoso a esas horas de la mañana invade toda la estancia. Afuera, en el jardín, el hombre se entretiene alisando el mantel, los sitios teóricos reservados a los platitos, las tazas, las cucharillas, las servilletas, la jarra de la leche, la canasta de la fruta y el soporte de la cafetera. Lo hace girando sus manos en circulitos, a través de pequeños movimientos. Le preocupan las arrugas en la superficie. A continuación entra a la cocina, apaga la placa y toma la cafetera humeante. Tuerce a su izquierda el cuello y mira a través de la ventana. El cielo se ha encapotado. Una gruesa nube lo cubre todo. Su color de titanio reverberaba en la superficie de las cosas, encima de la mesa de afuera también. Sus ojos quedan atravesados por un rayo gris.

—Mala mañana. —musita. A continuación, sube la voz y grita a su esposa.

—¡El café!

—¿Preparas la mesa mientras, Querido? —responde la esposa desde el dormitorio.

—¿Una taza?

—Tuesta el pan.

—Tostado está.

—¿lo sirves? Ahora voy.

Pedro de pie al lado de la mesa posa las dos tazas con sus platitos y cucharillas, luego el frasquito del azúcar. Vuelve para depositar la

Puentes

cafetera y el plato de florecitas del pan. Regresa al fogón. Vierte un vaso de agua en un vaso y se lo bebe de un trago. Hacía esa maniobra desde que su médico de familia le aconsejó que la mejor manera de prevenir los problemas con la pereza desde primeras horas consistía en beber un vaso de agua fría nada más levantarse uno de la cama todas las mañanas. Y respiró haciendo ruido.

—¡Ya estoy!

—Buenos días mi amor. ¿Te echo?

—¡Sí! Por favor.

—¿Más?

—¡Para, para! No quiero más.

—¿De verdad no quieres más café?

—¡Que no! ¡Que no! He dicho que basta. Para ya, por favor.

—¿Leche?

—Un poco más. Sí. Más, más.

—Pásame la mantequilla... ahí.

—Toma.

—Gracias.

—¡El azúcar!

—¿Tuesto más pan, mi amor?

—Bueno... no. Que no me apetece. —responde la mujer.

Un olor a café recién hecho envolvía como si de una bocanada de oxígeno se tratara el jardín. En ese momento el reloj del porche marca las nueve con sus agujas afiladas, el péndulo oscilante y los nueve toques de piano, suaves, agudos, penetran libremente en sus oídos. Los escasos rayos de sol se atenúan. La oscuridad atraviesa el espacio entre ambos, la mesa, las tazas y sus platitos, la lecherita, los panes del plato de florecitas, la mantequilla, el tarro del azúcar, las cucharillas y la cafetera. La mesa entera ha tornado a un color ocre, oscurecido. Arriba se aprecia que la gran nube ha venido para instalarse entre ambos. Este año la primavera se ha retrasado mucho por el frío, las nevadas y las fuertes lluvias de finales de mes.

—¡Qué frío hace! Me voy a destemplan.—Exclama Judith.

—¿Quieres que encienda la calefacción?

—La pongo yo.

Judith abandona el pedazo de pan del tras asestarle un fuerte mordisco, en la orilla del platito que da soporte a la taza. Se levanta. Se arrima a la pared de la izquierda. Con el dedo índice manipula los numeritos del smarfone. Lo observa un instante. Se detiene como una estatua de sal hasta comprobar la corrección del número que aparece. Ahora dibuja una mueca que no llega a sonrisa. Ha hablado por teléfono. Regresa a la mesa. Recoge la rebanada de pan mordida. Se la lleva a la boca.

—Me ha salido exquisito el café esta mañana, querida.

—A ver cuándo te animas a hacerlo los demás días.

—Mañana mismo.

—¡Mañana! ¡Mañana! Siempre dices lo mismo y luego llega el día y nunca lo haces.

—Ya empezamos.

—¡Ya empezamos qué!

—Nada.

—Es que me pones. ¡Me pones! ¡A cien!

—Déjalo ya, Por favor.

—No haces nada. No me ayudas en nada.

—Ejem... decía el café. Voy a hacer los recados.

—Sí, escápate. No tienes vergüenza. —La mujer estalla en un llanto desgarrador.

—¡Y ahora qué te pasa!

—Eres un asqueroso. Me lo han contado mis amigas. Tiene un amante desde hace dos años. ¡Me has traicionado! Quiero el divorcio. Te vas a la casa de tu madre.

—Bueno... yo me voy.

—Sí, vete y no regreses nunca. ¿Me has oído? ¡Nunca más! —exclama alterada Judith.

Pedro se levanta de un salto, alcanza la puerta del porche y desde ahí pregunta a Judith.

—¿Es tu última palabra?

Hasta el siete de septiembre

Había muchas piedras de diferentes tamaños, dispersas a lo largo de la llanura. Grises, sobre un suelo rojo, irregular. No se percibía ningún alma. Rocas enanas, polvillo de arena rojo. El horizonte, muy lejano, dejaba una sombra de elevaciones de terreno, tal vez una cordillera, como de las que recordaba Fran haber visto en fotografías del planeta Tierra de la galaxia hermana, que giraba alrededor de lo que los terrícolas denominaron Sol, incluidas en los textos de Historia del Liceo. Ahora, aquí en XY0709, después de la guerra civil, el territorio había cambiado. Caminaba con los pies descalzos. No se veía agua por ninguna parte. Su estado de agotamiento le producía un extraño sentimiento de placer y dolor que no lograba relacionar con una imagen o palabra que le permitiera pensar. Se propuso contar todas las rocas enanas en un intento de mantener su estado de vigilia. Las había a miles. Llegó a contar hasta 7 millardos. Pero se paró en ese número. Echó en falta alimentos cósmicos que le permitieran mitigar el aplanamiento físico. No podía zafarse de la calentura cósmica de fondo de microondas del cielo con sus 7 estrellas ardientes. La materia oscura y la energía oscura le podían por momentos a su sensación corporal bariónica. Le parecía absolutamente demostrado que el planeta XY0709 también había sufrido un corrimiento al rojo. Entonces de un movimiento automático sacó de su bolsillo derecho el contador WWAA de última generación, que le ofreció de inmediato la medición de la materia, Hidrógeno, Helio -4, Isótopo Deuterio, Helio-3 y Litio, marcaba. Tras su lectura emitió un gruñido suave y volvió al medidor al bolsillo. Pensó: estaremos a uno 24 gigaparsécicos de la otra galaxia, del multiverso. He de buscar la manera de salir de ésta.

—Acabo de llegar del multiverso, de la otra galaxia, como ya sabes. Y te propongo por primera vez finalizar hoy la psicoterapia psicoanalítica intergaláctica XY0709.

—Pero, ¡qué estás diciendo! Yo quiero seguir el próximo curso. Me dejas sin habla. Yo no me hago a la idea de terminar nuestra relación. La necesito. ¿Qué voy a hacer yo a partir de ahora? No poseo ninguna galaxión sólida. Perdería la fortaleza de la galaxión multi-versica más potente. Me sentiría vacía. No. Decididamente no voy a permitírtelo.

—Nuestra relación dura más de diez gigaparsécicos. Es cierto lo que dices. Hemos construido pacientemente un espacio de encuentro de difícil terminación. Por su persistencia, por su riqueza cosmo-gónica. Seguramente en nuestras vidas no existen intervéricos tan estables. Nos hemos esforzado concienzudamente en la tarea. Ha sido costosa y trabajosa.

—Fran, la terapia nos ha desarrollado como seres en la multiver-socultura. A mí me permitió aumentar la seguridad en mí misma, la iniciación de los estudios universitarios, el conocimiento de personas de otras culturas, de otras galaxias. No las hubiera llegado a conocer si no fuera por este trabajo. Mi colonia clonal VENUS007 se habría derrumbado. Yo necesito estos encuentros para seguir construyendo. Soy un poco vaga.

—Bueno. Esta situación es dificultosa. ¿Te acuerdas de aquellas sesiones?

Fran describe los diálogos de la sesión del día 14 de abril de 3014, hace un milenio gigaparsécicos cuando Arianne llegó puntual como de costumbre. Fueron 57 minutos gigaparsécicos aliviadores.

—¿Fran?

—Adelante, Arianne. ¿Qué tal?

—Desde el viernes me he sentido llena de sensaciones de cambio. Mi asistencia a la presentación del libro, mi encuentro con 001101 y su novia, con 101011, con los demás. Había llegado pronto. Nos fuimos a un bar a tomar algo y luego se nos echó encima el tiempo sin querer. Llegamos a las ocho. Ya casi no había sitio. Me habría

gustado estar presente antes y encontrarme contigo. Nos vimos a la finalización. No me presentaron a 101011. Éste me preguntó quién era. Dijo que no me conocía de ningún espacio de MASA. Entonces yo le expliqué que era paciente tuya. Que llevaba 9 años de psicoterapia. Sentí algo parecido a la falta a la confidencialidad. No sabía quién era él. Luego me lo explicó él mismo. Le hablé de ti. Que eras muy bueno como profesional y como persona. Él también me dijo lo mismo de ti. Dijo que te conocía. También quería decir que fui a KAKION el sábado, a comprar la mesa, la vitrina para los libros de la carrera, un flexo. Mañana viajaré a 00VENUSUE3. Nunca he estado en 00VENUSUE3. 101111 me va a dejar el libro de psicobiología. Le telefonaré antes. Ella me dijo que se encontraba muy atareada con muchas cosas. Espero que se acuerde de mí.

—¡Qué bien! ¡Cuánta energía! Preparando tus entrenamientos para adaptarte al estudio, crear hábito, entrenarte. Dedicar tiempo a ello. La concentración... Bueno, en lo que dices al comienzo, parece claro que se trata de la construcción de un espacio de encuentro. Un psicólogo se acerca a ti. Te saluda. Te presenta a su novia. Un jefe te dirige la palabra, se interesa por ti. Compartís lo común con una tercera persona. No es en ese contexto una falta a la confidencialidad. Se trata de un contexto de profesionales aliados en su espacio. En cuanto a los muebles comprados, son los cambios relacionales tuyos con el entorno.

—Mira las fotos. ¿Quieres?

—Sí, a ver. ¡Oh! Nunca me acostumbraré lo suficiente a la terminología y la imaginería de ustedes. Voy a decirlo. Son preciosas. En mi mundo esto no existe tan así, en fin, no sé explicarme...

—la vitrina, la mesa, el flexo. Los compré el sábado. Y hoy lunes a las 14 horas las han instalado. La vitrina la han anclado a la pared. La mesa es móvil hacia la puerta del balcón. Y el flexo le da un foco de luz apropiado porque las bombillas del techo están tenues y alumbran poco.

—Muy venusbonito todo. Estudiarás muy bien y a gusto.

—También me gustó que les hablaras tan bien de mí. De mis cambios intrapsíquicos y relacionales. Te viví como una persona muy respetuosa conmigo. Me sentí bien tratada y entendida.

—Porque tú no te ves, Arianne. No te aprecias. Además desde la perspectiva de tu planeta no se puede apreciar. Posees una muy baja autoestima. Por eso cuando mencioné tu olvido de darte las felicitaciones por el diploma que tan costosamente habías conseguido, ¿cómo no poder apreciar esa relación contigo misma? No valoras tus esfuerzos físicos y psíquicos en el proceso psicoterapéutico de cambio. Porque no te ves a ti misma. No te miras. Ves a otra persona. Estás llena de contenidos identificatorios derivados de las relaciones con la fratria, con los hermanos, y con el padre lejano ausente y poco disponible para ti, asimismo con una madre más disponible de presencia pero con mucha dificultad por la depresión de toda la vida de Venus. Conmigo realizas una experiencia novedosa. Estamos la verdad en el final de la terapia o en el comienzo de la fase final de la terapia. Ya se verá. Fueron este fin de semana muchos los cambios. También las nuevas relaciones con psicólogos que terminan sus grados, sus TFG, sus masters. Todos te han dirigido una mirada de acogimiento. Te han admitido en el grupo del seminario. Te han admitido como colega. La relación psicoterapéutica se ha enriquecido con otra entre colegas.

—De amistad. Nunca en mi vida he construido una relación de amistad con personas tan sanas mentalmente. Quiero contarte un sueño que tuve ayer. Desde siempre yo he soñado con que me despertaba a mitad de la noche y me encontraba con diez venusanos en mi habitación. Pero ayer la que había era una mujer.

—¿Una mujer? ¿Cómo era? ¿Qué pelo tenía? ¿Llevaba pantalones o falda? ¿Era rubia o morena? ¿Hablaba? ¿Se reía? ¿Eras tú?

—Yo quería preguntarte por el significado que tú le das.

—Eres tú misma. La verdadera Arianne. No hay de ello la menor duda. ¡Qué bonito sueño! Me gusta mucho tu sueño. Y tú, ¿Con qué lo relacionas?

—Yo sabía que tú ibas a decirme eso. Que soy yo.

—Tu verdadero yo. La persona que ha crecido en la psicoterapia. La psicóloga, la madre de su hijo, la esposa fiel y paciente con los déficits de su esposo. La alumna aventajada del seminario, la primera de la clase, la brillante psicoterapeuta en formación que realiza una psicoterapia exitosa con un trabajo fin de psicoterapia excelente de 33 hojas. La mujer escritora, la habladora de varios idiomas europeos.

—Me siento muy estimada por ti. Te agradezco profundamente tu dedicación exquisita hacia mis problemas con el crecimiento personal. Yo nunca he tenido amigos. Siempre tuve amigas. Es una primera experiencia. Me siento poseedora de una relación interpersonal de naturaleza psicoterapéutica multivérsica, de colegas de la psicología y la psicoterapia, del seminario, del grupo de pertenencia, del grupo de estudios. Yo te siento como un verdadero caballero, como un amigo respetuoso, con especial cuidado para el trato interpersonal.

—¿Qué es un caballero?

—Una persona respetuosa con una dama.

—¿Y una dama?

—Si ya te lo he explicado un montón de veces, ¿no te acuerdas?

—He tenido que afinar tanto la memoria galáctica para aprender ese idioma extraño que hablan los venusianos que, a veces, se me atasca el mecanismo veloz y entro en parada.

—¡Oh, no! Cuánta dificultad relacional hemos tenido que superar para lograr comunicarnos. ¡Somos tan diferentes!

—¡Cuántas novedades! ¿Verdad? Así, de repente. Una apertura se ha producido dentro de tu estructura intrapsíquica y relacional con este trabajo de la psicoterapia, el texto final de psicoterapia – TFP—. También el seminario, las relaciones con 101101, la asistencia

a la presentación del libro de 111001, la charla con los amigos en el centro cívico, el diálogo con el jefe.

—Me preguntó por el tiempo de psicoterapia contigo. Le dije que 9 años. Él dijo que llevabas justamente 9 años trabajando en MASA. Me confirmó lo que yo antes le había dicho de ti: ser buena persona, ser buen profesional, ser muy respetuoso. Él lo corroboró.

—Es la hora. Tenemos que dejar. Adiós Arianne.

—Adiós Fran. Muchas gracias.

Y Fran regresó al presente por el atajo del agujero negro Luzón: la despedida, no deseada por Arianne. Repitió entonces:

—Arianne. Es que... nos tenemos que despedir. Toda experiencia venus ha de tener un final. La vida es así.

—El final es la muerte microcósmica. Yo quisiera volver a vernos en 00PLUTON070901...¡El 7 de septiembre!

—Eso es el pasado, querida.

—¡Cómo! Eso no lo he entendido.

—No importa. Dentro de lo que ustedes denominan un milenio lo sabrás. Adiós.

Los últimos rayos del sol de junio se batían en retirada desde el gran ventanal que daba al escritorio, en torno al cual se sentaban Arianne y Fran. Fran se giró. La avenida mostraba sus mejores tonos lilas, morados y negros. Los automóviles cuánticos encendían los escaparates de las tiendas intersupernovas que acababan de cerrar. Apenas se apreciaban aliens caminando por las aceras ese día. Era último lunes de junio. Había anochecido.

—Te agradezco mucho tus desvelos por facilitarme el propio crecimiento personal.

La mujer se levantó de la silla, pasó su mano izquierda por la mejilla. Durante un instante que a Fran le pareció eterno, se mantuvo inmóvil. A continuación dio un respingo y giró su cuerpo sobre sí misma. Fran se acercó a ella y le ofreció la mano. No obstante, ella siguió caminando hacia la puerta de salida. Una vez la hubo alcanzado, la abrió de un tirón enérgico. Se volvió en el momento que atravesaba el quicio y exclamó:

—Adiós, Fran. Hasta el 7 de septiembre. Fran se quedó paralizado, cerró y abrió los ojos en un gesto automático que le resultó inevitable, con la mano derecha aún tendida al espacio vacío. No articuló palabra. La mujer cerró la puerta ya desde afuera, sin hacer ruido.

Fran se dirigió al vestidor, se enfundó el traje espacial 011001110 intervérsico. Salió de la oficina activando el botón de velocidad lúcida de su manga derecha que le llevaría al garaje cosmocar y se introdujo en su interior. Comenzaba el viaje de regreso a XY0709 en la aeronave. La alta velocidad de los gigapersecios le permitía regresar a casa. El atravesamiento de la barrera del tiempo fue rápido, como no podía ser menos, dada su fina y superior tecnología. Su aterrizaje de emergencia ante la ausencia de controladores en la estación internacional del aeropuerto intergaláctico dio con su nave en el suelo. Fran logró desprezarse de su aturdimiento tras el choque. Se zafó como pudo de los correajes de la silla de mando y de su traje espacial. Salió por un boquete abierto en el fusilaje. Accedió al exterior. Ante sus ojos se mostraba el color gris del área. Consultó a su reloj de muñeca. Leyó: observación de los datos de campo: 0111101010100011110001110, que significaba: peligro, la autodestrucción ha llegado a nuestra estrella.

Yo no he dicho eso

“Señores y señoras. Muy buenas tardes desde el estadio de San Mamés, el coliseo del Athletic Club. El equipo que antaño denominábamos el Bilbao. Prácticamente lleno en las gradas. Las dos aficiones han vuelto a responder en este señalado día de la noche de San Juan, cuando se está a punto de dar comienzo al partido de la Final de Copa entre el Cádiz Club de Fútbol y el Athletic Club. Un lleno hasta la bandera ha saludado a los jugadores al salir al terreno de juego. 53.000 apasionados espectadores pueblan las gradas de este clásico escenario del fútbol español: La Catedral. Mientras los capitanes de ambos equipos se saludan y junto al juez de la contienda proceden al sorteo del campo, nosotros vamos a ofrecer las alineaciones de ambos bandos. Así pues:

¡Alineaciones!

Athletic Club: Portero: Remiro. Defensas: Lekue, Yeray, Unai Bilbao, Iriondo. Medios: Urdabarrena, Vesga, Salinas. Delanteros: Sabin Merino, Santamaría y Seguín.

Cádiz Club de Fútbol: Portero: Aulestia, Defensas: Óscar Rubio, Servando, Arregui, Prada.

Medios: Juan Villar, Garrido, Juanma, Kike.

Delanteros: Airam y Machado.

Árbitro: Ais Reig, del colegio valenciano.

Desde San Mamés, televisando en directo para todos ustedes, un servidor: Ramón Pérez. El ambiente es increíble. Todos se han levantado de sus asientos para animar a sus respectivos equipos. Por el

sonido ambiente oírán el griterío de la afición, de la hinchada gaditana y del Athletic que dotan de un colorido de arco iris a las gradas de la catedral. Amarillo rojiblanca. El público se halla entremezclado en los graderíos de las tribunas laterales, no así en los fondos que son ocupados por la afición de cada escuadra: a mi derecha la rojiblanca y a mi izquierda la gaditana. A lo largo de todo el día se ha podido apreciar la hermandad que existe entre los aficionados vascos y andaluces. Todo tipo de anécdotas les podría contar, pero lo dejaremos para los minutos del descanso...”

Leo en alta voz el texto de las etiquetas de ambas botellas: una de vino blanco y la otra tinto colocadas encima de la mesita de la derecha del sofá. Enfrente la televisión encendida. Me incorporo ligeramente. Tomo el mando y doy al botón del aumento del volumen. Ella permanece sentada a mi izquierda. No dice nada. La observo de refilón y aprecio un reguero silencioso de lágrimas que cae por sus mejillas. Empiezo a leer.

—Parlaza Crianza 2008 Viñedos propios. Este crianza continúa la tradición de Urbano Fernández de elaborar un vino para beber todos los días. Vino sin pretensiones, pero con la estructura y elegancia de los vinos de Villalba de Rioja. Hecho con uvas vendimiadas a mano de los mejores viñedos viejos de la familia, 100% tempranillo, 19 meses en barrica. Parlaza Crianza is an easy, every day wine that continues with Mr. Urbano Fernández’s tradition. Wine without pretensión, with the structure and elegance typical of Villalba de Rioja’s wines. Made from hand harvested grapes from the oldest vineyards of the family estate. 100% Tempranillo, 19 months in oak barrels. Wine will benefit from time in bottle. Faustino VII Crianza 2008. Procedente de nuestras 650 Hectáreas de viñedo propio. Variedad tempranillo. Color rojizo vivo de tonalidad ocre. Combina el aroma de la vainilla con el frescor de la uva de procedencia. Gran equilibrio en boca, aterciopelado, elegante.

Encima de la mesa aún continúa la hoja del juzgado. Nos han concedido el divorcio. Después de casi dos años de negociaciones con ella. Todo empezó de la manera más tonta en el 2008. Un domingo, ella me propuso salir con sus amigas. Yo la rechacé. Alegué que

tenía partido, que había quedado con la peña. Los dos levantamos la voz. Ella me exigió dejar el partido. Yo me enfadé mucho. Ella se puso hecha una fiera. Me fui. Que si lo dejábamos o no, me decía. Que siempre igual. Eso lo repetía a partir de ese día constantemente. Que si debería de salir de casa durante 8 meses y luego hablar. Que si la culpa era mía, que soy un aguafiestas, que si no le ayudé en la crianza de los gemelos. Todo fueron reproches. Llegué a alquilar un apartamento. Me mudé allí. Volvimos a intentarlo al año siguiente. Pero no hablábamos el mismo idioma. Lo nuestro fue enfilando el camino hacia ninguna parte. Se terminó. Se lo he vuelto a leer hace unos minutos. Antes del comienzo del partido. La veo como si no lo asimilara. ¿Creyó alguna vez que yo la amaba? Por dentro me siento tan...

—¡No tienes otra cosa que hacer que leer las etiquetas de las dos!
¿Es tu particular rito de cata enólica? ¡Bebes demasiado!

—Déjame, mujer. No hago daño a nadie. Sólo son dos copas.

—Por mí, como si te bebes la barrica entera.

—Voy a oírlo entero. Serán dos horas Silvia.

—Ya estamos otra vez: ¡Futbol! ¡Futbol! ¡Futbol!

—No lo escuches. Ponte a leer.

—¡Ya! ¿Piensas que voy a quedarme aquí? ¿Al lado de ese ruido?
Por favor, ¡de qué vas!

—Que me toque a mí la no futbolera, ¡es increíble!

—Mira, no te aguato. De verdad, no aguanto más. Toda la vida como una tonta detrás de ti, para que me hagas caso. Estoy harta, ¿sabes? ¡Harta!

—Te recuerdo que ya estamos oficialmente divorciados.

—¡Maldito seas! No eres lo suficientemente hombre. Ya puedes irte de casa cuanto antes. ¡Déjame en paz! ¡Dios!

—Voy a ver el partido. ¿Te vas a callar? ¿Quieres?

—¡No te voy a dejar!

—Pero, tú, tú... ¿de qué familias crees que provienes?

—De la mía.

—¿Qué haces? Pero, ¿a dónde lo llevas?

—Tú hoy no ves el partido...

—Pero, ¿será posible? Que lo dejes. Tráelo aquí, ¡por favor! ¡Dame el mando! Por favor.

—¡Que no! ¡Que te digo que no! Que hoy no lo ves. Te vas a fastidiar.

—¿Cómo te puedes poner así? No te entiendo.

—Ya está. Le he quitado las pilas.

—Maldita sea.

—¡Sí! Me voy. Me voy con mis amigas. ¡No te soporto. Pero, ¿en qué estaría yo pensando cuando me enamoré de ti? Estaba en la inopia. ¿Qué vi en ti? Acaso, ¿un príncipe? Ja, ja, ja.

—Pero, esto al menos se puede arreglar. Menos mal que la tele posee mando. A ver...la tele funciona... ¡buá! No necesito mando. No necesito pilas. Quieres hacer el favor de callarte, por favor... a ver.

—¡Qué pueril, qué dependiente eres! Me das pena. Toma el mando y las pilas. Me compadezco de ti.

—¡Gracias, mi amor! ¿Qué haría yo sin ti?

—No me llames mi amor.

—No, guarda silencio.

—No soy tu amor.

—Ya. No eres mi amor.

—Me eres indiferente.

—Eso ya no importa. Desde hoy estamos divorciados.

—Qué miserable eres. ¡Lacayo! Eres un lacayo.

—Pero con gusto. Con pasión. Soy, eso sí: futbolero. ¡Futbolero!
¡Me oyes! ¡Athletic! ¡Athletic! ¡Athletic!

—Vete de casa. No quiero verte, querido. Eres un mierda. Por supuesto, los niños y la casa valen mucho más que tú. Son míos.

—¡Por lo que más quieras! Silvia, ¡Por dios! ¡Para de una vez!

—Olvídate de volver a verlos. ¡Nunca más! ¿Me oyes? Nunca más.

—¡Vale! ¡Vale!

—Te vas a acordar de mí.

—¡No te voy a contestar más! ¡Basta!

“Saca el Athletic. El balón en el círculo central. Las aficiones aúllan: ¡Cádiz! ¡Cádiz! ¡Cádiz! ¡Athletic! ¡Athletic! ¡Athletic! Sabin pasa el bolo a Santamaría. Éste pasa a su izquierda. Pegado a la banda la recibe Seguin, que avanza fuerte pegado a la línea de la cal. Dribla a uno, dos y tres defensores del Cádiz, se planta en el área contraria. Avanza, pasa atrás a Urdabarrena, éste a Vegas que de cabeza la eleva hasta

“...Llevamos media hora larga de juego. El partido está bonito, disputado. Hemos contabilizado tres ocasiones de gol del Athletic por otras tres del Cádiz, que ha acudido a la Final con el equipo de gala. Le ha dado tiempo a la recuperación de las lesiones de sus mejores jugadores. El público, al alimón, hermanado, disfruta de lo lindo con las bellas jugadas. En las de juego aéreo, en los desmarques al espacio, en las paredes, en los regates, más numerosos en los andaluces. En las jugadas a balón parado. Son el Cádiz. Son el Athletic. Señoras y señores. Son los mejores equipos de esta edición de la Copa. Y el partido sigue a gran velocidad. Teneos una duda: ¿Podrán los jugadores de ambos conjuntos aguantar físicamente los noventa minutos? ¿A este ritmo endiablado?... Escuchen, ahora el Cádiz se infiltra por la banda a la altura de su extremo izquierdo. Allí está Josete con el esférico, regatea al lateral del Athletic, ahora al central derecho Unai Bilbao, ya está dentro del área, se acerca al portero Remiro y... ¡pega al muñeco! Córner. Una ocasión de oro para igualar el partido, desaprovechada por el extremo gaditano, que el portero vasco ha tenido mucho que ver. Le ha aguantado al delantero. Con las manos rechazó la pelota a córner. Se lanza y... cabezazo de Ricky, el medio punta del Cádiz... a la grada. Fuera.”

“A la atención del señor don Pablo Gamia. Muy señor mío. Soy la Letrada Mariángeles Sánchez. Le comunico oficialmente la que en el día de ayer, 14 de abril de 2008 mi bufete ha interpuesto una demanda de divorcio en el juzgado de familia nº 1 de la ciudad. El motivo es desamor. Le ruego que contrate los servicios de un abogado para tramitar el proceso de divorcio iniciado por la hasta el día de ayer esposa suya, la señora doña Silvia Zunzunegui. Mi teléfono de despacho es 94 445 12 18, activo a horas de oficina. Se despide la letrada...”

Hasta ahí pude leer. Se me cayó el papel de la mano. Busqué la silla más próxima de la cocina para apoyarme en ella. Regresaba del hospital, de la guardia. Así fue como me enteré. No me lo podía creer. Pienso que nunca la entendí cuando me amenazaba. Pensé que en el fondo no lo sentía así. Bien es cierto que los domingos no le hacía mucho caso. Ella siempre con sus amigas. Yo me iba al fútbol...

“Señoras y señores. Estamos en el último minuto de descuento del partido de la Final de Copa entre el Athletic Club y el Cádiz Club de Fútbol. Y el marcador no se ha movido desde el minutos uno del primer tiempo, cuando una excelente penetración por la banda izquierda del ariete Santamaría posibilitó un pase en profundidad a Urdabarrena quien centró a Viegas y éste de cabeza levantó el balón para posarlo en la cabeza del central Yeray, que marcaría un golazo imparable, lejos del alcance del meta gaditano... y, ahora, el árbitro de la contienda, el señor Ais reig da por finalizado el encuentro con su pitido final. Final del partido. Ha ganado el Athletic al Cádiz por uno a cero. Los jugadores se saludan con espíritu deportista. Se felicitan los jugadores vascos por el logro de la victoria. Los jugadores andaluces felicitan a los vascos y éstos aplauden los andaluces en una bella escena deportiva. Fueron grandes rivales. El juego estuvo muy igualado y al final ganó el que más acierto tuvo cara a la portería. Un bello final de partido. Una final embriagadora. El público aplaude al equipo campeón. Pero también grita ¡Cádiz! ¡Cádiz! ¡Cádiz! Una bella estampa que merece la posteridad, que merece el recuerdo más imborrable. Las aficiones se hermanan. Se saludan en las gradas. Una belleza, señoras y señores. Así es el fútbol. Así es la pasión del fútbol. Hemos vivido una tarde fantástica. Los jugadores elaboraron fútbol del bueno para hacer disfrutar a sus aficiones, y éstas, sintiéndose en deuda impagable por la felicidad de esas dos horas de pasión futbolera, se lo han agradecido con sus cánticos, sus presencias, sus mejores sensaciones y transmitidas hasta el fondo del terreno de juego. Un final feliz, señoras y señores. Yo no he dicho que sólo hubiera un campeón. Sí, el Athletic ha ganado la Copa de campeón. Yo no he dicho que sólo hubiera un campeón sobre el terreno de juego. ¡Yo no he dicho eso! Lo que les aseguro, señoras y señores, es que ambos fueron campeones como la copa de un pino. El Athletic y el Cádiz. Dos equipazos. Un gran campeón y un gran subcampeón...”

Entre amigas

Fabián coge la botella, con el cuchillo raya el envoltorio del corcho, lo pela, deposita encima del mantel el pedazo de plomo pelado y el cuchillo. Introduce la punta de espiral del sacacorchos lentamente, hace palanca y... ¡plop! Un ligero y agradable aroma a madera se derrama hacia los olfatos de los tres comensales. Mueve la botella con la mano derecha cerca de las copas. Se siente preso de un irrefrenable deseo de vertido de su contenido en cada una de ellas. Llena una copa. A continuación deposita la botella en la mesa, con su mano izquierda toma su copa por la base. La acerca a la nariz. Fuerza una inspiración profunda. A continuación la acerca a sus labios. Da un sorbo lento. Mantiene el líquido en la boca un instante eterno. Lo traga todo y... empieza a hablar. Fija la mirada en los ojos verdes de Ane, como si estuviera leyendo en ellos una supuesta guía del viñedo, del caldo de la cena que él ha tenido a bien debutar. Sigue la leyenda que dice que una mala comida es siempre salvada por un buen caldo. Sabe que ante la amiga íntima de su esposa Teresa ha de esforzarse por cumplir los deberes supuestos del anfitrión. Con tono grave, lento, cálido como la temperatura del momento –son las ocho– y la época del mes de junio en la que se encuentran, hace uso de la palabra. Se siente reconocido y valorado arropado por ambas mujeres como nunca lo percibió anteriormente. Toma la palabra, dice:

—Marqués de Vitoria. Reserva de 1985. Luce, como veis, un brillante color cereza de tonos granate de buena capa. Intenso, complejo y aromático en nariz, muestra una agradable madurez, con aromas especiados (nuez moscada y pimienta), de fruta madura en sazón, notas de tabaco, hinojo y un fondo láctico y de pastelería correspondiente a las nobles maderas en las que se crió...

—¿Bebes vino? —Preguntó Teresa a Ane.

—Sí. Lléname la copa, porfa.

—Fabián, trae. —Fabián interrumpe su discurso. Le acerca la botella con su mano izquierda. Teresa la agarra desde el cuello, se la acerca a sí misma, cambia de mano y vierte el vino en la copa de la amiga. Añade:

—Es muy digestivo para el asadito que vamos a comer. De aperitivo dicen que mejora la acidez gástrica.

—¿Ah, sí?

Fabián continúa su discurso con la mirada fijada en las pupilas de la invitada. Dice:

—...En boca es sabroso, jugoso, envolvente, con una acidez viva que aporta frescura, amable, muy bien equilibrado, con un paso cremoso y goloso y un final expresivo y persistente. Tiene una tenacidad perfectamente integrada y resulta aromático y agradable de beber. Por sus características organolépticas, acompañará mucho a las chuletillas a la brasa, al entrecot a la parrilla y a los quesos curados del postre. Posee 17 grados de temperatura en este momento. Me acuerdo mucho de la historia de la bodega. —Se detiene en ese punto.

Ane queda inmovilizada en un eterno instante. Después, aparta sus ojos de Fabián y mira al fondo del césped, donde se alza majestuosa una vieja palmera de la India. Piensa. Le viene un recuerdo de la infancia con su padre, luego otro más actual, la situación de examen vivida junto a su amiga en las oposiciones al Cuerpo de Psicólogos Clínicos del Hospital General de la ciudad. A continuación se atropellan como si de un palimpsesto se tratara, el uno tras del otro, momentos, sentimientos, emociones, compartidas con Tere, del trabajo, de los desayunos diarios en el café de la esquina. Alcanza a ver la película de la historia de su amistad. Se le sube por la cabeza una agradable sensación de frescor. El entrecejo se relaja. Las comisuras de los labios se le levantan. Ya se ha delatado. Sus ojos son cruzados por un rayo gustoso. Se vuelve ligeramente y dirige sus ojos a la amiga. Le dice:

—¡Oh, Tere! ¿Te acuerdas del sabor del café del bar de los desayunos?

—¿Qué? ¡Ah! —Las mujeres vuelven a reír. Tere le posa la mano izquierda en el torso de la mano de Ane. Se agarran. Siguen riendo. Fabián detiene su discurso, por segunda vez. Dibuja un gesto ligero pero un poquito serio.

—¿No os estaréis riendo de mí, no? —Las mujeres, que terminaban su risa, al oírle, se desbocan de nuevo.

—Pero, ¿Cariño? ¿Otra vez el ataque? —Se burla Tere. Mas Fabián, ya da por perdida la explicación. Sigue su perorata:

—... Tiene su origen en una pequeña cooperativa que formaban trece viticultores de Oyón, que adquirió el Grupo Faustino en la fecha del año 1975. En julio de ese mismo año se inauguraron las nuevas instalaciones de 8.700 metros cuadrados. Hoy cuenta con un parque de barricas formado por cerca de 5.700 unidades, una cifra nada desdeñable si se tiene en cuenta que, desde sus orígenes, en la bodega ha primado la búsqueda de la calidad muy por encima de la cantidad. Los vinos de Marqués de Vitoria nacen de las uvas de tempranillo que cultivan en sus casi 60 hectáreas de viñedo. Además, la firma también posee cuatro hectáreas de viura y otras 14 de viñedo ecológico. El territorio, la tierra, pose una influencia atlántica y mediterránea.

Ane, no dice nada, vuelve a caer en la sima de los recuerdos de situaciones compartidas. Ahora se trata de la ceremonia académica de la mañana. Apenas la visualiza y logra salir del ensimismamiento. Se orienta en la situación de la cena. Exclama disimuladamente:

—¡Ejem!

—... La sierra del norte le protege y atempera. La media de pluviometría oscila más o menos en torno a unos 450 mm anuales. El suelo es arcilloso y calcáreo. En el proceso de elaboración, se vendimia las uvas, para lograr la fermentación y maceración en grandes depósitos de acero inoxidable bajo control de temperatura. Luego

pasa a barricas nuevas de roble francés en donde envejece durante 18 meses. Al final, solo las mejores uvas son embotelladas.

—Querido. Tenemos una invitada. Perdona Ane —Terció Teresa. Fabián paró en seco su discurso. Luego hizo un mohín que provocó otro ataque de risa femenino.

—Este jamón está buenísimo. ¿Dónde lo compraste? —Preguntó Ane.

—¿Verdad? En la tienda del fondo de la calle. ¿Recuerdas en donde dejamos el coche? Pues enfrente. Es un comercio familiar. Lo llevan unos amigos que trabajan con mayorista.

—¡Qué lindo jardín! Todo es bonito aquí. Tere, ¿Cuánto tiempo transcurrido?

—Cómo pasa el tiempo. —Exclamó Tere.

—Volando. Te acuerdas de la última vez que nos vimos... ¿hace tres años?

—Y también seis, ¿Ane? Cuando lo de tu doctorado. ¿No te acuerdas? —Inquirió Tere.

Las dos mujeres se ríen. Fabián, que había interrumpido su monólogo sobre los vinos, vuelve a tomar por la base su copa y de golpe la vacía. Ane ríe de buena gana. Se ha terminado la larga disertación doctoral del esposo de su amiga íntima, la broma pesada del esposo de Teresa, pero no lo dice. A continuación dirige su mirada a los ojos de su amiga en la duración de un instante. Ésta reacciona, mueve sus labios, dibuja una sonrisa de complicidad femenina, dirige la mirada a su marido. A continuación posa sus grandes ojos negros en la falange sin adorno del dedo anular de la mano izquierda de la amiga. Ane se ruboriza un poco y hace un comentario acerca de sí misma. Dice:

—Nos divorciamos. Lo nuestro no tenía arreglo.

—Bebamos pues, querida. Por nosotras. —Teresa alzó la copa y se la ofreció al choque.

—Chin, chin. —Respondió Ane. A ello se sumó Fabián:

—Por la mujer, ese ser superior. Por vosotras. Por los tres. —A continuación, tras volver a llenar de vino su copa, de golpe se la bebió.

Acompañada de Tere que al volante de su vehículo le transportaba hasta el edificio del rectorado del campus. Aquella mañana lluviosa y fría de sábado, tan impropia del mes de julio, que no se correspondía con la estación veraniega ni con el final del curso 1984—1985, trataba de respirar hondo, lento y profundo, con el objeto de presentarse entera al tribunal. En la víspera visitó la peluquería para ofrecer a los doctores un look postmoderno, se hizo las uñas, se compró un traje azul cielo en El Corte Inglés. Vamos, que se había arreglado como nunca anteriormente lo había hecho. Dudaba de si la ejecución de ese consejo de su amiga no fuera una tontería intrascendente para lograr efectos estéticos favorables que impactaran sobre la perspectiva desde donde los miembros del tribunal, todos ellos varones, la escutarían y escucharían. La carretera al campus estaba expedita. Llegó en diez minutos. Tere aparcó en batería su vehículo cara a una de las fachadas del edificio, en el aparcamiento de la Facultad de Medicina. Apretó suavemente la mano de su amiga. Dijo:

—Ánimo.—Juntas salieron dirigiéndose a paso firme directas a la puerta del edificio que se elevaba unos cinco peldaños de la rasan-te de la calzada. Penetró Ane por los anchos pasillos. Giró tres veces cambiando de pasillo hasta alcanzar la puerta del aula de la ceremonia del doctorado. Ahí se detuvo un instante. Se secó las lágrimas con la esquina de la tela de un pañuelo que sacó de su manga izquierda. Lo volvió a su lugar. Hizo una inspiración lenta, profunda. Y abrió la puerta. Con paso decidido se introdujo en la instancia, delante de Tere. Señaló a ésta el lugar que le correspondía. Le tocó levemente el brazo izquierdo, se separó de ella. A pasos lentos se acercó a la mesa de la tarima. Allí le esperaban los miembros examinadores. Saludó a todos. Departió brevemente con el presidente. A continuación se ins-

taló en el atrio, instalado frente a la mesa del tribunal. Delante del tribunal examinador formado por cinco psicoanalistas de la International Psychoanalytic Association, Ane leyó su trabajo, aquella mañana:

—“Soy la menor de doce hermanos de mi familia de origen. Mi padre, profesor de Filosofía de esta universidad, vive muy entregado a su trabajo. Le percibo lejano. Una madre entregada a las labores de la casa, muy responsable, dominante, sobreprotectora conmigo. Todos hablan a la vez peleas con agresividad verbal. Mi hermana Fany provoca muchas broncas y es el centro de todas las iras. Me siento dentro de una burbuja, aislada. Juego mucho sola. Estudio mucho. Mi madre me ayuda con los deberes y me protege demasiado. Me cuesta hacer amigas, más bien me junto con una, que luego abandono para unirme a otra... y sin salir de casa. En la adolescencia, sensaciones de tener la cabeza vacía, de no tener opinión de las cosas. Para cuando llego a la universidad me he dotado de unas amigas con las que vivo unos años tonteando con las drogas, con la sensación en el fondo de dejarme llevar, de no hacer las cosas con convencimiento, pero todo dentro de una normalidad. Muchos ligués, sin fundamento. Empiezo la licenciatura de Físicas —seguro que por seguir los pasos de una hermana que abandonaría pronto con el objeto de estudiar los exámenes de oposiciones a auxiliar administrativo de un banco internacional—. Acudo muy poco a las clases de la facultad. El profesor está muy lejos. Me cuesta concentrarme. No entiendo nada. Empiezo a hacer novillos. Acabo por abandonar los estudios. Me dedico, a continuación, a preparar oposiciones. Logro sacar una plaza fija en la pública. Entonces, me alejo de la calle. Conozco a quien sería mi marido, que me ayuda a dejar esa vida y a relacionarme de otra forma con mi madre. Es muy diferente a mí. Ambos tenemos muchos problemas de comunicación. Tenemos un hijo. Me da mucha alegría. Siento una falta de vitalidad del copón bendito. Mucho peso. No lo comparto con mi marido. Le veo mal. Todo dentro de una cierta normalidad. No soy consciente del todo. Me doy cuenta que tengo mucha confusión mental. Muchos pensamientos negativos, obsesivos, miedos. Tener un hijo supone asumir una responsabilidad enorme. Decido que tengo que cambiar. No son los demás los que han de hacerlo sino yo misma. Quiero mejorar. Una antigua compañera de trabajo y amiga íntima se hizo una psicoterapia psicoanalítica exito-

sa. El psicoterapeuta de otra compañera de trabajo a quien percibo muchos cambios a mejor, según ella, le ayudó a estructurar su self porque por sí misma no podía reconocer su autodestructividad. Todos me aconsejaron el comienzo de una terapia. Doy el paso. Empiezo el año 1975. Por esa época mi hijo comienza su escolarización en primaria. Llena de miedos por ellos demonios que saldrían de mi cabeza. Desde el primer día veo que me hace bien. Me da mucha vitalidad. Hablamos. Ordeno mis pensamientos y sentimientos. Poco a poco empiezo a introducir cambios. Me resulta más fácil empezar por las relaciones laborales. Ante un grupo contaminante y autodestructivo, yo, que voy ganando seguridad en mí misma, acabo tomando parte activa. Junto a otros compañeros más sanos, rompo con esa dinámica. Consigo establecer relaciones cómodas. Gano mucho en tranquilidad. Todo esto porque he ido reconociendo y distinguiendo las reacciones de los demás. A la vez yo me voy colocando en otra posición donde me ven más segura y me respetan. Por otra parte está mi madre, que se va haciendo mayor, que vivía con un hermano soltero, mucho más mayor que ella. Murió hace un año. Mi madre está sola. Fue muy fuerte y autónoma. Pero cada día necesita atenciones y cuidados suplementarios. Los hermanos vemos que necesita compañía. Todos tenemos que juntarnos, ponernos de acuerdo sobre la manera de cubrir sus necesidades. Me he ido dando cuenta de los problemas que hay entre los hermanos a la hora de solucionarlos. Mucho sometimiento de los unos con los otros, compartimos la mucha soberbia propia. No sabemos debatir. Somos agresivos. Una de las hermanas, la quinta, sigue siendo el saco de todas las hostias. En ese maremágnum donde todo está enmarañado, yo, gracias al enorme trabajo que realizo en la terapia, aprendo a discernir, separar, discriminar lo que corresponde a cada uno. Eso hace sentirme más segura de mí misma, tener un conocimiento de la situación más amplio, acercarme a mi madre desde una nueva posición. Ante ella, como ante los hermanos, soy una persona adulta, a pesar de ser la más joven del grupo. Me dirijo a ellos de una manera que los demás no pueden hacerlo. Aporto en positivo. Me defiendo abiertamente de sus ataques. Defiendo a la hermana vilipendiada de los ataques de los demás. Son feroces. Se comportan como si de un grupo tóxico se tratara. Se parecen al antiguo grupo del trabajo. Para llegar hasta el lugar en donde vivo mi vida, he tenido que pasar por todo un largo

proceso. Toma de conciencia de un problema o dificultad. Verlo. Con relación a mi persona, cuando me atacaban no me daba cuenta. Con el tiempo, analizándolo, lo empiezo a distinguir a un nivel teórico. Sentir con las emociones. Paso a sentir físicamente cómo me llega el ataque. Pero no sé cómo salir de la situación, me envuelven. Veo venir el ataque. Me defiendo de él o lo corto –colgando el teléfono, por ejemplo–. Es decir, cada vez soy más consciente de lo que ocurre a mi alrededor. A pesar de ello, me equivoco y me dejo envolver en muchas situaciones, porque es difícil crecer, soltar amarras de verdad, para tomar las riendas de mi vida con total independencia y autonomía. Lo bueno es que la clarividencia que me va dando el tratamiento e ayuda a que cada vez me influya menos el medio, cuando es tóxico. Por el contrario, en un medio no tóxico, me puedo dejar influenciar porque seré consciente de que es un medio sano. Estos grandes avances conllevan: satisfacción de tener la seguridad de que voy por el buen camino. Deseos de contagio para que los que me rodean hagan un cambio similar al mío. No consigo arrastrar a mi marido. Conseguí que mi analista visitara a mi ama varias veces. Logré juntar a todos mis hermanos con mi psicoterapeuta psicoanalítico, pero aquello no prosperó por la negativa de la mayoría de ello. Frustración por no ser entendida. Mucha soledad. Sensación de aislamiento. Adaptación de la realidad. Los demás no quieren cambiar, pero yo sí. Y creo que al final seré muy respetada y valorada. En relación a la pareja, tengo que cambiar mucho yo misma, en cuanto a aceptación del otro, al manejo de mi agresividad. La relación con mi hijo es cada vez mejor. Voy desarrollando buenas antenas para detectar pequeñas pero importantes cosas. Voy aprendiendo a hablarle con firmeza. ¿Qué beneficios estoy obteniendo de aquél análisis didáctico adecuadamente finalizado? Una mayor conexión conmigo misma. Un mayor conocimiento de mi personalidad y de la de los demás. Un mayor contacto con la realidad. Una mayor sensibilidad con mis sentimientos. Una mejor autoestima. Unas relaciones interpersonales más auténticas, más libres, con un mayor discernimiento. Sin miedo al compromiso, porque ya no se basan en relaciones de dependencia y sometimiento a los demás. Más vitalidad, alegría, ilusión por desarrollarme y crear proyectos propios, míos, como, por ejemplo, estudiar el grado de Psicología en la universidad. Me gusta mucho. Poseo los conocimientos teóricos. Superé con nota excelente todos los Se-

minarios Oficiales. Asimismo, humildemente pienso que poseo una gran experiencia personal en la especialidad –Psicoanálisis–, donde los cambios son muy profundos, desde los sentimientos, me refiero a los verdaderos. Pero sobretodo he ganado mi pensamiento personal. También la adquisición de los pensamientos plasmados en las obras completas de los autores, desde Freud, cuya obra he estudiado con plena dedicación en alemán, castellano, francés e inglés, hasta la de mis colegas contemporáneos. Valoro muchísimo la manera de trabajar de mi analista. Por sus vastos conocimientos, serenidad, ética, cercanía, empatía. Su exquisita sensibilidad y cuidado, su gran entrega, ambición y enorme generosidad, que no deja de sorprenderme. Valoro mi grado de implicación y de compromiso, mi sinceridad, seriedad, tenacidad. Porque es un trabajo que, para que sea verdadero, cuesta mucho esfuerzo. Es una relación totalmente nueva para mí, una experiencia única, pero que no acaba ahí, sino que es exportable al resto de las relaciones...”

Dos horas después se calló. Se extendió un silencio incómodo. A Ane le temblaban las manos. Se apartó del atrio. Se acercó a la mesa de madera detrás de la cual se encontraban sentados los miembros del tribunal. Depositó los papeles encima. Se retiró caminando lentamente hacia su silla de la primera fila del aula. El presidente se alzó enseguida. Le siguieron los demás con un movimiento un tanto cansino. Preguntó:

—La exposición práctica de su caso es prolija. No obstante, como somos científicos, deseo que desarrolle los fundamentos psicoanalíticos del caso. ¿En qué autores clásicos y contemporáneos se ha basado usted en la redacción de su exposición? ¿Díganos, si es usted tan amable, las obras de referencia de aquellos autores? ¿En qué ideas del psicoanálisis contemporáneo se ha basado usted para la reconstrucción del caso? Por favor, si es tan amable. La escuchamos...

Aquel interrogatorio se desplegó en su extremada dureza. A cada respuesta o exposición de Ane a requerimiento del presidente o de los otros miembros del tribunal, de forma inmediata, como surgida por una catapulta, surgía otra pregunta que solicitaba más citas bibliográficas, de obras, de autores, de fechas, de descubrimientos,

de congresos internacionales, de teoría del psicoanálisis contemporáneo, de citas de la obra de Freud, sin tregua. Ane sudaba. Por momentos, los más comprometedores, se asfixiaba del calor ambiental. No obstante, no temblaba su voz, su interior secreto e imperceptible sí. Se mantuvo en la lucidez de las respuestas basadas en su poderosa memoria. Dos horas después, el presidente del tribunal tomó la palabra para decir:

—Ane, Felicidades. ¡Sobresaliente Cum Laude! Un aplauso para la doctora. —Todos prorrumpieron en un sonido de palmas acompasado, que fue ganando elevación y frecuencia para invadir toda el aula. Se podía oír dentro del ruido una voz femenina:

—¡Bravo! ¡Bravo!”

Fabián se dispone a afrontar la última sesión de la terapia de Ane. Llamam a la puerta. Son las cinco y media. Hoy parece que su paciente llega exquisitamente puntual, sin minutos de antelación. Hoy es el día 29 de junio de 1985. Ane llega puntual. La sesión duraría sesenta minutos.

—Hola Ane. Adelante. Pasa por favor. Siéntate si eres tan amable.

—Hola Fabián.

—Hoy nos despedimos. Por fin llegó el día D que decimos nosotros desde la especialidad. ¿Cómo estamos? ¿Cómo te encuentras?

—¡Buf! No sé por dónde empezar. Perdona que lllore. Es que...

—Por favor, Ane. No tengo nada que perdonar. Ya lo sabes tú bien. Lloro todo lo que necesites. Es muy respetable.

—Estuve todo el finde pensando en la sesión de hoy. Qué pena me da. Estoy temblando... sé que no ha pasado nada malo. Que no va a pasar nada malo. Me fui muy emocionada de la sesión del miércoles. Me despedía de ti y a la vez te contaba mis sensaciones más profundas. Sentía como una pérdida, una pena muy grandes. Te viví

muy frío en el saludo. Te apartaste y me ofreciste la mano. Rompí a llorar por el pasillo, después de cerrar las dos puertas. Sentí mucha lejanía entre los dos. Otra vez rígido. Es que eres muy, pero que muy serio.

—¡Ah! No me di cuenta. Sí te noté afectada y seria. Puedes tener razón. Era el preanuncio de esta despedida. El proceso final de adaptación al duelo final.

—Sí. Y pensé, ¿después de tantos años de trabajo emocional intenso y muy cercano? ¡Qué serio! No me lo esperaba, Fabián.

—Si te falté al respeto en algún momento, debió de ser sin darme cuenta, sin intencionalidad alguna. Te pido perdón. ¡Por favor!

—Que no es eso. Es que... ya sé que soy yo, Fabián. Mis problemas, mis soledades. A partir de ahora te voy a echar mucho de menos. No sabes cómo agradecí tu trato siempre. Tu cuidado con los honorarios, siempre asumibles. Tu delicada animación a mi dedicación a los estudios continuamente. La invitación a los estudios teóricos y a la investigación. Las clases de Filosofía en la facultad sobre aspectos de las asignaturas de Psicobiología e Historia me aportaron ideas decisivas para yo aclararme de mi confusión. El ánimo que siempre me has proporcionado en los peores momentos con mi marido y con el niño. ¡Cuánto te voy a echar de menos, Fabián!...

—Te agradezco mucho tus bellas palabras. Las siento en mi corazón, Ane. Muchas gracias.

—Sólo en una sesión, la de los dos hombres, me puse borde y a punto de suspender la terapia. Me ayudó mucho a reencontrarme tus palabras del siguiente día. Diste una explicación. Te sentí sincero y de verdad afectado. Eso lo valoré mucho. Eras tú. No te anulaste.

—Así lo dijiste entonces. Y yo así lo registré. Qué bueno, Ane, que nos pudiéramos dar la experiencia de perdernos, buscarnos y encontrarnos a nosotros mismos, y desde allí tratar de solucionar el desencuentro.

—Pero, quitando esa sesión, yo no he podido recordar ningún enfrentamiento entre los dos a lo largo de la terapia. Creo que hemos conectado muy bien, a pesar de las dificultades de este trabajo. Que yo no me lo imaginaba antes de iniciarlo... también agradecí mucho las atenciones para con ama y las dos sesiones con los hermanos.

—Fueron tres, Ane.

—Sí, eso, tres. Estuviste muy disponible en aquella crisis familiar, para amainarla. Aunque ellos te apartaran de la paciente y rechazaran tu propuesta de psicoterapia familiar. Te portaste con mucha elegancia y respeto.

—Lo intenté, Ane. No siempre los terapeutas podemos ayudar a la gente. Se vuelve imposible cuando éstos ni se dan ni nos dan el permiso de ser ayudados. Y esa parte de la vida real tenemos que aceptarla, también tú y yo, Ane. La vida es así. Son cosas de la vida.

—No he conocido en mi vida una persona con las cualidades humanas tuyas. Casi te puedo asegurar que no creía que existían esa clase de personas. Eres increíble. ¡Fantástico!

—Ane, ¿no me estarás idealizando?

—No. Te digo lo que siento y cómo lo siento...

—¿Estás bien?

—Quiero verte el primer día de septiembre que me puedas recibir. Después de las vacaciones de verano.

—De acuerdo.

—Me tranquilizas mucho. Porque yo creo que aún te necesito para afrontar bien los próximos retos de mi vida: la educación universitaria de mi hijo, la Licenciatura de Psicología. Te necesito. Con tu ayuda lo conseguiré. Nos despedimos hoy. De acuerdo. Pero quiero

que me asegures que más adelante, pasados los años, podría volver a las sesiones. Que podré llamar a tu puerta si lo necesitara.

—Sí, Ane. Tienes mi permiso, cómo no. Hoy nos despedimos, pero si fuera necesario nos volveríamos a ver. No existe ningún problema por mi parte.

—Me tranquilizas mucho. Me siento en deuda contigo. Me regalaste minutos de sesiones, libros, un curso, un seminario. Me abriste a tu mundo relacional de compañeros que estudian y terminan Psicología. No sé cómo pagártelo. Pero acepto que si tú crees que ha llegado la hora de la finalización de la terapia, será para bien. Antes no lo aceptaba. No quisiera perder el vínculo contigo. También tengo muy claro que no quiero que seamos amigos. Prefiero tenerte como psicoterapeuta en la lejanía, disponible por si las moscas. No sé lo que va a suceder con mi matrimonio. Probablemente nos divorcemos. Somos muy diferentes. Él no me respeta. Voy a sostener la relación hasta que mi hijo termine la universidad, el grado. Para ayudarle. Tengo las ideas muy claras.

—Ane. Quiero que sepa que para mí ha sido un placer atenderle como tu psicoterapeuta. Deseo de todo corazón que tenga suerte en su exposición de la tesis doctoral. Y en general en la vida. Estoy muy tranquilo, confío mucho en usted y en sus cualidades humanas. Sé que sabe defenderse ante la adversidad de la vida. Ha realizado aquí un trabajo extraordinario. Ha sido capaz de construir su verdadera personalidad. Ahora sí. Es usted. Puede. Felicidades. Tiene mi permiso. Le doy el alta de la psicoterapia. Adiós, Ane.

—Muchas gracias, doctor. Muchas gracias por todo. Le tengo mucho cariño. Adiós.

La decisión

Después de los acontecimientos, el valle del río Torvión se encontraba sumido en la más profunda miseria. A los escombros debidos a la caída de los edificios del territorio de ambas márgenes de la desembocadura del río producida por los efectos de los terribles acontecimientos, había de sumarse la ausencia total de servicios que se ocuparan de la vida ciudadana cotidiana, la diáspora de una parte grande de la población y la caída de la actividad económica. Se veían bandas de niños que agrupados en número de veinte o más peinaban las calles, aparecían y desaparecían, en busca de comida u objetos con los que comerciar en el trueque de bienes y servicios. Los escombros se hallaban amontonados en cada calle y plaza. El polvo, la mugre y la ausencia de alimentos destacaban ante la mirada del foráneo. Apenas existían panaderías. El resto de alimentos se dispensaban enlatados –sardinas y melocotones en almíbar principalmente– en unos establecimientos nuevos denominados ultramarinos, cuyo personal funcionario exigía la posesión de la cartilla de racionamiento y el documento nacional de identidad para proveerlos. A cambio sellaban el cuadradito correspondiente de la cartilla con una marca de color negro. Los antaño pobladores del territorio, mujeres y hombres muy trabajadores y comerciantes, habían huido. Pocas familias se quedaron. De entre éstas no pocos de sus miembros se vieron obligados a irse, presionados por la dureza de la circunstancia. La industria se encontraba destruida. No había trabajo. Perros y gatos famélicos merodeaban por las calles a todas horas. No existía camión de la basura. Algunas mujeres, vestidas de negro, con velo negro, observaban desde las ventanas, agazapadas detrás de las oscuras cortinas, el escaso movimiento que ofrecía sus calles al atardecer. Los escasos colegios que impartían clases se denominaban escuelas públicas. Sus paredes grises desconchadas entonaban muy bien con el resto del escenario. Al finalizar la jornada escolar, los pocos niños salían despacio, como serios y tristes, tal vez atemorizados, de las aulas.

Bajaban por las calles empujándose entre ellos. Vestían batas grises, zapatos marrón oscuro, suéter y pantalones cortos y grises. El cielo del territorio era gris del mismo color que el atardecer.

Al año siguiente del final del horrible acontecimiento –Balbía cayó un verano, bajo las influencias del acontecimiento horroroso– regresé en barco desde Londres, bajo la cobertura del pasaporte y la protección del Consulado Británico de la ciudad, que poseía mucho prestigio. Cerca de la costa pude apreciar los vapores secretos que emitía el territorio a la par que mi estado de ánimo se iba desmoronando, poco a poco. Me parecía una imagen un tanto extraña. Familiarmente extraña. Desde el puente observaba el movimiento de aproximación hacia ese paraje lúgubre. El color del río era oscuro, negro como el de la sangre de una criatura putrefacta. Hasta el muelle veintidós seguí con la mirada el ala izquierda del estuario. Saltaba a la vista el extraño paraje. No se apreciaba ni un alma. Anocheceía cuando el práctico atracaba. Se respiraba un aire misterioso y sofocante. El silencio se sentía tan de cerca que los oídos dolían. Me llamó la atención el hecho de que los muelles se encontraran vacíos. No había buques ni movimientos de estibadores. Las grúas oxidadas y grises, permanecían varadas. Una llovizna del mismo color caía a esa hora. Me aparté del puente, entré a mi camarote, me pinté los labios con un lápiz color rosa, me arreglé el flequillo con la mano izquierda, tomé la maleta, ya preparada, y volví a salir. Cerré la puerta de fuerte golpe. Al llegar de nuevo al puente observé que el capitán me estaba esperando. Muy cortésmente me dedicó una leve sonrisa y me ofreció su mano. Yo le correspondí con una sonrisa más amplia. Nos despedimos. Añadió unas pocas palabras que me resultaron inquietantes:

—Que tenga toda la suerte del mundo Loren. Dios sabe qué le va a ocurrir a esta tierra. Créame, ésta es una tierra maldita. Todos lo saben. Adiós.

No pude evitar dar un respingo. Tras una inspiración de aire profunda di al capitán las gracias por su amabilidad durante el viaje. Él me correspondió llevándose tres dedos de su mano derecha a la parte anterior de la visera de su gorra marinera. Entonces sufrí un lige-

ro dolor en el estómago. Observé que no había probado bocado en toda la travesía. En ese momento sentí como una náusea, una repugnancia cuya causa no logré determinar. El sol se había puesto cuando yo pisé tierra por primera vez en el muelle. Las nubes habían ocultado la luna. Seguía cayendo la lluvia ligera. Levanté la vista del suelo. Se alzaba de forma extraña la profundidad del muelle veintidós. No había un alma. Era un desierto misterioso el puerto. Parecía el paisaje de una película de brujas y hechiceros. Volví a bajar la mirada. El suelo era irregular. Parecía desconchado, primitivo. Me encaminé hacia la salida. La aduana se encontraba vacía. Ya fuera, me acerqué a la cantina, un viejo bar de puerto que en este momento logré percibir. Estaba oscuro, vacío. Los huesos me avisaban a través del dolor de rodilla que el ambiente se hallaba a altas cotas de humedad. Hice un esfuerzo para dominar la sensación de repugnancia y el dolor. Luché para seguir respirando a pesar del sofoco. Entré. Me dirigí al barman y le dije:

—Un coñac con agua, por favor.

—Está cerrado. —Respondió el hombre, un corpulento muchacho de unos treinta y cinco años de piel cetrina y con barba de tres días.

—Acaba de atracar mi barco. Hágame el favor.

—De acuerdo. No sabe usted en donde se mete. Todavía está a tiempo de volver a su barco y protegerse. Esta es una ciudad maldita. No es un lugar para la mujer.

—Insisto. Por favor.

—Sí, sí. Marchando un coñac con agua. Pero ha de saber que mucha gente se ha ido. Las autoridades han informado de que debaten la medida a tomar. O cercar el puerto y la ciudad con un cordón sanitario o movilizar a la policía y a la guardia nacional. Por la radio han dado un raro parte de noticias. Dicen que el territorio está rodeado de una presencia maligna: los iguales. Aún siguen ahí. No se han ido a pesar del enorme sufrimiento que han producido. Desde la invasión de los iguales no ha sucedido cosa buena. Se lo repito, son mala

gente. Aún se halla a tiempo a tiempo. —Cogí el vaso con la mano izquierda y de un trago me lo bebí.

—Gracias. ¡Salud!

Me atusé el pelo. Luego bajé la mirada. Me puse a mirarme las uñas de la mano izquierda. A continuación me llevé los dedos de la mano derecha a los labios. Los sequé con un movimiento leve. Dudé un instante que se me hizo eterno, desagradable, espeso. Dirigí la mirada a mi propia sombra proyectada en el suelo del bar. Tenía que tomar una decisión. La volví a alzar y dije:

—He venido de tan lejos para quedarme, para luchar contra los iguales. Por la libertad.

Una mujer me dijo no

No se aparta de mi mente el recuerdo de ayer, día gris y frío de este otoño de 1970. Conocí a esa mujer. Yo había cumplido 23 años. Después de celebrarlo con los amigos, salí del restaurante Bar Barbieri de Lavapiés. Por la mañana me apunté por primera vez a un taller literario en la librería Fuentetaja de Madrid. Sí, la conocen ustedes bien, la de la calle San Bernardo. Los dueños habían contratado a un profesor de literatura española y universal muy competente, que acababa de ser despedido de la Universidad Autónoma después de unos meses de huelgas habidas en el recinto universitario de la Facultad de Filología, motivadas por la respuesta del movimiento estudiantil a las medidas del Decano, un tipo bajito y derechista, que pretendía imponer un plan de estudios demodé, ideológicamente fascista, mediante un método de gestión antidemocrático. Aquellas luchas acabaron con los despidos de varios estudiantes y profesores. Uno de ellos, el profesor Ballesteros, pronto recaló en el taller literario. Salió del paro.

Por aquel entonces la vida a diario de la capital estaba alterada por los movimientos antifascistas de oposición al régimen, y no era raro encontrarte, mientras paseabas por el centro de la ciudad, así, de sopetón, incluido en medio de una manifestación espontánea de estudiantes que gritaban:

—¡Amnistía! ¡Libertad!

Ahí se encontraba ella. Una mujer morena sostenía el extremo de una pancarta que mostraba un lema: “Libertad presos políticos. Democracia sí, dictadura no”. Sentí como un cosquilleo agradable pero intenso. El corazón me dio un vuelco. Esa cara, su expresión de lucha, el sudor que caía por ambas mejillas. El color rosa de su pañuelo al cuello, el escote... No me lo pensé dos veces. Me uní a la mani.

—Hola. ¿No me conoces, soy de Filología?

—Venga ya, hombre. Que no. Que soy del sector servicios.

—¡Ah! ¿Cómo te llamas?

—Berta, ¿y tú?

—Pedro.

—Pues estás muy bueno, Pedro. ¡Qué quieres que te diga!

—Perdona. Te he confundido con una compañera de estudios.

—Anda, sujeta la pancarta, que voy a echar al aire este manojito de octavillas.

—Vale. Ya está. —Berta arrojó al cielo un manojito de cuartillas ciclostiladas, cuyos textos de letras negras hacían un llamamiento a la huelga general.

—¡Amnistía! ¡Libertad! ¡Amnistía! ¡Libertad!

En ese momento se oía el refulgir de una sirena. Era la policía. Se sucedieron los empujones, los gritos onomatopéyicos, el pánico, las carreras. La multitud estudiantil se dispersó a la carrera dirigiéndose hacia las esquinas, a los cuatro puntos cardinales. Algunos policías secretas infiltrados dentro del grupo sacaron sus pistolas. A uno de ellos lo tenía de frente. Sacó el arma. En un ver y no ver encontré a Berta encañonada. Se me paró el corazón súbitamente. Aquel sujeto con bigotillo que nos había acompañado durante el recorrido, situado delante de mí, la tomaba sujeta del cuello a través de un movimiento rápido que no pude apreciar. No obstante, mis manos sudadas, temblorosas, extraje fuerzas del horror. Me acerqué, me arrimé a ella por detrás, la agarré de la pelliza con las dos manos y tiré de ella con todas mis fuerzas. Caímos los dos sobre el asfalto. El policía perdió la pistola en medio del barullo. Se retiró con cara de miedo, corrió hacia adelante y desapareció de mi vista. Me levanté rápido,

espantado aún. Y sin soltar en ningún momento la prenda de trenca de Berta, tiré nuevamente de ella. Se levantó. Me cogió la mano. Y corrimos, corrimos, corrimos.

A la mañana siguiente, después del desayuno, me paré a pensar en el suceso de la mani. Sentía emociones encontradas de miedo y amor. Me detuve en la idea de que me expuse demasiado, que pudieron matarme. Nunca estuve tan cerca de un tipo con una pistola con intención de usarla. Y a la vez una nueva sensación de atracción irresistible por esa chica, por Berta. Era como un flechazo, un calambre en el corazón. Pero, tan novedoso, tan imprevisible. ¡Cómo me gustaba! Y no sabría decir porqué. Desde la cocina, tras dejar en la pila la taza, salí directo a la sala de estar. Me senté en el sofá. Miré de soslayo el teléfono. Mi inseguridad me mantenía quieto como una estatua. Tomé aire, lo expiré lentamente y... Me decidí.

—¿Buenos días, es la casa de Berta?

—Sí. Soy yo.

—Hola Berta. Soy Pedro. ¿Me reconoces? ¿Te molesto?

—¿Quién eres?

—Soy Pedro.

—¡Hola Pedro! ¿Qué tal? ¿Cómo estamos? No, no me molestas.

—Nos conocimos ayer. Después de aquello, ¿te acuerdas? Lo que pasó. Te conté que me gusta mucho escribir. A ti también. Me lo dijiste. ¿Sabes. Pero, quiero pedirte un favor. Quiero hablar contigo. Una charla. Sobre literatura. Sobre el taller literario. Sobre nosotros dos. Tenemos que quedar. Pero no sé si estás libre. No quiero molestarte.

—¿Cómo has conseguido mi teléfono?

—Se lo pedí a Ballesteros. Te acuerdas que te hablé de él. Del taller... Ya sabes. Es muy amable. Defiende las buenas relaciones y

la comunicación entre nosotros y con el entorno. ¿No te habré ofendido?

—Que no, hombre. Bueno, pues me has pillado porque hoy es sábado y es mi día libre.

—¿En qué trabajas? Si no es molestia...

—En hostelería. Y acabo la semana molida... no lo sabes tú bien.

—¿Hoy a las cinco?

—Ok.

—¿En el Café Estar de Malasaña? ¿Sabes dónde está?

—Un poco a desmano me pilla. Pero cojo el metro. Venga, va. ¡Jem! Esto... no te habrás enamorado de mí, ¿verdad?

—¡Eh! Bueno. Un poco sí. Pero, mejor te lo cuento en persona. Hasta la tarde, Berta.

—Ciao Pedro.

A la noche del día siguiente de la cita, cuando nos comportamos como pareja a pesar de no serlo, Berta me telefoneó. Era otoño —recuerdo que nevaba en Madrid— y, así, a bocajarro, me confesó que me dejaba. Que no seguiríamos juntos. Que no le gustaba. Mi incipiente calvicie, el olor de mi aliento y mi manía por vestir siempre zapatos de charol en vez de deportivas la habían llevado a la conclusión de que yo no era su tipo. No era la pareja que ella necesitaba. Me veía como una persona muy convencional, eso afirmaba. Decía de mí que era muy, pero que muy serio, y eso le daba mucho corte. Tras este fracaso sentimental, decidí que me había llegado la hora de hacerme un psicoanálisis. Por eso, ayer, a las nueve de la tarde, telefoneé a un especialista: el doctor Bueno. ¿Ustedes le conocen?

A las ocho

—¿Zara Abbid falleció?

—En Saint Denis.

—¿Cuándo?

—En noviembre de 2015.

—Pero, ¿qué me estás diciendo?

—En Le Camboyen.

—¿Aquél sábado horroroso?

—Estábamos cenando.

—Nunca me lo dijiste...

—No he superado el trauma aún.

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste Pat? Yo te habría ayudado.

—Dejé de creer en el amor. Me hice duro para sobrevivir. Fue un año maldito. Un mes después me despidieron del trabajo de médico de urgencias del hospital. Por los recortes.

—Pobre Pat.

—¿Quieres más?

—No gracias Pat. Estoy llena. Me levanto a por más vino...

—No. No lo hagas, por favor. Yo soy el anfitrión. Betty, siéntate por favor. Déjame a mí hacer. Siéntate.

—Vale, vale. Me siento.

—Vino Rioja te apetece.

—¿Tienes?

—Gran reserva del 2015. De Barón de Ley.

—¡Oh, querido! Sabes que me gusta. Qué majo.

—Guardé esta botella para celebrar una oportunidad de verdad. Esta cena nuestra lo es, ¿no es cierto?

—Claro que sí. Pues yo, volviendo a lo de antes. Aquel día me quedé impresionada. No me lo pude sacar de la cabeza durante semanas. ¡Qué suceso violento! Qué muerte inútil. Qué terrible es el terrorismo. La guerra es igual. No sirve para nada. Joder la vida a los demás. Jodérsela uno a sí mismo. No puede ser. Lo que no puede ser no puede ser. Lo importante en la vida es el amor y la salud.

—Tuve que acudir a un psicoanalista para recuperarme de una depresión.

—Y dices... no lo superaste Pat. Que es esto, oh, estás llorando.

—Betty eres un encanto.

—Déjame besarte.

Zara fue una muchacha muy vital. Sus padres eran emigrantes de Argel y se instalaron en el comercio local. Abrieron una tienda de alfombras. Yo me enamoré de ella en la adolescencia. Pertenecía a la cuadrilla de mi hermano. Éramos vecinos de la infancia. Ella era casi cuatro años más joven que yo. Jugaba con los pequeños. En el colegio nos encontrábamos a la salida siempre. Su ama la iba a bus-

car al colegio cuando yo regresaba con mi hermano a casa. Muchos días volvíamos juntos al barrio, una tiradita de dos mil metros entre campos y huertas labradas rodeadas de castaños y manzanos. Los perros siempre ladraban al pasar. Cuando terminé los estudios del Liceo noté que se fijaba en mí. Yo sentía algo muy intenso cuando veía o recordaba su sonrisa. Pero hacíamos como que no nos dábamos cuenta. Siempre retiraba la mirada para evitar su encuentro visual. Pero los cuerpos no nos mentían. Se trataba de una fuerza mayor. Un bienestar, un sentimiento de gustoso acompañamiento compartido. La noche de aquel noviembre quedamos con sus amigas como lo hacíamos habitualmente. Con mi hermano que estuvo presente en aquella soiré. A la mañana de ese día yo había llegado temprano para la clase de Literatura. Decidí desayunar en la cafetería de la facultad. Entre sorbo y sorbo de café planifiqué declararle mi amor. Ahora lo pienso. Recuerdo su carcajada cuando se lo dije, le gustaba reírse de mí como hacen los amigos fieles, ¿sabes?, y también su respuesta.

—Zara te invito a cenar. ¿Aceptas?

—¿A las ocho?

Llega mucha gente desde primeras horas. En sus coches, en taxis. Otros salen de la boca del metro que se halla a unas cinco cuerdas de la puerta. Hace frío en Saint Denis. El sol esconde su cabeza. Amenaza lluvia o nieve. Silencio. Ahora sólo llantos sofocados. No lo puedo soportar. Saludo a amigos del instituto un buen rato. Estamos todos. Me acerco a la tumba. Deposito el ramo de flores al lado, en el montoncito. Las chicas tienen lágrimas en los ojos. A la madre se la llevan entre varios familiares porque sufre una lipotimia. Miro y aparto la mirada. Algunos me abrazan. Entonces no puedo contenerme y rompo a llorar. Entro acompañado. Ya en la capilla da comienzo la misa responso. El coro del liceo comienza la parte cantada de la novena sinfonía de Beethoven. Les acompaña el piano que interpreta sus primeros acordes. Me parece que falta luz y sobra oscuridad en esta nave. Aparece el sacerdote. Da comienzo el oficio. Todos nos ponemos en pie. Un sonido venido de fuera completa el concierto. Lluve sobre París.

Índice

La nueva.....	9
1954.....	17
Amor	21
Auftrag	27
El encuentro	31
Humanización.....	37
Cuarenta años después.....	41
Perdiste	49
La profesora.....	55
Yo sí hablé con tu padre.....	61
Adiós, papá.....	67
Quince años después.....	73
Tantas veces fue el cántaro a la fuente	81
Una cerveza con gaseosa	91
La cena del quince	99
Dos.....	107
¿Te vas a divorciar?.....	115
Hasta el siete de septiembre	119
Yo no he dicho eso.....	127
Entre amigas.....	135
La decisión	149
Una mujer me dijo no	153
A las ocho.....	157

